

Luz sin estribos

35 poetas colombianos/35 poetas cubanos
nacidos a partir de 1980

Luz sin estribos

35 poetas colombianos/35 poetas cubanos
nacidos a partir de 1980

Selección:

Colectivo Nuevas Voces Poéticas (Colombia)
Yanelys Encinosa Cabrera (Cuba)

Prólogo:

Magdalena Camargo Lemieszek

Nuevas Voces Editores

Luz sin estribos

35 poetas colombianos/35 poetas cubanos
nacidos a partir de 1980

Selección:

Colectivo Nuevas Voces Poéticas (Colombia)

Felipe López, Camilo Restrepo, Daniel Acevedo, Ana María Bustamante, Kelly Jiménez, Juan Felipe Posada, Johana Casanova, Lina María Trujillo

Yanelys Encinosa Cabrera (Cuba)

ISBN:

©De los textos: los autores

©De la presente edición: Nuevas Voces Editores

©Del prólogo: Magdalena Camargo Lemieszek

Primera edición: Nuevas Voces Editores, Medellín, enero de 2019

Editor: Camilo Restrepo Monsalve

Imagen de carátula: Naturaleza muerta resucitando/Remedios Varo (1963)

Diagramación y diseño de carátula: Camilo Restrepo

Distribución y ventas: Nuevas Voces Editores

www.nuevasvoces.org

nuevasvocespoeticas@gmail.com

Cel: (+57) 3178832701

Impreso y hecho en Colombia por Todográficas LTDA

Reservados todos los derechos. Prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento.

35 poetas colombianos/35 poetas cubanos
nacidos a partir de 1980

Luz sin estribos

A manera de prólogo

Hay cierta rara belleza en la osadía. Quizás se deba a que hacen falta tanto una peculiar perspectiva que desafíe lo convencional o lo imposible, como el valor para concretar esas visiones. En ese caso, nos encontramos frente a un libro doblemente osado. En primer lugar, porque busca articular un compendio de setenta voces, setenta maneras distintas de manifestar, de conmover, de entender la realidad y, como si lo primero no bastase, son setenta formas de asumir la poesía.

Luz sin estribos es una antología que, retando la definición de territorio, a ratos desdibuja las millas que prolongan los mares y la aparente transparencia de su extensión, y reúne - de manera representativa y contundente - la poesía que en la actualidad se escribe en Cuba y en Colombia. Como resultado de una meticulosa y cuidada compilación, nos es dado contemplar de modo sostenido cómo hay cierta luz que se refracta y se desdobra incalculables veces al atravesar un prisma simbólico: la palabra. Nos vemos guiados así para ir uniendo los cabos que conforman este panorama poético particular que se ubica a finales de la segunda década del siglo XXI en ambos países.

Seguramente este se tratará, para el lector, de un libro de significativos hallazgos. Nacidos a partir de los 80, el abanico polifónico de los poetas que conforman la antología pone en evidencia la riqueza y la vitalidad de la expresión poética contemporánea. Puesto que los dos países de origen cuentan con referentes fundacionales de la literatura de Latinoamérica y el Caribe, es por tanto fascinante constatar cómo la nueva poesía responde, dialoga, reacciona o confronta dichos precedentes.

¿Qué tan distinta es la poesía que se escribe en la isla de la que se escribe en el continente? ¿Qué tan distinta es la poesía que se escribe en el continente de la que se escribe en la isla? La respuesta no es en lo absoluto sencilla, porque es distinta y a la vez no lo es. Aunque es posible trazar ciertos puentes, coincidencias e hilos conductores, que en ocasiones obedecen al fondo y en otras a la forma, lo que realmente le otorga un ritmo trepidante al conjunto es el contraste. Pero se trata de un contraste armónico y complejo; el cual, lejos de aludir a la discordancia, cautiva gracias a la pluralidad.

Entre aquellos motivos temáticos que algunos poetas de *Luz sin estribos* comparten, es posible reconocer la constante de un encuadre introspectivo, que se inclina hacia lo íntimo; además de una suerte de mirarse a uno mismo y un mirar al mundo desde la visceralidad y el desgarró. En mayor o menor medida, se percibe cierta recurrencia en el discurso que profundiza en el carácter del yo y del ser, las resonancias que el entorno ha ido horadando en el individuo y, a su vez, su manera de significar y trascender en dicho entorno.

En el marco de esta tendencia discursiva, podemos apreciar la búsqueda de una construcción de la identidad a través de la indagación de la memoria individual o bien de la memoria colectiva. Por ello se recurre en ocasiones al recuerdo personal, incluso ahondando en la raíz genealógica o en el universo telúrico-ancestral; y, en otras instancias, se alude al escenario histórico donde pueden llegar a yuxtaponerse el pasado y la modernidad.

A propósito de dicha yuxtaposición, cabe destacar que *Luz sin estribos* es un compendio poético que comprende un fenómeno de transición: todos los poetas que figuran en la antología nacieron en el siglo XX, pero la mayoría de su producción literaria se ha desarrollado durante el siglo XXI. Por ende, es posible la natural convivencia entre referencias a sucesos que constituyeron hitos o definieron la cotidianeidad del siglo pasado, junto a alusiones que tienen cabida tan solo en el imaginario de quienes somos habitantes del siglo XXI; por ejemplo, aquellas que incorporan algunas de las últimas tecnologías o la presencia ineludible de las redes sociales.

Por medio de su poesía, cada uno de los autores antologizados plantea su propia réplica frente a una época en la que predomina la vertiginosidad y la incertidumbre, creando su personalísima manera de proyectarse en el ahora. El talento del poeta se pone de manifiesto entonces cuando se logra que la revelación y el aporte del poema tengan cualidades imperecederas. En efecto, este es un halo que perdura en *Luz sin estribos*: la sensación de estar frente a una cuerda que se teje y que se tensa, a veces con exquisita precisión, pero también a veces con matices de provocación, alentando a la ruptura.

En este sentido, de igual modo apreciamos la confluencia de vertientes y tendencias disímiles en cuanto al tratamiento de la forma y del lenguaje. Nos encontramos con una diversidad tonal, expresada en cómo ciertos tópicos pueden por una parte ser abordados con severidad o angustia, mientras en contraposición pueden llegar a ser expuestos con laconismo o ligereza. Desde el punto de vista estructural y conceptual del poema, igualmente es notable la heterogeneidad, y es amplia la gama en cuanto al ritmo, la disposición o extensión de los versos. Cabe mencionar, en casos concretos, la presencia de interesantes experimentaciones que desafían con perspicacia los límites de la literariedad.

En definitiva, *Luz sin estribos* se constituye como una experiencia de una rotundidad estremecedora para el lector, en tanto se advierte cuán firmes son los cimientos de la nueva poesía cubana y colombiana. Y ese es, sin lugar a dudas, un paisaje que regocija hondamente presenciar. Al recorrerlo, ya sea desde sus transversalidades o sus singularidades, se enfatiza poco a poco una luminosa avidez: deseamos más. Esto obedece a que, en su justa medida, la compilación pone a nuestra disposición ciertos atisbos o destellos que nos incitan a conocer con mayor profundidad la obra y el trabajo de los poetas reunidos.

Más allá de tratarse de una antología, este libro es un testimonio del resplandor que palpita en las palabras, un ardor que no cesa y del que todavía podemos afortunadamente contagiarnos. Aferrémonos, a través de él, a aquel inusitado privilegio de asombrarnos y conmovernos. Sabremos luego afirmar con certeza que ante nosotros la poesía da coces, galopa, alumbra: como una *luz sin estribos*.

Magdalena Camargo Lemieszek
Aguadulce, provincia de Coclé,
República de Panamá
Enero de 2019

35 poetas colombianos
nacidos a partir de 1980

La nueva poesía colombiana

Colombia es un país con una tradición poética inmensa. Todavía activos y vigentes, los antiguos modelos de escritura, las exploraciones más diversas que ha parido nuestra tradición, las múltiples corrientes a las que hemos tenido acceso por nuestra constante comunicación con el resto del continente y del mundo, permean la escritura de los nuevos creadores y encuentran un terreno de supervivencia en las palabras y formas de expresión que, con el pretexto de abrir una miscelánea para lo nuevo, se reúnen en estas páginas. Pero también hay intentos de ruptura, puntos que invitan a la fuga y que nos llevan a aventurarnos por nuevos caminos.

Nacidos y crecidos en los bordes del siglo XX y XXI, los poetas colombianos aquí reunidos han desarrollado su labor creativa, casi todos, precisamente en aquella línea que los divide. Hijos de un periodo de profundas transiciones políticas, económicas y tecnológicas, encerrados dentro de los límites de un país cuya historia ha sido marcada por la inestabilidad política, el narcotráfico y la diversidad cultural -1.142 millones de km² en los que conviven las influencias española, negra, indígena, caribeña, norteamericana, y todas las posibles en la imaginación-, los poetas aquí congregados lanzan su apuesta estética para significar los entornos que los rodean, para mantener vivo el fuego de la poesía en el alma del país.

Lo que tiene aquí el lector ante sus ojos es una muestra del relevo generacional que viene experimentando la poesía colombiana. Todos los poetas, disímiles entre sí, con sus propias maneras de percibir y materializar el hecho de la poesía, con focos de interés diversos y estilos que a veces se contraponen los unos a los otros, son la muestra viviente de que la luz continúa encendida, que pretende seguir alumbrando vivamente nuestra realidad y, más allá de eso, ha perdido los estribos: se ha ido en todas las direcciones.

En este caso la luz es traducida en palabras, en imágenes vivas que, con una musicalidad única, son llevadas al plano del poema. Estos poemas refulgentes dan cuenta de propuestas estéticas que merecen ser visibilizadas, salir de esa oscuridad tan propia de estos tiempos y sacudir, agitar, afectar nuestra percepción de la realidad, la quietud de los cuerpos y los modos en que habitamos en el lenguaje. Estamos convencidos que detrás de cada uno de estos versos, hay una pequeña llama que arde, ligera, suavemente, que merece ser conservada con cuidado antes de que se imponga el olvido y el silencio.

Felipe López*

*Felipe López nació en Manizales, Colombia, en 1985. Poeta, Gestor cultural. Director de Colectivo poético Nuevas Voces. Ha publicado los libros de poesía *Aqua* (2014) y *La Danza del Atrato* (2018). Ha participado en festivales de poesía en Ecuador, México, Cuba y China. Ha sido Ganador del segundo Premio de Poesía Joven Ciudad de Medellín (Festival Internacional de poesía de Medellín, 2013). Ganador del premio los Sueños de Luciano Pulgar (Biblioteca Marco Fidel Suarez de Bello, 2010). Estímulos al Talento Creativo en Poesía por la Gobernación de Antioquia, 2014. Obra Literaria Ganadora de la Convocatoria de Literatura Cuento y Poesía del Fondo Editorial de Envigado 2017. Beca de Circulación Internacional de la Alcaldía de Medellín 2018. Ganador del estímulo para el fomento de la lectura, la escritura y la oralidad en Medellín 2018. Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés y al chino.

Lucía Estrada
(Medellín, 1980)

Ha publicado los libros de poesía *Fuegos Nocturnos*, *Noche Líquida*, *Maiastra*, *Las Hijas del Espino*, *El Ojo de Circe* (Antología), *El Círculo de la Memoria* (Selección de poemas), *La Noche en el Espejo*, *Cenizas de Pasolini*, *Cuaderno del Ángel*, *Continuidad del jardín* (Selección personal) y *Katábasis*. Con su libro *Las Hijas del Espino* obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Medellín (2005), y la Beca de Creación en Poesía, otorgada por el Municipio de Medellín en 2008, con *Cuaderno del ángel*. En 2009 y 2017 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá con sus libros *La noche en el espejo* (2010) y *Katábasis* (2018), respectivamente. Textos suyos han aparecido también en varias antologías y publicaciones del país y del exterior. Ha sido parcialmente traducida al inglés, francés, alemán, portugués, sueco e italiano. En 2009 fue nominada por la UNESCO al Premio Internacional de Poesía “Ponts de Strugas” de Macedonia.

Peldaño II

Para Paula

No hubo historia. Sólo ruinas de palabras, grietas, pequeñas insinuaciones de la muerte. Esperar de pie, atravesados por el duro viento de los días. Resistir como si de las palabras brotaran raíces, como si en el aire húmedo se abriera de pronto una promesa. Pero no hay lugar para estas cosas. Sólo grietas. Grietas por las que resbala la luz. Grietas abriéndose desde dentro del cuerpo; tantas como para reventar tu corazón; como para congelar el vacío a la altura de las manos y del vientre, para hacer de la angustia una presencia sólida. No hubo nada. Ni siquiera palabras. Sólo un cuerpo cansado y oscuras constelaciones intentando un orden dentro de tu cabeza. Cuerpos y más cuerpos dentro del cuerpo cayendo entre los tréboles y las necias preguntas de los otros. Resistir, y sin embargo romperse. Como la quilla de un barco en altamar, como la sogá atada desde siempre alrededor de tu inocencia. Resistir al otro lado de la realidad, cayendo desde ti misma sin lastimar a nadie. Preguntándote cuán verdadera era la verdad con la que tropezabas a diario, cuán confiable su estatura.

¿Ves cómo la muerte ondea en este paisaje? ¿Escuchas cómo canta sibilina por entre las piedras?

Aquí no hay sombras ni tiempo; tampoco promesas por las que caer arrastrando la sangre, la sal, el deseo que nunca tuvo dónde hacer pie ni un destino al qué dirigirse.

Resistir, aunque el cuerpo esté lleno de grietas, aunque la ruina haya alcanzado tu respiración. Voces ahogadas, soles resplandeciendo detrás de la noche.

Resistir porque existe el mar y dos o tres cosas que sostienen su pulso sin consultar a nadie. Algunas parecen firmes, inventan nuevas formas de huir sin dañar la escasa belleza que hemos logrado. Entonces, dices, todo es perfecto como nunca. Saltas. Son las voces. Sólo las voces, pequeñas insinuaciones de la muerte que quieres atender.

Ahora, frente al mar, tenemos las manos vacías. Estamos quietos sin querer resistir, sosteniendo ruinas de palabras, silencios que no darán cuenta de nuestros pasos. Todo ha sido devuelto una vez más. Casi nada, en este juego de azares y promesas, alcanzó a tener un nombre, un argumento a su favor. Casi nada, ni precariamente, donde no hubo historia...

Peldaño III

La luz rueda silenciosa sobre la piedra y alcanza una ventana. En ella funda su reino, sin importar quién, desde algún rincón, pueda celebrar su epifanía. Dentro, alguien intenta una fórmula, una aritmética de lo que apenas intuye, y obliga a su cuerpo a corresponder ese abrazo de arcilla inquietante. Nada de lo que ocurre en el secreto de las cosas podría ser invocado por el azar. Así las acepta y las ofrece al ritmo vertiginoso del tiempo.

Bajo el techo que ningún cielo sostiene, todo transcurre de otra manera. Un río subterráneo de formas voluptuosas, un río que apenas sí se advierte en la penumbra. Cuanto resplandece adentro, cal y arena, suaves curvas que acogen como un vientre el sueño y los misterios de la carne, alimenta el rabioso mediodía de las terrazas; el mar rutilante que va y vuelve allí abajo, las constantes e invisibles precipitaciones del afuera. Dentro, seguirán hasta el fin las mediciones, las largas esperas entre números y pequeños dioses chispeantes.

Los ojos no han perdido de vista ni un instante los cambios geométricos de la luz, como el cazador a su presa, como el zahorí el llamado insistente del agua. Así, oscuramente, como la noche, como el oído atento. La luz es apenas un fantasma en la rugosidad del muro. Pronto se llevará la ventana, la redondez de un vaso, el ángulo exacto de la mesa. Quedará el mar, su música galopando en el espacio

negro. Un mar imaginario como las cosas que empiezan a desaparecer, como el brillo opaco del compás, como las manos... Sí, al final sólo quedan las manos, su quietud de hueso como prueba de que hubo algo, ni grande ni pequeño, abriéndose a la noche, sucediendo sin testigos, sucediendo —sencillamente— como la luz, o como el peldaño que no continúa la escalera, y que muere, perfecto y distante, ante tus ojos que se apagan.

Peldaño IV

Un cuerpo cualquiera, mi cuerpo, bajo la luna cambiante. En el ladrido de los perros, a través del vapor ceniciento que sube insistente después de la lluvia. Qué más da. Es una espera inútil rodeada de presagios y viejas fórmulas que intentan contradecir el rumbo de la sangre.

Me llega de tus manos este pequeño anillo como dura alianza. Pero no logro ceñirlo a mis dedos. Lo invisible corre en dirección opuesta. Dejo lo que hacía y voy en su búsqueda, pero no hay norte en este camino.

Cómo distinguir la estrella entre tantas luces en el cielo esmaltado. Cómo no dudar. Cómo llamarla por su nombre fiel. Cómo, si para la travesía tuve que cambiar mi oscuro acento, si olvidé sumisa las palabras que rodeaban con voz de madre mi delirio.

Son tantos los lugares a los que podría dirigirme. Tantos y tan inciertos. La certeza es una raíz profunda bajo los pies. Amarra lo inimaginable. Tiembla a veces, pero subsiste a pesar de la ausencia de agua, a pesar de la inexistencia del sol.

Ni qué decir cuando el invierno caiga pesadamente, cuando el ladrido persista y no haya luna para justificarlo; cuando en mis manos florezcan tantos destinos que no sea posible ya seguir alguno...

Peldaño V

“La locura tomó forma de flor decorativa...”

P. A. E. Z.

(Artaud en casa del lobo)

Antes y ahora, el grito... Antes, cuando la vida entraba en tu cerebro ramificándose, haciéndose más densa, oscura, casi un torrente aceitoso de imágenes como piedras, como cuchillos ardientes, todo al filo y en un instante consumado. Ahora, cuando intentas descifrar esto que ha caído de pronto sobre tu cabeza, formas, destrozos, lenguajes ininteligibles, el aullido de quienes no toleran el miedo y se arrojan a la boca del lobo antes que mirarlo de frente. Ahora, cuando tu pensamiento te *“abandona en todos los peldaños”*. Nadie estuvo tan próximo de sí mismo como ese animal sediento que te aguardaba en cada vuelta de hoja, en cada palabra incendio, como una brasa en mitad del paladar y de los dientes, insoportable, fiel... *“jirones que he podido recuperar de la nada completa...”* Silencio de sustancias que brillan y salpican junto a tu sangre. Lo que otros dejaron de lado, lo que otros no llamaron por su nombre; lo que escondieron junto a la máquina de coser, y el paraguas y la mesa de disección. *“La muerte sólo es completa para quien se entrega a ella”*, para quien la construye de pequeñas infamias, de mentiras convenientes dichas al oído, de mezquindades, de falsos dioses de oro y barro. No hay nada qué argumentar, ni antes ni ahora, cuando los ojos mismos eran la sal que arde, la astilla y el ojo ajeno, cuando otros se reían frente al *ecce homo*, y esa mueca salvaje, aséptica y blanca era defendida entre alcoholes y recetas infernales, cuando ni la doble estrella ni el rayo pudieron cerrar el grito que eras todo. Entonces se trata de ti y de mí, de tu pensamiento bajando a tropezones por los peldaños que son el mundo, de tus palabras, boca de lobo, tragándose a sí mismas, regurgitándose, haciéndose improbables, inaceptables, sucias, tan sucias como este cielo de abril...

El pequeño poeta celeste que no eres, el que pende de un hilo, el que se desploma. La noche se ha llevado los desperdicios del día. La noche todo calma, grito silencioso y suave, la noche y tus ángeles que suben de la tierra...

“La vida es arderse con las preguntas” —dices— y una corriente oscura recorre el nervio, el hueso, la médula. Corta. Disecciona. Exhibe para nadie. Todo esto es tal vez una perfecta lección de anatomía “*bajo esta costra de hueso y piel que es mi cabeza...*”.

Te decantas, escuchas del árbol su estremecimiento. Antes y ahora, el grito. El pequeño poeta en casa del lobo. Comerá quizás “el corazón oscuro de la noche”, y caerá tres veces, *ecce homo*, peldaño a peldaño, antes y ahora, ahora y después “haciendo el mismo ruido, el mismo ruido, el mismo ruido que la noche y el árbol al centro del viento...”

Peldaño VI

Memoria de Arshile Gorky

Y de nuevo el sol haciendo evidente la herida, la ausencia en medio de un blanco luminoso que abrumba los ojos. Huérfano tantas veces como tantas otras hiciste pie, atravesando la tormenta como un pájaro ansioso, como la mano de un dios, como el silencio en que todo cabe.

Hambrientos lobos acechan tras los rasgos más apacibles. Allí donde el amor levantó un templo, ellos afilan sus colmillos, y hasta el color más próximo muerde la mano que lo alimenta.

Estás de pie, inmóvil frente a la ventana, consciente de que todo tiene un límite. Una línea negra, el trazo enérgico de la muerte en pleno mediodía. ¿Es necesario repetir las mismas preguntas hasta que una hoja caiga de un árbol o el viento confirme su desertión?

Ya son algo importante las cenizas indiferentes y hostiles bajo tus pies, la memoria de un cuerpo consumido por el dolor y la inanición, toda fe triturada mucho antes de que pudieras creer en cualquier cosa.

Pero es de nuevo el sol. Manchas negras, penitentes. Trazos que te murmuran algo al oído, una oración tal vez, un cortejo de voces que se alejan llevándote.

De: *Katábasis*
(Tragaluz Editores, 2018)

Diana Carolina Daza Astudillo
(Bogotá, 1980)

Poeta, promotora cultural y tallerista de creación literaria. Ha publicado: *El abrazo de los días grises* (Editorial Funcrreta, 2003), *El Nacimiento de la Gargolena*, (Colección Estampillas Poéticas, 2013) y *El azul de las cosas* (Editorial Épica, 2018). Participante del taller de escritores de la Universidad Central en el 2005 y del taller de cuento ciudad de Bogotá 2015. Actualmente dirige el proyecto editorial independiente Piedra de Toque, colabora con la Fundación Trilce, con el espacio cultural La Galería 4-19 y trabaja con el proyecto CREA del Idartes, como artista formadora del área de literatura para niños y jóvenes.

Frente a un cuadro de Pollock

A Mario Lozano

Vivimos con rabia
apretando los puños y los dientes
esperando la llamada que nos salve
del disparo en el espejo
el abrazo
que soporte una cabeza a punto de explotar.
Compramos libros
vamos al cine
visitamos museos, restaurantes
ciudades y cuerpos
buscando que algo bello nos sorprenda.
Vivimos entre la niebla y el abismo
vemos pasar navidades, cumpleaños
temblores y conciertos.
Gritamos
porque estamos cansados
pero seguimos
comprando sombreros y máscaras
emborrachándonos hasta perder el control.
Regresamos del naufragio
para intentar terminar un cuadro
que al final,
quedará colgado junto a Modigliani y el Bosco
en la memoria de quienes nos amaron.

Si frente a ese cuadro
algo les conmueve
entonces valió la pena
cerrar los ojos
y saltar.

Rilke

Tenías razón, para el amor y la poesía siempre seremos jóvenes. Los amantes aún son esa ola que golpea, moja y sacude para después lanzarnos a la orilla como un zapato que pierde su par en el viaje.

La soledad es la misma, lo dijo Julio: somos Islas, estamos solos; lo dijo Paba: tu casa será la soledad, allí aprenderás a amar; lo dice el tiempo, lo dice la casa de los abuelos.

Somos hijos del abandono, abrazamos cuerpos para luego abrazar la nada. Volvemos a los amantes como a los libros, buscando un poco de libertad o infierno.

Amor y poesía, jaula y conjuro, esa pregunta que nos invita a saltar siempre al vacío.

En la cama con Van Gogh

A León F.

Cuando Van Gogh está en mi cama
el ruido de las luces
se hace tan pequeño
que entra en una cajita de música
que solo se vuelve a abrir
al despedirnos.

El humo de su pipa
dibuja ventanas en mi cuerpo
veo salir de ellas
esquilas de soles muertos
y viejos relojes detenidos en la culpa.
Su escarcha de girasol
santifica las mañanas
yo la mastico
hasta volverla palabra
y así poder dar a luz
en un poema de amor
un agujero blanco
que se trague el dolor
de todos los amantes del mundo.

Diane Arbus

He venido a hablarte de la admiración que sentí al entrar en el cuarto oscuro donde revelaste la belleza de los desterrados del sol, y termino entregándote el retrato de una mujer mutilada por su propia mano. No me lo estás preguntando, nadie lo pregunta, pero este estado de infertilidad en las palabras es miserable.

Sin que mis páginas florezcan, insisto en escribir, pero solo una pesada capa de musgo, que cambia de verde a gris, de gris a negro, se extiende sobre ellas. Mis palabras no han alcanzado a ser más que leña verde, fetos de pájaros y tigres y cometas sumergidos en frascos con formol, puestos sobre la repisa de los intentos fallidos.

Alejandra

El hastío por un padre, una madre y una hermana, condenados a los buenos modales. Sartre y las anfetaminas. Sasha, Flora, Buma, Blumita o Blímile, o todas juntas desangrándose en las páginas. Una cajetilla tras otra consumida a escondidas. Olga, Liz, Julio y Bretón. El reposo en un pecho de cuarenta, el deseo ausente en una boca de veinte, el amor como naufrago, la soledad como gobierno.

Alejandra, tu nombre ensordece, puedes estar tranquila, dejaste de ser esa pregunta tartamuda, rebotando en un abismo.

Leidy Yaneth Vásquez Ramírez
(Medellín, 1981)

Candidata a Doctora en Ciencias de la Educación de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Poemas suyos han hecho parte de dos exposiciones itinerantes apoyadas por la Secretaría de las Mujeres de la ciudad de Medellín: *Mujeres de la tierra florida* (2011) y *Sostén poemas: versos de leche* (2016). Sus labor poética ha recibido distinciones como: mención en el II Premio Nacional de Poesía Joven Isaías Gamboa (Cali, 2005). Gran Premio con Edición de Ediciones Embalaje (Museo Rayo, Valle del Cauca, 2007), por su libro *Las horas de la espera*. Primer Galardón al Mérito Literario C4, por parte de la Secretaría de la Mujer (Medellín, 2008). Mención en el II Premio de Poesía Joven Ciudad de Medellín y su Área Metropolitana (Corporación Prometeo, 2013), por su libro *Las grietas del día*. Actualmente es docente de cátedra de la Universidad de Antioquia, Co-coordinadora del CLEO (Centro de Lecturas, Escrituras y Oralidades de la U de A) y Coordinadora del Plan de Lectura y Bibliotecas Escolares de la Secretaría de Educación de Medellín.

Un día llegará la tristeza y se instalará en esta casa; se irá tomando uno a uno los rincones y no seremos más que el humo del recuerdo. Lloverán por las paredes nuestros nombres y la tierra invadirá los huecos en los que antes solíamos enterrar horas. No quedará memoria sobre los hombres de arena que antes habitaron esta casa. El olvido se convertirá en una legión de voces afligidas atravesando el desierto de los nombres. Un día llegarán los intrusos que querrán edificar su casa. Desoirán el silencio de los fantasmas, huirán a su olor, y nosotros, como moscas que merodean sobre los platos, volveremos a entonar un canto leve en los oídos del tiempo, ese gigante sordo y abatido.

*

La casa tiene un alma que la habita irremediablemente. Está hecha de ecos y silencio. Cada casa es una boca abierta. El abandono prematuro de las sábanas contará la historia de la muchacha perdía en el intento de lo eterno. Los pisos húmedos susurrarán lo que callaron los zapatos apresurados de quienes huyeron en la mitad de la noche. La ducha a medio abrir, el café frío que yace sobre la mesa en la espera constante de una voz; el tiempo colgará como araña en los tejados y escupirá de vez en cuando algún secreto. Después de todo, somos esa casa deshabitada conversando con las moscas y el silencio, solo ellas dirán que alguna vez hubo un niño, una anciana, una mujer sentada en las esquinas del día, tejiendo su vida, puntada a puntada, en el rincón del sueño.

*

Volvamos a encender el ruido de la casa. Armemos sus estancias como un rompecabezas que sabemos de memoria y tanteamos con la punta de una lengua callada. Es hora de desdoblar el tiempo, de colgarlo en las ventanas y preparar la llegada de la noche, niña inquieta y despistada que solo sabe desordenar horas. Habrá que insistir en las agujas, hilar de nuevo una palabra lenta y coserla como encaje a la sábana fría. Barrer el polvo en las alcobas del alma y deshacer el tejido de los ojos para que vuelvan a tejer asombro. El trabajo es despertar a la soledad; enroscada entre las puertas selladas quiere quedarse adherida a la amarga mermelada del pasado.

*

Esta noche es una larga queja; el ruido lo invade todo, pero hay gritos que nadie escucha, con los que nadie desea cargar. El dolor pesa mil gramos, aunque el alma siete, y así termino por abandonarme a la tierra, entregándole estos pasos lentos que nadie más quiere. De pronto caminar es la tarea más compleja. Todo quedó abandonado, como si nunca hubiese tenido dueño o como si yo jamás lo hubiese sido. La risa también quedó guardada en los cajones, entre la ropa sucia y los objetos perdidos. Ya nunca más encontraré un camino, el tiempo me tragaré como se traga todo. El cuerpo es un costal de sombras y de heridas que reclama la tierra. Devastada, intento el llanto, una palabra de misericordia, el perdón por aquello que no sé que hice. Mis manos, atadas como raíces, en el olvido nunca más podrán edificar la casa en este territorio plantado de huesos.

*

A donde la hoja teje su mañana,
dejo como huella
el canto de mis pájaros ausentes.

De: Pájaros ausentes
(Poemas inéditos, 2018)

Henry Alexander Gómez

(Bogotá, 1982)

Magister en Creación Literaria de la Universidad Central y Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Es director del Festival de Literatura “Ojo en la tinta”. Entre otros, recibió el Premio Nacional de Poesía Universidad Externado, el Premio Nacional Casa de Poesía Silva y el Premio Internacional de Poesía José Verón Gormaz de España, por el libro *Tratado del alba* (2016). Otros libros publicados: *Memorial del árbol* (2013); *Diabolus in música* (2014), Premio Nacional de Poesía Ciro Mendía; *El humo de la noche rodea mi casa* (2017); *Georg Trakl en el ocaso* (2018); y *La noche apenas respiraba* (2018), Mención Honorífica Certamen Internacional Sor Juana Inés de la Cruz. Es cofundador de la Revista *La Raíz Invertida* (www.laraizinvertida.com)

Primer día

Una suerte de poema ciego ardía
a nuestras espaldas.

Cada pequeño niño
era pasado por la máquina y la bota militar
para dejarlo hecho un hombre capaz de arrancarle
el sudor a la noche con su aliento.

El aire quieto del batallón nos respiraba
por la comisura de los labios.

El capitán cosió en nuestras muñecas
las raspaduras de la guerra,
nos ató los tobillos
con el grito del guerrillero dado de baja.

El salto de la liebre fue la gran partitura.

Corrimos por la Plaza de Armas
como quien intenta susurrarle un secreto
al oído del viento,
lloramos en el campo de tiro,
en medio de una risa sideral.

El peso del fusil entonó toda rendición.

Nada termina por crecer en esta tierra,
ni siquiera el silencio y sus pesadillas.

Cada soldado llevaba
un huevo negro en la palma de su mano.

Gas mostaza

Un cielo tejido por la lepra
llenó el canal que había en la falda de la montaña
y nos rodeó de punta a punta.
El teniente Rojas disparó varias veces su lanzagranadas
como quien clausura las puertas de un laberinto
donde la hiedra ha perdido el camino.
Las granadas incendiaron la prisión
y la soga del humo nos apretó el cuello
hasta dejarnos desechos los pulmones.
Incluso el aguacero se colaba
debajo de nuestros cascos de guerra
e intentaba encontrar un pequeño orificio
por dónde respirar.
El infierno tiró al suelo el armamento.
El soldado Orozco le pidió a gritos
a la Virgen María
que le atara el cordón de su bota militar.
El sudor de los fusiles, por primera vez,
me expropiaba del aire
y me cosía los huesos uno por uno
a la risa astuta de la guerra.
Nada quedó a salvo,
ni siquiera las uñas aferradas a las paredes de cal.

—Han dejado de ser reclutas —nos gritó
el teniente Rojas—, se acaban de graduar como miembros
activos de las Fuerzas Militares de Colombia —replicó.

Despertamos con el uniforme lleno de odio,
viejos,
como niños expulsados del paraíso,
con una constelación de sombras rotas detrás de las orejas.

Existe en el mundo
un alto riesgo de caer en las cadenas
que nos ofrece la victoria.

Las cosas iban perdiendo su color natural.

Los 40 ladrones

El largo bastón que traigo de la guerra
sostiene el arte milenario del hurto calificado.

Cada cosa era usurpada en el ejército:
las toallas, las colchas, las cucardas, la munición;
hasta robábamos el aire que llenaba nuestras bocas,
luego de las patrullas nocturnas.

Aprendimos, desde el primer día,
a dormir con los setenta y cinco cartuchos como almohada,
con el Galil anudado al brazo del sueño,
para nunca perder la costumbre de ser víctima
y asesino.

Nacimos, como François Villon, para guardar el mal
en nuestras tiendas de campaña,
para usurparle a Alí Babá cada una de sus sortijas de oro.

No podía ser de otra forma,
vivimos con la certeza de caminar
por el filo de la orilla,
sin ataduras,
o, por lo menos,
con la promesa de robar siempre en el patio donde
Dios habilita todos los comercios.

Corsarios, piratas, bandidos, lobos de asalto,
somos igual que el mal ladrón crucificado
y condenado por Jesucristo,
a imagen y semejanza de Bonnie y Clyde,
de la raza ladina de Lex Luthor.

No fue Vincenzo Peruggia quien robó la Mona Lisa,
fuimos nosotros, los soldados de Colombia,
que siempre andamos con la sed guardada en los bolsillos,
con una tercera mano
para llegar a donde no nos alcanza la suerte.

Hay verdades que simplemente no son nuestras,
pensamientos
semejantes a una gradería de piedra
en la que se asciende al bajar los peldaños:

igual que la guerra: pequeña metáfora
que le hurta los ronquidos a Dios.

De: *La noche apenas respiraba*
(Gobierno del Estado de México. Toluca, 2018)

*

En el lomo de la vaca el viento revuelto en un sudario de
espumas

Eran las mañanas y las tardes. Solía acompañar a mi abuela Ana
a llevar y traer las vacas, del establo al potrero y del potrero al
[establo.

Íbamos por la mitad del pueblo arreando las vacas
que eran como dedos gordos de Dios.

Yo y mis cinco años y la rama de un árbol haciendo de fusta.

El sol trepaba por las manchas azules de las vacas y en su paso torpe
un aliento desconocido empozaba la sílaba del sueño.

Las piedras, las crestas de los árboles, un puñado de maderos y
[sus cercas.

Verlas pastar era echar boca adentro toda la paciencia del aire,
como hundir una luna en un enredo de hierba.

Y en los ojos de las vacas un vacío de luz, un misterio lerdo que latía
en cenizas
sobre el corazón lento del día.

Mis cinco años, mi abuela Ana y las moscas abriendo huecos
en las primeras sombras de la tarde.

Entonces la vaca Golondrina se fue de bruces al río.
El hechizo del agua le llegó como una sogá que halaba su carne
en una cadencia sin tiempo.
Era de ver su júbilo corriendo entre las formas del torrente. Mugía y
su voz era un tambor que trenzaba mi garganta. Un fósil nacido en
lo más hondo de la vocal del mundo.

Corría la vaca por el río y mi abuela la seguía desde la orilla,
entre los pastos largos y mojados,
llamando desesperadamente su bovino. Cuidado de no ahogarse la
vaca loca.

Mis cinco años arreando el sueño de loco de mi abuela Ana. En el
lomo de la vaca el viento revuelto en un sudario de espumas.

Hará tiempo de aquello. El río arrastrando esqueletos húmedos de
hojas y trastos vegetales, llevándose consigo mis cinco años y las alas
invisibles de la vaca Golondrina,
en una ceremonia de bocas abiertas a los muslos de la nada. Nave-
gaba ahora
hechizado el ocaso en una brisa de peces muertos.

Dicen que las vacas
se parecen a los sueños de los hombres tristes, no dejan de rumiar su
soledad
en cualquier balcón desvencijado de la vida. En el mañana
o en el ayer, es floración la noche cerrada.

A la orilla, sobre la piedra molida, boquea todavía la vaca
[Golondrina
tragando tajos de luz. Muge mientras puede.

Gallinas

A Felipe García Quintero

En las mañanas,
largos instantes me revelaron
el juego de su pluma,
el cacareo del mundo desde
una noble idiotez.

Su peculiar danza
me habló de un linaje perdido,
la firme intención de ser viento borrado.

Entendí, entonces, la difícil tarea
de romper
con las ataduras del aire,
la música cercana de escarbar en la tierra.

Es verdad que en las gallinas
el día ha encontrado su eje,
el cordón umbilical
en el que sostiene la luz.

Al igual que ellas, escribo la dicha
de ser pájaro caído.

De: *El humo de la noche rodea mi casa*
(Universidad Externando de Colombia. Bogotá, 2017)

Fadir Delgado Acosta
(Barranquilla, 1982)

Autora de los libros *La Casa de Hierro*, *El último gesto del pez* y *Lo que diga está lleno de polvo*. Profesional en Comunicación social y Magister en Creación literaria de la Universidad Central de Bogotá. Premio Distrital de Poesía del Portafolio de Estimulos de Barranquilla 2017. Premio en la categoría Poesía, del Concurso Internacional de literatura de la Universidad de San Buenaventura (Cali, 2014). Ganadora de una Residencia Artística en Montreal, otorgada por el Ministerio de Cultura de Colombia. Su libro *El Último gesto del pez* fue traducido al francés y publicado por la editorial Encre Vive de Paris en el 2015.

Cielo de soldadura

Jugamos a parir hijos de relámpagos
Los contábamos como insectos blancos
Desaparecían y se pegaban hasta volverse babas
Hasta ser luciérnagas sin cristales
Hasta darnos cuenta que sólo habíamos parido cráneos de antiguos
[miedos]

Aun así dejamos atrás las escamas de la ciudad
La podredumbre de los mares que se le han muerto

El camino lo abrimos
Fue una filosa herida que nos cortó las manos
cuando decidimos reventarlo
sacarle las entrañas
y sembrarle una raíz con gusanos de luz

Jugamos a comernos nuestros hijos
a cortar alas y tragarlas como cadáveres de hielo

Nos hicimos desperdicios de animales
Niños muertos
Perros aguardando un cielo de soldadura
Nos hicimos eternidad
árboles en un charco de luciérnagas.

Hada ciega

En la oscuridad alguien dice mi hijo
y la palabra hijo es un puño de espinas que se abre en la garganta
Abre la boca
ábrela bien
y vuelve a decir mi hijo
porque la palabra es agua que comienza a ahogarte los pies

Escarba el agua
quítate el cansancio del viaje pegado al cuerpo
y vuelve a decir mi hijo
mira que hijo no es cualquier filo
cualquier cuchillo
con él podrías cortar un relámpago
cortarme un relámpago
cortarle los ojos a un hada

Te lo pido:

Regálame el hada ciega
Pónmela en el pecho
No me digas de qué especie es
No me llames hada
No me digas el nombre de un pájaro
No clasifiques el vuelo

Déjame el hada
Pero llévate a tu hijo
Antes que la palabra te ahogue
Antes que sea cualquier filo
y no cortes nada con él

Llévate la palabra hijo

Ponle el nombre de un pájaro
Clasifícale el vuelo
Pero llévatela

Te lo pido:

Regálame el hada
Pónmela en el pecho

Hada ciega

Te lo pido:

En esta oscuridad
préstame tus ojos.

Lo que diga está lleno de polvo

Debajo de la lengua tengo palabras heridas en combate
Hospitales con sus gasas ahogando la herida
Debajo de mi lengua tengo una legión de escombros
Me he partido los labios por quitar esos restos de piedras pegados a
[los dientes]

Lo que diga está lleno de polvo
De ciudades en ruinas
Lo que diga tiembla como punto de luz en el agua
será siempre un grito encalambrado
Siempre el domingo apuntándome con su escopeta
Siempre los perros abriendo la tierra para mostrarme sus huesos
Siempre la palabra que se escucha como la explosión de un tiro
Esa misma palabra que cava su tumba dentro de mi boca.

Manifestación de la luz

Está en una cueva
Hay una luz que titila
Una raíz de vidrio que le corta los párpados
No es nada más

Sólo un montón de miedo
Un sudor de lodo
Un terrible ruido

La luz tiene espinas
Espinass que le hieren los ojos
El temblor de sus muslos espanta las hormigas sobre el cuerpo
La luz protesta
Es humo
Humo que le arde en los huesos
Cierra los ojos
pero la luz en huelga no se va hasta que los abra
Alguien suelta unos perros rabiosos
El exceso de luz le impide verlos por completo
Tienen colmillos con las puntas brillantes

No sabe adónde huir
La baba de los perros inunda el lugar
Cree que los perros tienen luciérnagas en la lengua
La baba de rabia se le mete en el cuerpo
La luz protesta con un niño en el centro
Un niño cubierto de agujas que se lo arrojan a la cara
Quisiera saber quién está detrás de todo esto
¿Por qué la luz protesta?
¿Quién convoca las marchas?
¿Quién es el líder?

Se quiere arrancar la piel y entregársela a los perros
Un desierto le nace de la boca
Bebe la rabia de los perros
y se hace hambre
me hago hambre

Tengo un desierto en la boca
Una luz tierra que se mete en los dientes
Un niño de agujas cortándome los ojos.

De: Lo que diga está lleno de polvo

*

Acuario

Entro al acuario
El caracol se abre para dejarse penetrar
Algunos peces incrustan sus ojos a los vidrios
y a los solares abiertos para el sol
Veo de cerca peces rojos de tanto lápiz labial
peces con las bocas llenas de sudor
peces muertos
muertos de la risa
muertos del hambre
Aquí van peces viejos
peces que se van a tragar otros peces
peces que se creen pájaros
peces que no se creen nada
peces que no abren sus ojos por pura pereza
lagañosos de espíritu
con la saliva oxidada
peces del mar
del río
de la tierra
peces de las calles
peces de motel
peces que duermen para no verse morir
peces aburridos
que se van escupiendo
que inauguran monumentos por no tener nada que hacer
Aquí van peces que no se inventan nada
peces que se echan telas encima para no morir de frío
y otros simplemente para posar de bien vestidos
peces que no hablan o que hablan mucho para decir
poco
peces que ladran que huelen muy mal por tanto perfume
peces que tocan tambor
y balbucean con la gaita
peces que van a la fiesta
a los entierros
a la rutina

peces que se enteran y otros que no se dan ni por
enterados
peces que siembran cuchillos en las espaldas
Desde aquí se ven pasar esos peces que han comprado
acuarios
para evitar revolcarse en los sudores de otros
para morir solos en su propia mugre
para presumir la estupidez o simplemente porque se les
da la gana
peces que se quejan y nadie escucha
peces insoportables
vendidos
que se dejan seducir por la carnada
peces que bostezan para tragarse el mundo y sólo se
tragan una mosca
Aquí y en las calles se ven pasar peces de diarios con
malos olores en las manos por escribir tantas mentiras o
medias verdades
peces perdidos en este acuario sin agua
en esta ciudad de tierra
tan dolorosa
sobreviviente a silencios
a escombros
peces esperando que los dejen dignamente en algún
lugar
que entran al acuario para morir un poco
Aquí van peces
y peces
y más peces
perdidos
enredados
muertos
muertos de la risa
muertos del hambre
muertos del miedo
en este autobús sin alma.

De: El último gesto del pez

Carolina Dávila

(Bogotá, 1982)

Escritora y abogada feminista, magister en Derechos Humanos y Democratización y aspirante a MFA en Escritura Creativa. Ha sido editora de *Rio Grande Review* y del Fanzine *La Trenza*. En el año 2010, ganó el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura con el libro *Como las Catedrales* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011; Caracas: Fundarte, 2014). Publicó el libro *Imagen (in)completa* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2018). Poemas suyos hacen parte de las antologías *Postal del oleaje: poetas nacidos en los 80: Colombia-México* (Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León; Bogotá: Editorial Con las Uñas, 2013), *The Other Tiger: Recent Poetry from Latin America* (Wales: Seren Books, 2016), entre otras. Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés, el italiano, el portugués y el árabe.

Oscura, húmeda, viscosa por el calor, amontonada
la cáscara del café llega al metro de altura
y sobrepasa el muro que retiene
lo inútil, la masa espesa
blanda, separada del grano

El grano puro se esparce en sendas placas de cemento
al sol

La piel podrida se toma las grietas
se desborda
se cubre con los huevos de las moscas

Ahí
la chucha, la zarigüeya, intacta
Su piel sin desgarradura
domina el desperdicio

En el cuarto de herramientas
cadenas de pared a pared
un tendedero de básculas
ganchos, baldes, pólvora y escopetas

Con el tintineo la unión
con la unión la sangre
el rompimiento
y las moscas que vuelan lejos de sus crías

*

Esta historia comienza con una necesidad de hacerse cargo
arreglar las duchas de la casa
las fugas de agua
resolver el incremento en las cuentas de servicios públicos

Terminan en el baño ordenando cajones
Ella revisa la fecha de vencimiento de los medicamentos
frunce el ceño, desecha un par
A él le resulta sexy su exagerada preocupación
el miedo a una muerte de la que sin duda se enteraría
meses después

Con esta dinámica
le hacen el quite a lo importante
sientan las bases para un aséptico final

*Una puerta se cierra y separa los días
que sucederán en escenarios que coinciden
en un cúmulo de recuerdos fragmentados:*

Alguien ajusta un ahorrador de agua en la cocina alguien lee en
cinco lugares diferentes de la casa alguien riega el jardín, siembra
una planta alguien se topa dos veces con un verso que *agradece el*
deterioro alguien pasa la noche fuera alguien sale
en la madrugada a reconocer las calles alguien oculta una
pequeñísima verdad *no se lo dije, si no lo preguntó* palabras
que nadie dice y en las que nadie cree

Nos enseñaron a amar en la precariedad territorios demarcados
esferas de dominio títulos de propiedad sutiles redondos
brillantes
Nos enseñaron a ser frágiles a hacer responsables a los
otros a tener siempre a la mano una triste historia de la infancia

Alguien ve el atardecer mientras le suben por las piernas las
ganas de cambiar el mundo Alguien hace el amor en una escale-
ra en un peral en una esquina oscura y a escondidas

Alguien asume un riesgo pequeño minúsculo insignificante

Alguien hace el amor en una escalera desata un nudo en
silencio asume un riesgo Total se va del pueblo total
le queda chico

*

Tres días

y

—en medio del estacionamiento—
el cuerpo del pájaro
intacto

no lo transforma
el desierto no la llanta
ni hay huella como herida abierta

En el lugar del que vengo
las moscas lo toman todo
fundan su imperio
de malaria y dengue
y la sangre llama la sangre

No distinguimos vida y podredumbre
por eso la risa y la canción en cada espacio
que era de la rabia o el duelo

Allá nunca un animal
alcanzaría a consumirse desde dentro
nunca el rencor como
músculo calcificado
como hueso que se atora

Acá, el pájaro
en su cama de plumas secas
sin reguero de sangre
sin la última seña
de su pálpito

De: Variables de Riesgo

Postal de Buenos Aires

Esta ciudad está viva
y es como la gorda mujer que canta mientras todo tiembla

Como esa mujer a la que no le importa que el mundo
vaya a pique
porque se levantó hermosa
o se maquilló demasiado
o usó zapatos altos, unos zapatos rojos, altísimos
que le alargaban las piernas

Y es también como esa mujer que soñó algo obsceno
muy sucio
y sonríe toda la jornada
frente a la pantalla
en su oficina

Sí, esta ciudad está viva
y es una mujer

O tal vez es un film italiano largo, muy largo
que en el minuto noventa y cinco se harta de sí mismo
y entonces canta, vibra
y decide ser un homenaje
algo menos real y más histriónico

Yo
(que sé de ciudades que también son mujeres)
lo noté de inmediato
en sus adoquines flojos
en sus balcones desvencijados
en su lluvia
más pasional que cualquier llanto
que viene fuerte y se detiene
como una mujer que cede y luego se arrepiente
para al final ceder de nuevo

Desacomodo

Lo que talla –me parece– se asemeja a las cosas que se abandonan pero siguen ocupando su lugar y al mudarnos se van con nosotros a pesar de no haber sido escogidas ni empacadas

y tallan

y tallan

hasta que descubrimos que se trata de una costilla el omóplato
el cafetal de la infancia o la mañana que fervorosos intentamos
aparear los gansos de la abuela

a veces el desajuste se debe a algo menos traducible por ejemplo
al recuerdo de esa palabra que tanto nos gustaba sólo a su recuerdo
y a la certeza de haberla olvidado irremediablemente

De: Como las Catedrales

Juan Camilo Lee Penagos
(Bogotá, 1982)

Desertor de las ciencias exactas –en su adolescencia representó a Colombia en eventos internacionales de física y ganó concursos nacionales de matemáticas-, en la actualidad es becario doctoral de Colciencias desde 2014, y desarrolla una investigación sobre arte y literatura latinoamericanas en los años 60. Publicó *Ciencias de la mañana*, en la colección “Viernes de poesía” de la Universidad Nacional de Colombia en 2011. Su libro *Voces de Casa* fue ganador en el II Concurso Internacional de Poesía Paralelo 0 (2015). Fue finalista en los concursos Ruinas Circulares (Argentina, 2013) e Isaías Gamboa de poesía joven (Cali, 2006).

II

Las baldosas pálidas en la casa,
las cañerías que gotean su humedad adentro de las paredes,
las materas llenas de lluvia en el jardín olvidado,

son los elementos de este lento desastre que ocurre mientras
[recuerdo,
mientras escribo,
mientras termino de fumar frente a las rosas del patio que se
[desvanece.

*Olvidar el encuentro de las otras cosas,
las explosiones innumerables de lo que fue,
los ecos de lo que alguna vez dijimos en el abismo de lo que será,
el endurecimiento de los días alrededor de lo que pudo o podrá ser:*

*la potencia de la vida que soporta su propio peso como un árbol torcido,
como un cojo que fortalece hasta la deformación la pierna que lo salva.*

X (La Demencia)

*Tiene algo que ver con aceptar
el tamaño de la estirpe,
su honda decepción, su resignada búsqueda
de cualquier otra cosa.
Es que la rota estrella de sus ojos
buscando un cielo en la carne,
el frío en los vientos,
o cada caricia que olvidaron,
amasan un pan, una sonrisa
para la visita que se quedaron esperando.*

La casa dobliega la voracidad de las noches y sus puertas cortan los
pescuezos de las sombras que intentan asomar sus hocicos por
[debajo.

Pero al ser olvidada la casa produce sus propios monstruos:

la inminencia que golpea el lado oculto de las paredes,
que rasca cuando todos duermen desde adentro los cajones
[cerrados hace años,
las sombras de las aves que cruzan de repente por el patio,
esas voces de casa que la transitan y pueblan más allá del silencio.

Y luego transitar por los lugares recónditos de mi cuerpo, y encontrar allí puertas desvencijadas, esquinas con extraños y diminutos habitantes, absurdas manchas en las paredes, en mi cadáver.

Por dentro las descomposiciones son violentas, las ventanas se rompen, legiones de imágenes se arrastran como cucarachas, mobiliarios ajenos germinan en la sangre mientras el calor de los días ensancha el hierro de las altas puertas a la cordura.

*Roto de humedad, acicalado de tristezas sofisticadas,
el aire, el vuelo,
sus pájaros contra la lluvia,
el sol flotando en el jardín no soñado.
Ninguna casa, ningún rostro, ningún aljibe.
Nada. Sólo las esquivas de los espejos y unas cuantas sillas desvencijadas.
El fértil polvo sembrándose entre las cosas:
baldosas despintadas, manchas en las paredes, arañas, maderas que crujen.*

Pero no, no es que cobre algún sentido el deshacerse de la utilidad de cada trozo de madera,
no es que la muerte que puebla cada habitación pueda reemplazar la brillante estructura de mi biografía:

sucede que la muerte no llega nunca, sucede que la casa siempre estuvo vacía porque era ella quien nos habitaba.

XI

Soñé la muerte.

*Era una hermosa anciana, llena de piedad,
con un collar de rosas alrededor de su cuello,
de traje blanco,
cuyos ojos negros resplandecían con el brillo de los que aman,
caminaba lento, y sus pasos eran silenciosos.*

Le pregunté:

*Dime, querida, ¿vale la pena vivir?
¿encuentran los hombres al final una justicia,
alguna plenitud sencilla como tú,
algo parecido a una caricia o la dulzura
de la antigua niñez de nuestra casa?*

Me respondió que sí

*-con un susurro-,
para luego soplar mi carne
con el tabaco de su aliento.*

*Mi cuerpo se consumió al instante,
se hizo quebradizo como las hojas secas*

y el viento se lo llevó lentamente hacia el sol.

*Pero al despertar no recordé nada.
Y ella ya no estaba allí.*

Cuando se empiezan a llenar las macetas que han quedado vacías
en la mitad del jardín, cuando las gotas se deslizan por la superficie
oxidada de las varillas que alguna vez fueron una carreta o un
[olvidado instrumento,
cuando sobre el techo suenan pedradas,
cuando las aguas se reparten como un cáncer por los diminutos
conductos de las estructuras,
cuando la casa es un animal gigantesco que agoniza en la soledad y
la lluvia lo pudre, lo atraviesa, se lo va llevando imperceptiblemen-
te por canaletas, tubos, cañerías, rendijas, lo va consumiendo para
arrastrar sus fluidos a través de sus caóticas corrientes,

esa serie olvidada de olvidos que constituye la muerte de una casa,
las nimias acciones que sus antiguos habitantes realizaban allí, y
que constituían su espíritu, su alimento, hacen más patente que
nunca su ausencia:

ya nadie mira al ave picotear los dulces frutos de las enredaderas
sobre la baldosa del patio,

ya nadie delinea con los pies al pasar la extraña curva del zócalo,

ya nadie llena con olor a tabaco los espacios entre las rosas y la noche.

Hay tantas cosas que se pierden entre instante e instante, tantos
rostros invisibles en el aliento de las cosas abandonadas, tantas cosas
inútiles que abren puertas hacia la irrealidad del mundo de los
hombres,

que desde adentro de la tormenta, desde el lugar de los relámpagos,
alguien o algo
decide bajar y tocar con piedad el blando lomo de la casa que se
expande y se contrae, agónico,

para apaciguar el estertor del hogar que chilla por el abandono de
sus amos

sintiendo en su estructura por última vez el frescor y la violencia de
la lluvia.

De: Voces de casa

*

Antonia y la mariposa

Asustada por la vibración de las alas,
la pequeña

Antonia señaló, gritando, con una
contorsión de su cuerpo, a la polilla
que se agitaba torpe en el aire. Sintió
pánico la pobre.

Luego el bicho subió dando vueltas
en su búsqueda ansiosa

de luz

hacia la lámpara,
como subiendo
una escalera de caracol
en el aire
golpeando cada

hipotético escalón

con sus pies de alas brucas.

Luego supe que no hay

sonido

doméstico más repugnante que
el cuerpo del insecto
chocando

violentamente

contra las paredes de la lámpara.

Pero

estupefacta detuvo su llanto Antonia. Y los
adultos callamos:

la mariposa o moría o
se acercaba

a la revelación,

pues su cuerpo sin brillo atravesaba en su caída
-como una piedra-

al centro

geométrico de la espiral
que la elevó.

Y la polilla murió tal vez en el culmen de su arretrato
cósmico y luminoso y tan
metaforizable
sin que nos importara.

 Pero cayó
a los pies de Antonia.

“Ha muerto”-dije- “no volará más nunca”
intentando ser cínico
frente a mi hija.

Antonia,
mientras pateaba el cuerpo volador que sería polvo
en breve,
se colocó debajo del chorro blanco de luz.
Mi hija me miró a los ojos.
Yo no entendía
el significado de ese instante:

difícil sería explicar
la ironía del mundo que hace
de la incandescencia
la fachada
de lo que se purifica.

“Estamos juntos, en todo caso” –pensé, triste,
sin saber por qué-
mientras veía la tierna piel de Antonia
iluminada
por la luz de Dios
 y de la muerte.

Texto para Alfredo

Hablábamos de nuestra eternidad, Alfredo, anoche, al despedirnos,
y esta mañana yo iba en un taxi mirando
lotes vacíos y verdes, y en el fondo
las montañas que rodean a Medellín
se combinaban
con la omnipresencia del día
y uno se sentía
al tiempo inmenso y anodino.

Pero en realidad no hablábamos de la eternidad, Alfredo,
como recordarás,
sino que hablábamos del fracaso y los versos que nadie nos celebra,
de cómo hay que mandar
papeles y papeles a la mierda
si uno
no quiere pasar vergüenza en frente de los viejos
que sí saben escribir.

Pero la cuestión, Alfredo, es que la frustración, los lotes verdes,
las montañas y los taxis,
los versos idos a la mierda, y nuestra conversación,
no son ni en un punto (o una coma)
diferentes

a la eternidad. Y por eso
empecé así este texto (y para hacerlo
desde el comienzo
aparentemente más trascendental).
Tu, que me consideras ya un escritor porque publiqué un libro
y mis poemas te gustaron
me preguntabas sobre la escritura, y yo aproveché
para hablar sobre esas cosas que a nadie más importan
salvo a quienes -como tú y como yo- ya adquirieron ese defecto
inapreciable
de convertir la frustración en una disciplina,
y la insatisfacción con el producto de la propia inteligencia
en exigencia íntima.

Los poemas, Alfredo, y discúlpame el tono, son trompos
girando
en la mano de Dios,
y no se muy bien en dónde están los poetas en esta
metáfora infundada.

Pero el caso es que nos gusta su zumbido y su equilibrio,
y en el fondo nos gusta la idea de Dios también,
nos gusta sentir el silencio de su mano sosteniendo
los libros que nunca escribiremos.

O sentir que una conversación nos abrió puertas a la amistad,
a otros destinos, a la música,
sentir
sobre todo
que algo tan humano como anhelar el reconocimiento
de otros, -tan incapaces
como nosotros-,
hace parte
del paisaje hermoso y amplio
que tal vez, al morir, observemos

al dirigirnos en un taxi hipotético
hacia el misterio
del mundo y de la vida.

Angélica Hoyos Guzmán
(Barranquilla, 1982)

Magíster en Lingüística, estudios de Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana, Candidata a Doctora en Literatura Latinoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar. Finalista del Premio de Ensayo Carlos Pereyra 2016, de la Revista Nexos. Su primer poemario *Hilos Suelos*, se editó en Madrid en 2014. Actualmente trabaja como docente en la Universidad del Magdalena y es editora en Virginia & Co Ediciones, proyecto que publica y difunde literatura escrita por mujeres.

Oleaje

No hay motivo
para que las olas
no dejen sus hondas heridas
 en el agua.
Así se limpia el mar.
 Después de la tormenta
saca la madera muerta,
renace desde el fondo.

Monarca

La mariposa aletea sombras coloridas.
Ella se regala a los ojos,
en un solo día deja su estela de misterio,
vive para hacer del mundo un milenio microscópico
[de belleza.

Si viviéramos como la mariposa
entenderíamos que cada estela del vuelo es toda la vida.
Moriríamos sabiendo que no hay eternidad más bella
que la del aleteo.

Poeta que no está en New York

(Elegía leyendo a Lorca)

A mí

Lejos del resto de los de mi clase,
no me llegó el poeta desde Nueva York.

No porque no me guste
sino porque en la provincia lo distante me fue negado.

En mi casa recitaban La casada infiel
guardada entre la Lexis y el Almanaque de Bristol,
en una biblioteca llena de enciclopedias mudas.

Entre cantos de Los Charaleros.
Al sur,
Pueblito viejo.

Luego de las dos botellas de aguardiente de mi abuela.
Antes de los poemas del Indio Rómulo.
No.
No supe del destierro.
No me llegó el frío sino hasta los días
cuando hablamos de tu muerte.
Te hubiese gustado escuchar
recitar El Romancero
en aquel jolgorio de mi infancia.

Seguro sabes que me huela
también la guerra,
que titirito de versos
y me hierve la sangre en la corrida.

Puntos de fuga (Declaración de amor a Remedios Varo)

Basta caminar de la única forma
posible que se debe:
con el pelo.

Los pobres pájaros arrastrados
con plumas pesadas
de la envidia.

Al cerrar un ojo
alguien tejerá el mundo,
el mar será un tapiz finísimo
con la pócima que deja
el brillo sobre su epidermis.

Aquí se debe mirar con ojos de búho,
ser leopardo,
lobo y luz de luna,
en medio del bosque,
en la negrura más larga,
se abrirán las puertas.

Estrategia de sobrevivencia ante el amor

1. Racionalizar todo, explicarlo a través de la ciencia humana y no humana. Desmitificar la historia individual y colectiva de cualquier Adán y Eva.
2. Viajar hacia adentro, allí recuperar el sistema inmunológico de lo imposible.
3. Llorar hacia el encierro, que implote el alma sin palabras. Importante pedir prestada la voz. Leer poemas, la poesía siempre es la única compañera.

4. No buscar, no responder, no desambiguar, llenarse de dignidad, engordar el ego y alimentarlo consigo misma. Deconstruir al amor romántico, reconstruir los pedacitos de ese yo.

5. En google, también se puede sanar leyendo foros con los mejores post de personas que han padecido el amor, con similares síntomas de sufrimiento. Cuando se lee todos los casos, se puede percibir la igualdad en la estupidez sentida, el lugar común al que se llega, objetividad y discernimiento de lo acontecido.

6. Es necesario repetir todas las anteriores con el tiempo. Dicen que este ente lo supera todo, pero cuando no quiere, es caprichoso y se niega a borrar. Así que es mejor repasar las tácticas con rigurosidad, no vaya a ser que se deje llenar el alma de inmanencias.

Indicador de cumplimiento: si no sobrevivo y caigo ante patrones de sabotaje, siempre habrá tiempo de enfrentarme, llenarme de amor, tratarme con cariño, los humanos somos débiles ante las palpitaciones del otro.

Luis Arturo Restrepo
(Medellín, 1982)

Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Apuesta de cenizas* (Tragaluz Editores, 2010). *Dos poetas colombianos*, que contiene su libro *Réquiem por Tarkovski*, (en coedición del Ministerio de Cultura de Colombia y Sílabas Editores, incluye también un libro del poeta Óscar Hernández, 2012). *En el fuego, la mirada* (Sílabas Editores, 2014) y *Sucia luz* (Sílabas Editores, 2018).

Fe de ratas

Pájaro estéril la esperanza en el poema
de él no habrán de venir hijos felices ni tristes
parcos o gritones con la venganza filosa bajo el brazo
preguntando por el padre
y por la herida en que fueron dados al mundo

pájaro estéril la esperanza en el poema
espuma o baba infecunda
marca cáustica
de quien celebra su fe en el altar vacío

Las palabras cobran vida

Coloquialmente la palabra perro se lanza con enojo hacia el otro
cuando la palabra no muerde
quien la recibe ladra y enseña sus dientes
solitaria después de la discusión
vaga orina come las sobras de la basura defeca
huele su propia mierda
y ahora sí está dispuesta otra vez
para arremeter de nuevo para embestir
con su aliento
para irse de frente con toda la nobleza
de que es capaz
y lamer las heridas que sus fieros dientes prodigaron con amor
al final dará vueltas en círculo
seguirá con su mirada a algún pájaro
y terminará por lamerse el culo

Fosa común

Los muertos no salen de sus tumbas a asustar a sus verdugos
a lo sumo tiemblan de odio bajo tierra
un brazo allí y otro más no suyo al lado
quizá sobre su cabeza otra cabeza que no conoció en vida
le estorbe le robe su pequeño aire
ropas sucias zapatos impares
una herradura oxidada sortijas ya sin dedos
a los muertos tronchados en vida se les va la muerte
añorando sus miembros
la luz no los visita allá abajo y no pueden ver qué hay de sus gentes
quién alimenta a sus hijos quién se come
a sus perros quién persigue a sus gatos y ordeña sus vacas
los muertos cuando salen de sus tumbas lo hacen por partes
señores con tapabocas vestidos de blanco los miran con asco
uno más de pie junto a la fosa hace la lista de lo encontrado
los limpian con brochas soplan sus cuencas
cuentan los dientes
y mueven lentamente de arriba a abajo la quijada del esqueleto
tratando de burlar lo que fue la vida
los muertos cuando salen de las tumbas agradecen su nuevo traje
limpio de inmundicias ya sin gusanos ni escarabajos
y miran a lo lejos
buscando en el horizonte la nueva vida que los espera

Desafío

Al asesino hay que mirarlo a los ojos y darle
las gracias por el pan nuestro de cada día
hay que decirle
siempre con la mirada
pues puede asustarse y apurar su tarea
que su madre la muy perra y madre de todos los perros
lo espera con la cola inquieta
y un pedazo de carne mal curada
que la hora del día también a él le vendrá

que no desespere
que de todos es el reino de dios y de ninguno
y que a cada cual su espacio en orden de llegada
al asesino hay que tener el coraje de mirarlo a los ojos
y agradecerle por su empeño por su mano incondicional
si algún día te preguntan por él
di que fue generoso con su tiempo
que compartió su terror
con el tuyo
que también a ti te esperaba tu madre
con la cola inquieta
el hueso a medio roer y una oración en la boca
que siempre repetía hasta el cansancio

Relación de los despojos recogidos al final de la guerra

Para Mery Yolanda Sánchez

- Ojo por ojo: un ojo por cada muerto. Total, no son tantos muertos.
- El engaño es para los débiles de corazón. Solo la esperanza muere el ánimo de quien en verdad la padece.
- Balas de sobra. Muchas razones quedaron en pie.
- Dios es una zarigüeya a la que uno a uno, y todos al tiempo, apalean. Luego, en coro, ruegan queriendo comer un trozo de su carne.
- 18.000 hectáreas arrasadas. La espera insiste. El miedo no cede terreno.
- A un hombre le han arrancado los dientes. No para venderlos. Para que no muerda más la rabia.
- Sin brazos, un cristo se eleva sobre la cúpula de una iglesia. De tener dedos, estos apuntarían al asesino.
- Una pila de sábanas blancas. Banderas que en su momento invocaron la paz. Hoy la luz entra en ellas por el camino trazado por las balas.
- Un arrume de anteojos, prótesis de hombros, de caderas y de piernas. Dedos postizos y lenguas que ya no lamen. Un museo en donde pagas la entrada restregando tu piel en muros hechos con cal, barro y sangre de animales.

- Una lengua ha escrito en la pared —letra sobre letra— dejando en ella su carne y su sangre, las palabras que le dieron sentido a nuestra vida: violación, desaparición, odio, fe, muerte, tortura, secuestro. Ahora la pared desprende las sobras sobre la tierra abonada. Esperamos que la siembra no dé sus frutos.
- Algunos oleoductos. Barriles y barriles vacíos. Nos queda esperar décadas, quizá siglos o ya se acerque el día. Los cuerpos que se descomponen bajo tierra iniciaron ya la combustión de la carne.
- La culpa. La duda. La farsa. Crecen contra los pilares que sostienen la gran mentira.
- Solo una vez y para siempre, la vida. No la que quisimos, no la que queremos. Hemos venido a improvisar. Tanteando, un pie ha buscado el camino del gozo, el otro lo sigue sin conseguirlo.
- El exilio no va por dentro. A cuestras las familias cargan sobre sí los animales, sus muertos, unos cuantos víveres, puñados de ceniza. Y una oración turbia que no sacia ni da cobijo.
- La inmediatez, el goce, la desesperación —nueva trinidad del desparpajo—.
- Desde una zarza ardiendo, día y noche, y desde el principio de los días, en este país habla dios. Le pide al hijo que mate al padre. Aquí el mandato no tiene vuelta atrás. Ni qué decir de la versión oficial en la que es el padre quien debe matar al hijo.
- Una lista con los muertos aplazados. La guerra insiste, voraz, en ponerse al día. Blancos sus ojos, la podredumbre blanca que roe el hueso.
- Palabras. Muchas palabras. Todas silenciadas.

Margarita Losada Vargas

(Neiva, 1983)

Autora del libro *Mejor Arder* (2013), y coautora de *La Persistencia de lo Inútil* (2016). Forma parte de la antología bilingüe (Español-Frances) de poesía colombiana *Ventre de luz / Ventre de lumière 14 poetas colombianas + Raul Gomez Jattin* (Ladrones del tiempo, 2017), y de la antología Italiana de poesía *Il corpo Il eros* (Ladolfi editore, 2018). Ejerce la psicología, la docencia universitaria y canta en una banda de punk rock. Creadora del sitio web LugarPoema (www.lugarpoema.com).

Naturaleza muerta

ni una palabra sobre la mesa
nada
en el centro de las frutas
o en el brillo del vaso

las cucharas
se han comido las bocas

el cuchillo acaricia
el dolor de la mano

que lo está empuñando

Insomnio

esperar
decidir esperar en la orilla de la noche

como espera el suicida
una señal

al borde

Ácido

mi rostro
ya no es mi rostro

me han arrebatado con él
un pedazo de vida
y de carne
y de piel

mi rostro
ahora se parece mucho al silencio muerto del aire
del corazón que se cierra
de la nube que cae

mi rostro
ya no es mi rostro

tuvo que perder su forma para que
por fin

yo lo pudiera ver

Vida breve

no pude saber con precisión
cual es la dimensión del viento

ni la medida exacta
de un metro cuadrado de encierro

El muro

de todos modos
siempre habrá un dolor

una imagen un sabor
un poema recordando
que somos hijos

de una única lengua muerta

Julio Alberto Balcázar

(Cali, 1984)

Nace el 6 de agosto de 1984 en Cali, Colombia, donde cursa sus estudios básicos y universitarios, obteniendo el título en Filosofía y Letras. Ha obtenido diversos premios y reconocimientos nacionales e internacionales por su labor como escritor, así como ha participado en distintas antologías dentro y fuera del continente, en poesía y cuento. Desde el 2011 reside en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, donde se desempeña como docente.

Ya me voy volviendo negro

Cuando mi negra se muera, me voy a hacer una canoa con su cuerpo, pa remontar el río. Mi río Atrato, ancho como las caderas de mi negra; mi río Timbiquí, lleno de voces y de pájaros, como la misma voz de cascabel de mi negra: ahí la oigo que me grita: “vení, vos, diablo, ¿dónde se habrá metido!”. Voy yendo, mama buena, vengo de andarme por esa tierra donde se ensayan relámpagos; mirá cómo llueve con su alboroto de monos aullando felices en las ramas de los árboles, lanzándole pepas de mango al reflejo de la luna en el agua. Mirá cómo sale San Pedro a lavarse la túnica en el aguacero. Tiene la melena toda alborotada y los dientes sucios de mascar tamarindo. Amanece. Me voy volviendo negro. Con la bamba colgando, con la bamba que te llama, negra mía, en el cuero de los tambores, en mis palmas coloradas, ¡que por qué!, de tanto palmear la tierra. La tierra estaba todavía caliente, y era un amasijo sin forma y una bola caliente y un pedazo de fruta y un barrizal de cielo, cuando salimos a llamarte y los guacamayos aún no habían aprendido el arte de los telegramas; y te llamamos, golpeando con la palma abierta, esta tierra blanda que nuestras manos en su repique, fueron amasando; nos fuimos tiñendo de rojo-naranja, desnudos en la planta del pie, y de la entraña fresca de la selva te oímos cantar. Era una voz venida del hondo socavón de tu alma, oliendo a cadena, a dulce, a madera mojada, a fuego viejo de otras sílabas aprendidas en el primer día del mundo, cuando Dios tirado en su hamaca dijo: “esa franja de lluvia que ven ahí, es el río; cuando yo me muera, me hacen una pira de grillos, y una canoa con este pecho y unas velas con esta barba, y unos remos de mis dos cejas, y van y pescan bagres y truchas arcoíris, y compran mucho aguardiente, y se emborrachan todos en mi nombre, que yo pago luego”. ¡Ya me voy volviendo negro!, más negro, ahí me crece la selva en el esternón, se me entiesa todo el lomo, ya voy, negra, que ya voy, a juntarme a la rotación de tus tetas, apretujado al ritmo de tu lengua, al sudor telúrico que se te sale por

la risa. Se me va tiznando la frente, oscura la nariz de boxeador, carbón de orejas y pómulos. A mi negra le gusta verme amanecido en sus besos. Cuando mi negra se vaya, voy a despelucar un ramo de nubes para hacerle dos aretes, me voy a colgar sus collares pa subir, corriente arriba, a las fiestas de la virgen, que llenan el agua de flores. Mi negra anda descalza, mi negra libre, sus piernas que me ciñen, me aprietan, me exprimen, me comprimen y me chupan, sus piernas que son dos troncos, que son las orillas de mi noche, que son la noche y las estrellas como perlas transpiradas de sus ojos. Cuando ella se vaya con la humedad del día que comienza, yo me iré a vivir al corazón de una papaya. Ya me voy, estoy, me voy haciendo negro, se me estiran las vocales, que por qué tengo ojos amarillos y grandes, que por qué tengo branquias, me voy, ay mamá, me sube el ritmo en un mareo, qué es esto que me quema en la cosquilla, se me dora el alma, se me hace semilla, selva que suda, que ruge, que pide, que vive, ay, por mi negra, si se me muere se me muere la risa, pero me iré por mi río a echar las redes, con mi negra, con sus tetas de trasatlántico portentoso, rompiendo las olas marrones, sucias de domingo. Me voy, que ya me hago negro, las consonantes de aceite de coco de su amor, sus calzones diminutos, sus pedacitos de alma hirviendo de noche, llenando este reguero de oscuridad con estrellas, vení, vení mordeme aquí, chúpame acá, tocá, agarrá, sobá, frotá, cantá, bailá, me voy haciendo negro con su negrura, mi negra, mi piel se tensa, ahí la tambora, en el bohío, juntos en la choza, vení, vení, arañame, pinchame, tócame, ve, un poco, un poquitito, más, apretá, apretá, apretá, apretá.

Últimos días de Robert J. O'Hara

49 años y un nido de palomas en el cuero capilar, acumulo en esta esquina del mundo.

Esperando a una flaca de tetas pequeñas para arrojar al mar todas las puertas.

Porque ya no espío las cerraduras,

Y me he dado cuenta de ciertas habitaciones sin ventanas,

Donde sólo pude ver espaldas en colores marchitos.

Muchas veces te dije: "hasta pronto", cuando ya empezaba a enviudar del tacto.

Mujeriego de reflejos, y musas platónicas. 49 y anatomía del silencio.

Nicotina de torpe fantasma. Economía del sudor.
49 vueltas de satélite alrededor de nada y “bara-ban-ban-ban”.
Por esta esquina sola ha cruzado la nieve en tacones. Los Renault y un traje rentado.
El shampoo de durazno de cualquier fulana sin mi boca enredada en su histeria.
49 y un “cerrado por derribo” colgado de la caricia.
Paladar de otoño en el verso que no desnuda.
Es que en las fotos mi encéfalo siempre da la espalda, y mis costillas sonríen a lo ancho.
¿Por qué sonreirán? Realmente no lo sé.
Será que soy un delicado pájaro bipolar.
Hoy veo los árboles del parque escritos con mala ortografía, demasiado bellos.
Devorando parejas y niños. Su paladar de hojas vuelto al viento tornasol de octubre.
El color metálico de los columpios bajo el cielo plomizo.
Veo pesadillas de amores eternos y cines a oscuras.
Veo necesaria la revolución comunista, si garantiza las golondrinas, Las flores, y una mujer que me arañe y me pida hablarle obscenidades en la alcoba.
49 y es tan sólo otro número, una linda mentira, ¡un invento, por Dios!
No el ancho de esta espera en la que cabe todo, absolutamente todo y el mar.
Los pasos que ya nadie busca. La tos del viejo.
“Bara-ban-ban-ban”.
49 años de verte no aparecer/ ni tú/ ni yo/ ni nosotros/ ni tus tetas.
49 y conjurando más que conjugando, porque, si llegaras al fin: ¿qué haré de mi vida?
¿Dónde he de poner esta miopía de ventanas? Y, ¿mi mala salud?
¿Tendré que pagar exilio a todas las mujeres de mis espejos? 49 y páncreas.
Caries y un: “quédate hoy, que tengo miedo” a cualquier desconocida.
49 y la lluvia cada martes a jugar parques con el distraído ir y venir de la gente...
“Bara-ban-ban-ban”.
Las páginas mojadas de este gran teatro.
49 años en esta esquina sola del mundo, y “bara-ban-ban-ban”.

Robert y la ballena

Viajamos. Interminablemente por todo lo ancho y fugaz del mundo.
Buscando algo que perdimos. Que quizás jamás tuvimos.
Viajamos largas distancias. O sólo una esquina.
Enamorados para siempre de un sueño que de pronto nadie más
puede ver.
Viajamos entre lo efímero, disputándole cada palmo
De oxígeno a la muerte, sin saber que ella es nuestro único timonel.
Algunos se abren las venas y duermen con las flores.
Otros se llenan de piedras los bolsillos y se van a nadar al río.
Siempre viajamos. Como si el cielo estuviera recién hecho, apenas
inaugurada
El agua que nos moja. Cómo si Gauguin acabara
De imaginar los colores. No hacemos otra cosa que viajar.
En giros planetarios, en brevísimas horas,
Inventando la huella, olvidando el rastro.
Viajamos. Perdidas las Ítacas. Entre la lluvia y a pleno sol,
Peleando cada átomo por una razón, justificando esta sed que nada
acaba.
Porque la línea recta no tiene memoria.
Viajamos una y mil veces, entre el espejo y los orgasmos, con el aire
Bajo las uñas. No dormimos. Sólo viajamos.
En una mujer o en una ballena, el camino itinerante del deseo se va
formando
En el segundo que hace combustión.

Para Adeline

De tanto andar monte fui sacando callos en los pies, peregrino, me
dijeron, me nombraste, de dunas infinitas, aclaraste, piedad de tu
estima, con un verso pobre, pero me sentó bien
Y tuve un bastón multicolor, de orgulloso puterío, un pajarraco en-
trañable me enseñó que no hay realidad posible, que no hay nada
descrito en códigos asimilables a papel o siquiera aire
Por estas aguas anduve, borracho, sepan de una vez, no hay sorpresa
ahí, pues ni mundo ni tus ojos de miope estrella, de qué sirve entonces

mi ajuar de racional, y las 24 horas de mi desenterrar fantasías, no me importó pedir aventón a la primera flota de papagayos

Así, sin tu hombro, nazareno al trote de cualquier miserable sueño, anduve con mi bastón tornasolado de días a intemperie, sin consejo, sin ropa limpia, viví de la promesa del aguardiente, tumbado en hamaca a dormir a pierna suelta la responsable idea de ser, si no hay realidad palpable

Toda interpretación, condicionada mi pupila por mi complejo o un mandato mal curado, para qué toda la prisa, qué es este afán de glorias, y jimenas, y lo que fuera clavel de absolución, no me sirvió nada que más que la huella pequeña de tus sandalias, tus bifocales para traducirme la luz

Críe juanetes de tanto andar trocha desconocida, con mi bastón heredado al azar, a un pajarraco fumado de tabaco fuerte, a una mirada tan azul, no como este río sucio, caminé todo lo que me dio la gana, sino hay cosa concreta a que aferrarme o colgar mi ropa mojada, no hay cable ni patio ni mujer que espere a mi cuerpo tenso junto al suyo, me di a beber sin norte

Vagabundo, errante bebiendo del pico transparente, me meneo suavecito con el viento, el vaivén del barco, las estrellas, los planetas, las charlas felices que sonaban a boleros, hombres irredimibles por la fe de sus corazones, rengó remonté cada sendero, amanecido y con resaca de un sueño insignificante.

Yo soy el hombre más alto de la tierra

Yo soy el hombre más alto de la tierra:

Mi nombre lo he olvidado hace tiempo, o quizás nunca tuve uno.

En el 40 empecé a vagar con una banda de jazzistas

Mientras hacía algunos trabajos para la mafia

Y alimentaba a las palomas en un parque cercano.

No sé el nombre de la mayoría de las flores, mucho menos el de los pájaros

[Supuse que si a ellos no les molestaba saber el mío

Yo no debía volverme pesado con este asunto].

Como dije, he vagado la mitad de mi vida.

Si bien, mi deseo inicial era pertenecer a la fuerza naval

Me dijeron que por mi altura sería confundido fácilmente con un faro

Lo que generaría un montón de papeleo y un riesgo para toda la compañía:

Por no mencionar a nuestras queridas instituciones.

Así que he viajado todo este tiempo, mayormente a pie

Pues es un trabajo dispendioso doblar mi cuerpo para hacerlo entrar en el asiento

Además, es una barbaridad

Cómo han subido los pasajes de autobús, como los de tren, y ni hablar de los aviones.

Ir a pie me ha permitido en cambio echar un vistazo al paisaje:

Puedo detenerme sin prisa en una mancha de aceite

O en la forma tan particular en que los peluqueros barren los montoncitos

De cabello de su piso ajedrezado.

Me resulta divertido el sol como leche de coco, todos los colores brillantes de las frutas

Redondas como planetas, los gritos de los negros al llamarse entre ellos

Sus pulmones rosados y blancos de los que escupen monedas y espinas de pescado

[A veces me regalan un pañuelo o un racimo de bananos].

Los niños me confunden con un cocotero y se me trepan sin más:

¿Y los cocos?, me preguntan curiosos

No tengo cocos, porque no soy un cocotero

Soy el hombre más alto de la tierra, respondo yo, pero ellos mueven los ojos de luna

Y se bajan protestando: cocotero chimbo.

A mí no me molesta esto

Incluso hay viejitos que se tumban a mis pies a dormir la siesta.

A veces incluso suspiran sueños

Que yo escucho sin hacer ruido.

Juan Felipe Posada Cardona
(San Carlos, Antioquia, 1985)

Autor de los poemarios *El día a su degüello*, *Inocencia aplazada*, *Striptease del camaleón & Arritmias de gris* (Nuevas Voces Editores, 2018), y del libro de cuentos *Entre flores y calaveras*. Desde 2003 realiza talleres de poesía y Lecto-escritura creativa a través de las artes, en las comunas de Medellín. Ganador en 2018 de la Beca de circulación internacional de la Alcaldía de Medellín, también ganador en dos ocasiones de la Convocatoria de propuestas artísticas en salud de Jóvenes para Jóvenes, y en una ocasión de la Beca del Plan Ciudadano de lectura, escritura y oralidad de Medellín. Director y musicalizador de documentales de carácter social. Poemas suyos han sido publicados y traducidos en varias ediciones de la Revista Prometeo (Medellín).

Sin trincheras

Es que me gusta jugar
en cualquier charco de lodo

Que yo sepa nunca cogí la pala
tampoco dañe el césped
ni terrada tras terrada surqué el campo

Nunca cavé
ni llegué a lo profundo de la fosa
¡nunca!

Esos soldados no son los míos
ni los muertos tirados por doquier
Si se asoma un casco o una bayoneta
si se escuchan traqueteos, motores
silbidos, gritos, quejidos
que se sepa que no son los míos
No me atañen estas huestes
ni sus maltrechos y mal olientes
huecos de batalla

Si he llegado a tener
una tumba en mí
ha sido sólo la devoradora
rabia en mi cabeza
de ver tales terraplenes

Sí, estoy lleno de barro
lo que pasa es que me he tirado
en esta zanja
para cicatrizarla

Dibujante de árboles

Tinta negra cada rama, hoja, tronco y terrón
De reteñir y repasar son las sombras formadoras
de las siluetas

Trazos descubren del papel blanco
la figura que se remonta frondosamente

El bolígrafo reposa suave
apoyado en los dedos
y se extiende hasta la mano
La savia sube por sus venas
los tendones se tensionan
con el brioso movimiento
de la copa

De Arritmias de Gris & Striptease del Camaleón
(Nuevas Voces Editores, 2018)

*

Sueño

¡Dile a todos
que los estruendos callaron
ya no hay bombas en la tierra
salen liebres de las trincheras
y saltamontes brincan fuera de los parapetos!

¡La guerra ha terminado!
Grita la muchedumbre
ondeado el pañuelo blanco
con que han limpiado sus llantos

Regresemos al campo
donde las hierbas verdes,
los arboles de mango
las exuberantes cascadas de agua,
el rebuznar del burro
y el cantar del gallo
nos ayudarán con el sustento diario

Los viejos afilan machetes y guadañas
jóvenes sacan semillas y azadón
mujeres prenden las hogueras
se bebe caña bajo la sombra del guayabo
y de la piedra dorada por el sol
al fresco charco un mocosuelo salta
en tremendo chapuzón

Beduino

Tiento una gota de agua en la boca
Labio inferior
El oasis en esa arenisca arrebolada

Los parpados caen con el dedo
Recuerdas al sereno vespertino del desierto
cuando
los alacranes pican fuerte la duna
y la seducen a desgranarse

Que esa pestaña en la mejilla –me digo-
sea yo el deseo que pidas
cuando
mi ligera tormenta sabulosa –sople -
...Esa pestaña sea yo...
y caiga allí justo donde el desierto acaba
y sigue el rocío

Hay una Isla

a la que preciso llegar
sea en una balsa
en las entrañas de un ave de acero
o en una gugagua atiborrada de cuerpos
El sol me pide que lo salude
pero es ensombrecido por coletazos de ciclones
que amenazan la larga línea del océano

Cientos de personas llegan a ella
trayendo su inocencia de goce destructivo
llevándose consigo recuerdos acumulados
como blanca arena entre los pies
Los vicios divertidos dejan escapar la lucha
que ha fundado la fuerza del pensamiento
y la memoria de los muertos por doquier

hay una isla a la que preciso llegar
pero que me ha devuelto
hasta este continente hundido

Santiago Espinosa

(Bogotá, 1985)

Poeta y ensayista. Profesor del Gimnasio Moderno donde coordina la Escuela de Maestros. Poemas y ensayos suyos han aparecido en diferentes selecciones de su país y del exterior. Escribe habitualmente para varios medios, y ha sido traducido al italiano, al árabe, al francés, al griego y al inglés. Es autor de los siguientes libros: *Los ecos* (2010), *Lo lejano* (2015). En 2015 se publicó en España *Escribir en la niebla*, compilación de ensayos sobre 14 poetas colombianos. En 2017 la editorial Planeta publicó *El libro de los animales*, poemas para niños de todas las edades, de la que fue compilador. En 2016 apareció en México su antología *Luz distinta*, y la colección de la Universidad El Externado publicó su antología *Para llegar a este silencio*. Su libro *El movimiento de la tierra*, publicado en España por la editorial Valparaíso, ganó el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2016.

La casa

Todavía recuerdo la casa. La convoco.
Mi madre le imaginaba sitios a las plantas
y mi padre, desde el umbral,
veía que esos espacios ajenos
despoblados,
se iban llenando de Mahler y de Mozart.
Los olores eran de cañerías.
De una humedad que no era nuestra.
Sólo saldremos de aquí con los pies para adelante,
juró Papá,
mientras en el teléfono hablaban intrusos,
de nombres que no conocíamos,
y mis hermanas, en silencio, ya sospechaban refugios
para el amor.
Sin cuadros, sin libros en el anaquel,
la cama principal estaba estática,
como sin tiempo.

Vimos cómo salían los pretendientes,
arrojaban la puerta y no volvían nunca.
Los vidrios se acostumbraron
a nuestras sombras, los vecinos
a la música extranjera.
La casa terminó por impregnarse de café,
carne digerida; copos de piel
que enmohecían las paredes.

Cuántas veces memorizamos la vista.
Cada calle,
cada ángulo que las rodillas
-en su afán de cielo-
cambiaban para siempre.

Allí quedó el pelo maldito
del cáncer de mi hermana.
Las cenizas del cigarrillo,
las hojas de los primeros poemas.

Las monedas se empobrecieron
en los bolsillos,
y la sonrisa de papá pasó por los guiños
hasta llegar al silencio.
Mamá maldecía,
como si la diferencia en los pómulos
fuera culpa del espejo.
Y mis hermanas, en la cama,
dejaban el lado izquierdo para otro.

Todavía la recuerdo.
Pero hoy la imagino
con los ceniceros limpios
y las luces apagadas.
Suenan la música de Mahler, de Mozart;
pero nadie silba después de la pausa.
Quizás miran la vista
poniéndole zapatos a las huellas.
Quizá ahora se acuesten pensando en otros
y tengan pesadillas con los mismos fantasmas.
Pero abrirán la puerta,
y dejarán la casa
en los rincones de otra memoria.
Porque pasa,
y más rápido que las casas
se envejecen las familias

Soliloquio de un raspachín*

Con estas manos
planto semillas de viento.
Espero su floración
de limbos pardos
antiguos como el suelo.

Las hojas son los rostros
de los niños sin descanso
creciendo en la selva,
estrellas o corales
olvidados
que silban entre los árboles.

Desayuno. Pienso en el padre
de los lunes
frente a un pocillo roto,
repaso cicatrices.
Limpio las hojas secas
sobre una tablilla,
en calma,
como el que lava un aluvión de oro
en lo profundo de su casa.

En la semilla está el sol negro
de los puertos,
respirando a la distancia.
El viento llega a los bolsillos de la noche.
Recorre plazas que no conozco, avenidas desiertas.
Tiendas donde se paga una promesa
en la oficina de recaudos.
Descansa en la furia de las llaves,
traza dos líneas de fuego en la repisa del bar.
Construye palacios y destierra casas viejas,
casas de rejas blancas junto al espejo del lago.

*Recolector de hojas de coca

Mi oficio es el oficio de mi padre.
Cuido la sal, el puño, mido los cristales,
espanto de mi casa pajarracos negros.

Con estas manos
he cosechado tempestades.

Desde una montaña

Miramos la ciudad. Vemos desde la altura
tu casa o la mía, donde antes estuvo el mar.

Las voces se sumergen
al fondo del espacio
dejando en su lugar
un rumor desconocido.

Tuvimos que escribir para encontrarle
a los fantasmas su lugar bajo la lluvia.
Tantear su marca en la memoria.

Los amigos se marcharon
a otro punto del horizonte,
buscaban la semilla dispersa.
Aviones y promesas
dividían los años.

Nosotros aprendimos
a esperar lo que regresa.
Viendo bajo las huellas
el movimiento de la tierra.

Central Park West

*“...mucho después de que los dinosaurios se
extinguieran, llegaba a este lugar...”*

José Hierro

Debieron terminar muchos paisajes
para llegar a este silencio, muchas mañanas.

La tierra negra del invierno.
Las piedras que ya estaban en el parque
antes de que los dinosaurios
se extinguieran.

Tenía que abrirse entre los ojos
y el instante una canción conocida,
como si el tiempo ordenara
los seres siempre que la escuchamos.

Saber que estos caminos seguirán
cuando nosotros nos vayamos.
Los maples helados y los subterráneos.
Los deportistas que cruzan
empujados
por una ambición
mucho más líquida que la vida.

Los rostros del invierno
no volverán a encontrarse.
Otros levantarán esta ciudad
desde sus ojos en un millón
de barcos de cristal
y de hormigón.

Agua que cae desde ninguna parte
y atraviesa las superficies,
las piedras que ya estaban.

Debieron terminar muchos paisajes
para llegar a este silencio,
muchas mañanas
para volver a este lugar.

Ha comenzado a llover.

Esferas

Nunca temimos a los sismos,
nos habituamos a hablar sobre los sismos.

Mi padre señalaba los mapas con el nombre sonoro
de Kobe o San Francisco, Popayán o Tauramena.
Eran viajeros que llegaban desde el fondo de la tierra
con un código de Richter,
o un niño que nacía desde el calor hacia las rocas.

“Las placas se mueven bajo nosotros”,
decía mi padre, “el tiempo es una caricia silenciosa”.

E imaginábamos la lava desplazarse bajo los pies, roja y naranja.
El desplome de los campanarios en el Tiempo del ruido.
Y un espasmo, un remezón de las cortezas más profundas
que hacía bailar todas las cosas, como si despertaran.

Guardábamos el mapa entre los anaqueles. Las fotos se hacían
turbias y nosotros caminábamos sobre el planeta.
El mundo era una esfera llena de voces
y murmullos, una canica redonda y traslúcida.

“Las placas se movían bajo nosotros.
El tiempo, una caricia silenciosa.”

Cuando despertamos por el terremoto de Armenia
vimos las ruinas de la infancia en el televisor.
Vimos las madres y sus hijos llorar a la intemperie.
Los sismos se hicieron viejos
y perversos, y comenzamos a temerles.

Frente a la luz de las pantallas,
viendo el avance de las formas contra el tiempo,
el rostro de los padres comenzó a cuartearse
y fue grabado en sus semblantes
un mapa imperfecto y movedizo.

Jorge Valbuena
(Facatativá, 1985)

Magister en Estudios de la Cultura con mención en Literatura Hispanoamericana, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador; Especialista en Creación Narrativa de la Universidad Central; Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Hace parte del comité editorial de la Revista Latinoamericana de Poesía La Raíz Invertida (www.laraizinvertida.com). Autor de los poemarios *La danza del caído* y *Pasajera de agua*, publicados por El ángel editor, Quito, Ecuador, 2012-2014, y *Árbol de navío*, Editorial Cuadernos Negros, Calarcá-Quindío, 2016. Promotor de lectura y gestor cultural. Actualmente es Coordinador de la Red de Bibliotecas Públicas y Director de La Escuela de Literatura de Facatativá.

La ardiente oscuridad

Hemos muerto.
Todos en esta casa han abierto las ventanas
han dejado libre al silencio
y al tiempo que nos busca.

Las viejas grietas
buscan su desembocadura.

Las sombras rasgan las paredes
de su incertidumbre.

El aire, viciado de recuerdos
asfixia los platos vacíos.

El cielo ha olvidado su nombre
y quiere bebernos en su tempestad.

Caen las plumas de sus nidos
y las cáscaras de sus vuelos.

Hambrientos de olvido
oscurecemos

Lamemos la cornisa de las tardes.

En esta casa
invadida de pájaros de humo
sólo la noche
nos sepulta.

Ángeles nocturnos

Desnudos de abandono
la noche nos acumula entre sus cuerpos

Gélidos de tiempo y de sombras
armados de lluvias pasajeras
secretos bajo el árbol negro
aún vivos

viejos
desde la memoria que roen los relámpagos

Austeros
desde el despertar.

No es este el cielo de agujas
que oscureció

Es otra antigüedad tras el cerrojo
otras pupilas que se observan bajo una masacre
de luciérnagas
manos que empuñan la lengua sideral
la astrosa urgencia de olvidar despacio
ahogándonos de oscuridad
lamiendo el polen de las madrugadas
doblando la esquina perpetua
empiezan a enfriar los huesos
caen los párpados
los gallos entierran su plumaje
mienten tres veces
picotean a la luna.
Alguien fermenta en su inanición
a esta hora profunda
bosteza el abandono en la raíz de tu vientre.

Cruje la canícula.

Bajo las cenizas
el fuego comienza a cicatrizar.

Pasajera de agua

Una muchacha se pasea por la plaza central
la he visto cruzar por la fuente
preguntando a la gente que la rodea
si es cierto que adentro hay peces...
(no hay peces, es cierto, y no me cabe la menor duda)
pero le quiero hablar
así que antes de que alguien le diga la verdad
atrapo uno y le digo que son transparentes.

La mujer que se pasea por la plaza central
no ha vuelto a venir,
hace falta verla rondar con sus lindas piernas de cuarzo
estos callejones perdidos.
Alguien habló un día del acuario
donde guarda el pez que le he dado,
no puede dejar de mirarlo
de habitarlo,
de beberlo,
de murmurarle canciones de lluvia.

Olvidé decirle que con el tiempo
ellos aprenden a volar.
No haré caso de su ausencia
alrededor de la fuente me sentaré a esperar
guardaré con recelo estos peces que me flotan
en el océano secreto donde ella me respira.

Zapping

Mi padre frente al televisor
sentado en el sofá
acomoda el mundo.
Lo he visto repasar la historia de sus manos
en los setecientos canales que a diario desacera
llamar al árbitro por el mismo nombre
y a la reina de Inglaterra burlar por su
extraña forma de sembrar un ataúd
¿De qué trazos invisibles está hecho el mundo?
A mi padre le basta con lanzar una mueca al vacío
para cambiar el destino de los hombres, la ciencia, el pasado.
De las bombas que rugen en las selvas
se va hacia los rugidos de un león bajo un sol dinástico
y de la rosa de un septiembre negro
decide mejor pisar las aceras de una ciudad gótica.
Todo puede pasar en el azar de la tierra
hasta una noche atravesada por un rayo de hielo
que el silencio deshace para que nadie vea.
Nadie mira a la luna que repta
hace mucho no se transmite en vivo y en directo
ninguna alunización.
La última vez todos corrieron buscando un candil.
La lluvia cae sobre la noche
y mi padre sube el volumen para desaparecerla,
también he visto rondar el viento adolorido
y curar en un comercial su enfermedad.
El mar se puede contemplar en el 116.
Un maremoto en el 312 arrasa con una prisión.
Los extraterrestres llegan en el 569.
Muere un domador de faros en el 92.
El tiempo se acaba en el 46.
Mi padre frente al televisor
sentado en el sofá
acomoda el mundo.

Gilgamesh

Allí en Uruk, un hombre, leo
salió a caminar por las callejas del sol
desesperado por el color de la ceniza
cuando la luz

se muere en la tarde.

Su boca no pudo pronunciar
el cauce que vierte las edades
-viento que al cruzar se posa
en un silencio embestido-.

Busca un lugar
afanosamente
dónde poner su pie sin que el camino
siga llevándose el tiempo.

Enamorado de la vida que ha dejado
amarrada a un espejo
sale a buscar la eternidad.

Su viaje es un largo retorno
caudal de dudas que defiende
hasta encontrar otra puerta.
Como quien huye de su sombra
huye de la muerte

la vigila
posada en un árbol de incendios
tallado en el aire

Norman Paba Zarante

(Cartagena, 1985)

Finalizó estudios en Literatura y es Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá). Participó, entre otras, en la antología de poesía colombo-peruana *En Tierras del Cóndor*, y en *La Casa Sin Sosiego: La violencia y los Poetas Colombianos del Siglo XX*, ambas del Taller de Edición Rocca. Algunos de sus poemas han sido traducidos al francés, inglés e italiano. Ganador en el año 2017 de la convocatoria de Idartes Residencias Artísticas en Bloque Ciudad de Bogotá, con el proyecto *Habitar el Relámpago* (Fundación Poética de Espacios No Convencionales). Su libro de poemas *La Noche Incinerada* se encuentra en proceso de publicación con editorial Babilonia. Ha publicado la plaquette *Habitar el Relámpago*.

Dormir

Dormir en sofás endurecidos por el frío.
Dormir en callejones, en puentes, en plazas,
mientras las ratas bailan un vals con tu hambre.
Dormir
con toxicómanas violentas aullando de emoción
ante la posibilidad de una nueva dosis.
Dormir, perseguido por las jaurías del amor,
en un Cadillac dios de óxido y ruido.
Dormir con las luces encendidas por miedo al fin del mundo.
Dormir en habitaciones destruidas por la fiesta,
en trincheras, en cráteres salvajes.
Dormir borracho y despertar en medio de un hospital
ciego de golpes.
Dormir enfermo en el altillo del apartamento 2 0 2
5 gatos furtivos y la amistad más generosa
desplegándose.
Dormir esposado en estaciones de policía, dormir en bibliotecas,
en taxis que regresan a ningún lugar.
Dormir en moteles del desierto
donde la certeza de la inminente y estruendosa derrota
seduce a mi desesperación.
Dormir
en ese único avión
que cae en medio del infierno.
Dormir con Angélica, su cuerpo perfecto de 1 metro 79
cuchillo de luz que parte el aire, parte la madrugada
irrumpiendo como milagro,
breve tigre de Kafka, fogata alucinada.
Dormir
arrullado por el resplandor de las bengalas,
en altamar,
escuchando la conversación subterránea de todas las cosas vivas.

Suma

Ser un violento ángel de Caravaggio
visión narcótica de la Gracia.
Ser la pantalla borrosa de un cine pornográfico.
Ser el amante baleado a media noche
gacela herida en la tela del sueño.
Ser la calma anterior,
el jardín cercado por las llamas,
una ciudad aplastada por la artillería de dioses enemigos.
Ser Chet Baker, un diamante tallado y robado en Oklahoma,
delirio de trompetas volando entre lujosos hoteles
y la muerte.
Ser un monje salvaje en perpetuo éxtasis
adusta serenidad sobre el lomo curvado del relámpago.
Ser la fuga, la lluvia, un fuego de hojas secas.
Ser
el más hermoso cuchillo
clavado en el corazón del mundo.

Calma

Lanzarse a las vías de un tren que no existe
en una ciudad bombardeada y olvidada en el sueño.
Vivir en los libros, en la pantalla de un cine,
en minúsculas habitaciones donde solo palpita
tu respiración de puro fragor,
pulso de ruinas doradas
bajo el ojo salvaje del amanecer.
Bailar con cuchillos
mientras las ambulancias rugen y el mundo ruge
y la tranquila apariencia de las grietas
es la única música posible.
Derrochar todo dinero en cerveza y cocaína,
y una angustia tan bella
como para huir travestido en aerolitos de furiosa carne.

Jugar con las ilusiones perdidas hace tanto tiempo,
una tarde de agosto,
cuando atravesábamos la avenida Santander
en un viejo Mazda
y tú mirabas a través del parabrisas
a las gaviotas sobrevolando como diosas del destierro
la orilla del mar,
y yo pensaba que podíamos estar allí
en la carretera, para siempre, amándonos.

Aproximaciones

Después de la pelea
la mesera barre las botellas rotas.
Un borracho grita el nombre de sus hijos muertos en la guerra.
Dos siluetas se besan al fondo del bar
vibrantes en su vértigo de nubes.
Suenan Leonard Cohen
y la chica del cabello púrpura baila sola,
es el centro incandescente del mundo,
la columna vertebral de este templo de aire.
Después de la pelea
una madre espera a su hijo desaparecido,
él vuelve todas las noches en el mismo sueño.
El negro que vigila la calle acaricia a su perro
y piensa en toda la mierda y toda la belleza
y esa última vez frente al mar
cuando de repente
los pescadores irrumpieron de la oscuridad
y tendieron las redes en la arena
dividiendo el pecho de la noche en un ramaje de relámpagos.
Después de la pelea
alguien tiene que llorar abrazado a su sombra
alguien descubre con asombro el curso de los astros
tatuado en su carne.

La dieta

Come toda la luz que puedas antes del desayuno.
Si tienes ansiedad
cálmala con cerveza
y espera, pero sé precavido
el tiempo es un cazador ciego.
Al almuerzo
traga países como manzanas, continentes completos.
Y toma tu intemperie y viértele mares y ríos y duras calles.
Repite esta rutina como respirar,
siempre cuida tu espalda,
nunca confíes completamente en nadie.
Al cabo de no pocos años
habrás ganado un alma de lluvia,
inundarás las calles, regarás las cosechas,
te rebasarás y escaparás de ti mismo.
Y tu casa será la soledad, allí aprenderás a amar.
Y te hallarás libre y completo
porque no ardiste lentamente hasta desaparecer
como todo lo que alguna vez ha vivido en este mundo.

Tu camino es otro:
Un beso prolongado. Una ruta salvaje entre las estrellas.

Fabio Andrés Delgado Micán
(Soacha, 1985)

Estudió Ciencias Sociales en la Universidad La Gran Colombia de Bogotá, candidato a magister en educación de la Universidad el Externado de Colombia. Ha publicado sus trabajos en una serie de revistas literarias (Colombia, Chile, España, Argentina, México, Bolivia y Estados Unidos). Gestor de colectivos literarios como Voces de Quimera, en Bogotá, y el grupo cultural Seminaré, en Soacha. Ha participado en diferentes encuentros de literatura (Colombia, México, Bolivia y Argentina). Ha publicado el libro *Asma* (Editorial Piedra de Toque, 2015) y *Lógicas vitales* (Editorial Babilonia, 2018).

Las madres del agobio

*Qué importa si pierdo mañana
Si gané libertad para mis hijos.
Ayer no es el hoy ni el mañana
Que es tiempo pasado.*
Triana

El festín de las sirenas,
pasó la noche.
En que las noches se iban con el sueño,
después de eso:

El miedo.
se prende en las paredes,
en las cacerolas,
donde el fondo del hambre,
roba ironías,
debate injusticias.

La luna confesó haber asesinado
el duende pobre que se había acostumbrado
a luchar por lo inalcanzable.

¡Los peones se sacrifican primero!

¿Quién nos dijo que lo éramos?

Somos sonetos,
ilusiones,
la canción triste de Amelita,
las sombras de Suacha,
las lágrimas todas,
las esperanzas pocas.

Bajan en filas mudas,
en el frío oscuro
aúllan los perros callejeros.

Los muertos que caminan desde los pasados tiempos
posan su desdichado final en el parque,
recorren como espejismos a San Nicolás
consolando aquellas que gimen en cama de tierra
piso de barro
techo improvisado.

Luego le besan la frente,
los labios,
las mejillas.
Y prometen regresar mañana
Cuando lleguen de Ocaña.

*De Asma
(2015)*

*

El Bosco en el baño de Miller

Un poco ebrio,
Henry Miller busca el inodoro;
la boca reseca y el hedor del alcohol
desde dentro le molestan.

Caza.
Una a una las ilusiones y el sexo
recuerda las piernas abiertas
de su última amante.
No recuerda que sigue recostada en su cama.

El tríptico le habla,
los colores le rodean el cuerpo
entre los bichos animados del cuadro,
ese tropel de gemidos y fluidos
que fue su noche.

Mira el Bosco y sueña
reconoce que sabe de besos, caricias y palabras
nunca de amor.
Le da igual,
Va por una nueva erección.

*De Y sucede que no podemos callarnos.
Antología de poesía latinoamericana (2016)*

*

Diez años

Jaime Garzón Forero

Puede que hoy
las alegorías
de las páginas del viento
ensalcen tu nombre;
que los noticieros se harten de recuerdos,
y pinten banderas tricolores
unas ansias de *rating*.

Quizás hoy
tu aliento
sea carroña
del destino fiero del país del silencio voluntario.
Y las filas miserables de la gente en el banco
no recuerden qué pasó hace diez años.

Acaso hoy,
no seas más que un vago recuerdo
interrumpiendo la hora del almuerzo
que se va demorando.

Desde la conducta

La bolsa de valores
el precio del dólar
el despertador en la mañana
el canal de noticias
sus mentiras excedidas.
el olor del tostador en la cocina.

El pan mojado en el café
los servicios públicos
el sector financiero
verte el sábado en el almuerzo
el domingo en el cine
llegar a tiempo al trabajo.

El shampoo de fresa
el jabón de avena
mi perfil de facebook,
ese que no soy que dicen que soy
toma decisiones y es libre.

Instagram y los gestos
de felicidad que debo hacer en *selfies*.

Whatsapp:

Los besos,
Las conversaciones,
Las incógnitas,
La voz en la distancia,
Los grupos de gentes que no son reales.
El teléfono móvil
Que nos hace todo.
Termina viviendo por nosotros.

El baile MTV donde todos son sexis
pero nadie baila con nadie
la ropa de moda
la música de la emisora
Youtube y sus millones de visitas
Los *Youtuber* y su montón de cosas dichas.

Entonces soñar se hace más difícil
Imaginar,
un trajín que vamos olvidando
pensar es un crimen
y la poesía una invitación al delito.

3 de octubre

A Miguel Ángel

Bajo la mesa en que te escondes cuando me ves llegar
déjame contigo un rato,
jugar en ese mundo en el que estás
y verte sonreír como lo haces.

Arriba de la mesa
todo es extraño,
los hombres juegan a saber.
Gritan desde el vientre sus rencores
expulsando de la boca
el barro de sus zapatos.

Aun creo
que es porque no nos han visto bailar
hartados de la felicidad cuando somos juntos.
Entonces el miedo que sentimos
es el de los monstruos que nos acechan desde la cocina
y corremos ansiosos por la casa
intentando refugios imaginarios.
Arriba le temen al cambio,
pensarse de otra manera Miguel Ángel
siempre son padres,
empleados,
estudiantes,
nunca han sido lo que somos tú y yo
en medio de la sala
saltando de silla en silla.

Cada vez que me voy de tu lado
regreso de nuevo cansado
pensando en que estoy bajo la mesa contigo,
trato de cantar, bailar y no sabe a lo mismo.
entonces juego forzado
esos juegos que no son míos.

De: *Lógicas vitales*
(2018)

Carlos Andrés Jaramillo
(Medellín, 1986)

Poeta y narrador. Tiene estudios en filosofía e historia del arte. Ganador en 2014 y 2017 de Estímulos al Talento Creativo, otorgados por la Gobernación de Antioquia. En el 2015 publica *Extinciones* y es elegido ganador en el IV Premio de Poesía Joven Ciudad de Medellín, otorgado por el Festival Internacional de Poesía de Medellín, por su libro: *Lo callado*, que también recibe, en el 2016, una mención especial del Premio Internacional de Poesía Paralelo Cero, de Ecuador. En el 2017 publica *Toda la soledad que era mía*, su primer libro de relatos.

Qué inútil fue vivir

Pronunciar las palabras que soportan la vida

¿Qué lugar es éste
donde la imposibilidad se realiza?

*

La mañana inunda el cuarto de la soledad

que está vacío.

(Vacío es una palabra que absuelve
de estar vivos)

Una a una

las cosas nacen a su inanidad reciente.

*

El tiempo es como una madeja de lana

se deshilvana

al rodar de la mesa

con rapidez creciente

Una sonda lanzada al agua

El fondo sobre el que pende

es la muerte.

*

Yo escribo junto a tu nombre

Yo me dejo doler por tu piedad
dislocar en tu dolor

Comparto, en tu imaginación
un lugar entre los agonizantes
entre los animales que inspiran
la compasión
o el llanto.

*

Ya no hay un rostro

bajo el cual ocultar el propio rostro

Se es todo vacío

Espacio ilimitado
donde el ser ha cesado.

*

Tú encaneces la fronda de amargos tilos.

Tú atas la dicha al dolor
como en una trenza.

Tejes con ella el cesto del vacío.

Daniel Acevedo Arango
(Medellín, 1986)

Poeta, gestor cultural e historiador, aspirante a magister en estudios literarios de la Universidad de Buenos Aires y tallerista de escritura creativa. Ha participado en diversos eventos dentro y fuera de Colombia, entre los que se destaca 16° Encuentro Poetas y Narradores de las Dos Orillas, Uruguay, donde obtuvo el reconocimiento “Arturo Cuadrado” a mejor poeta joven. Fue ganador de los estímulos de la Gobernación de Antioquia a creación de libro de poesía en 2017, con su poemario *Ritual de Vuelo* (Hilo de plata Editores, 2017). Algunos de sus poemas han sido publicados en diferentes medios y antologías impresas y digitales de Colombia, México, Argentina y, recientemente, en una antología de poesía en Francia. Pertenece al colectivo Nuevas Voces, donde coordina la Línea Formativa.

El vuelo del brujo

*Un pájaro pasa por el cielo; hay un complejo de sensaciones
¿Qué deviene cuando muere el que lo experimenta?
¿O cuando hace otra cosa? ¿Qué deviene?
Gilles Deleuze*

Un rayo irrumpe en una calle de París, en lo alto de una austera fachada. Un rayo que no es descarga sino pensamiento que fluye en el interior de un longevo rizoma. Es un frenesí, afecto por el cemento y la tierra, por el animal que desciende de los cielos y escribe, con su cuerpo, una carta de amor.

La decisión está tomada, ha optado por la libertad. El brujo mueve sus manos y convoca las fuerzas del viento, conoce su verdadero nombre, lo dice con su voz rasgada; no para dominarlo sino para que lo acompañe en su hora final. El abismo tiene para él una atractiva melodía, el soplo de Mahler, la sinfonía inconclusa; la escucha parado en la cornisa, como quien descifra las últimas líneas de un libro escrito por viejos alquimistas.

La brisa relame su cuello y le recuerda que sólo se necesita un paso para el auténtico devenir.

Una mujer rechaza con un gesto ciego un beso en los Elíseos. Un turista reclama por lo malo del café en una esquina de la rue de Bassand. Una pareja de estorninos copulan en el Jardín de Tulerías. Una niña se emociona con el olor del baguette recién horneado. Un psicoanalista deprimido fuma un cigarro que nunca se termina. Un mimo con un traje a rayas cae y lamenta su incapacidad de volar.

Y tú das el paso, lo das.

Es la última reafirmación.

Cocuyo sin nombre

*A los innombrables, a los desaparecidos,
a los fantasmas del ayer.*

Un cocuyo entra por la grieta, visita la cama, las alpargatas y el armario. Las paredes de bahareque temen contar la historia. Una ruana desmembrada, al fondo, ya no viste con cuerpos y añora algo de calor. El cocuyo vuela por la alcoba, su luz revela los vestigios de un abrazo, su oscuridad la sombra de un fusil.

Tiembla.

El cocuyo sale por la ventana y tu nombre, ausente, cada día pierde una vocal.

Eran tan solo las cinco menos cuarto, cuando se detuvieron las manecillas, se escucharon dos ladridos metálicos y se desvaneció tu voz.

La palabra

Solo existe una palabra:
la palabra
vale más que el mayor de los imperios
o cualquiera de los 72 nombres
que según la cábala
tiene el demiurgo creador

La sabemos
permanece incólume
custodiada en ese templo de la vida
llamado cuerpo
guardada en un espejo
en los abismos de la voz

La palabra que se pronuncia
cuando el corazón
reloj defectuoso
deja caer sus manecillas
por los andenes de las sabanas

La palabra que se pronuncia
tras el abrazo de araña
y el beso que en un baile inquieto
recorre el rostro y el ombligo
para terminar en el pubis de un ángel
de alas de jabón

La palabra que se pronuncia
tras el florecer del loto blanco
Que se introduce en tus cavernas
Y deja allí intactas
dos lunas, tres gemidos
y el aleteo de un colibrí

La palabra que se pronuncia
tras aquella muerte inacabada
dos cuerpos en un ataúd acolchonado
entrelazados
rodeados por los vestigios
de una explosión.

De *Ritual de vuelo*
(Hilo de Plata Editores, 2017)

*

El mago

He abierto la puerta agrietada de la casa. He caminado por sus tierras habitadas por muebles, ventanas, retratos y murciélagos. He encontrado dos liebres y un sombrero negro que creía perdido. Solía jugar con él los viernes en la tarde, cuando sacaba una iguana de sus fauces, la colgaba sobre mis hombros y su lengua pintaba lienzos

babosos sobre mi piel. Ejecutaba un par de venias torpes. Mis primos aplaudían con una sonrisa de oreja a oreja, ya no era un mago, las cartas de póker desaparecían, y yo, incauto, era un camaleón. Detrás de la cortina, se escondían los durmientes, yo me vestía con sus sueños y adquiriría ese color de selva y tempestad.

El acto final era increíble: parado en la cornisa levantaba las manos. Creo que tan sólo había diecisiete centímetros entre la luna y mis pequeñas uñas. En un extremo estaba la luz opaca de un astro marchito, en el otro mis pies que, como raíces, se aferraban a una tierra desconocida. Les decía a mis primos que pronto estaría listo. No deseaba volar, deseaba tener el cuerpo del viento. Acariciar la piel de un planeta sin sombras. Les pedí que por un instante cerraran los ojos y pude capturar una estrella en un pequeño frasco. Se agitó un par de veces y sus alas diminutas reposaron sobre el vidrio. Se rindió ante la imposibilidad del retorno.

Era mi último regalo.
Algún ángel debió llorar ese día.

La Habana

El sol es un solitario naufrago
que se mira por última vez al espejo
de superficie ondulada

Inmerso en el contorno ancestral
de las gaviotas
abre los ojos
y atrapa en su mirada
las ruinas de un tambor

La canción de la sirena
que sedujo a Ulises
es tocada por los dedos
de un océano insondable
al chocar contra las piedras

El infranqueable malecón
se convierte en un piano
y las olas son las notas
de un intenso blues

Los últimos testigos del milagro
son los pescadores de gorra rosada
que entre cigarro y cigarro
hilan sus cuerdas de nylon
con la intimidad del mar

Un parpado se cierra en el horizonte

La Habana es música
con sol
o sin él.

Albeiro Montoya Guiral
(Santa Rosa de Cabal, 1986)

Magíster en Escrituras Creativas, profundización en Poesía, de la Universidad Nacional de Colombia, con el poemario inédito *Aladas sombrillas de los muertos* (2015). Autor de los libros de poemas *Celebraciones* (Casa de Asterión Ediciones, 2018) y *Una vida en una noche*, prólogo de Juan Manuel Roca (publicado en Monterrey, México, por El Canto del Libro Ediciones, 2015, y reeditado en Bogotá por la Editorial Ataraxia en 2016). Fue uno de los poetas compilados en la *Antología de la poesía colombiana del siglo XXI*, cuya edición bilingüe fue publicada en París por la Editorial L'Oreille du Loup, dentro del Año Colombia-Francia (2017). Es el fundador y director de la revista Literariedad (www.literariedad.co).

Bicicleta entredormida

No despiertes aunque la ciudad nos dispare sus números, carros,
peatones exhaustos,
aunque nos empuje la espuma ficticia del río
donde confluyen todos los podridos amaneceres de la historia,
y desenvuelva hasta nosotros
sus calles como látigos.

No tengas miedo:
siempre alguien protegerá la fantasía
detrás de cada puerta que toquemos,
aladas sombrillas como manos gigantes de queridos muertos,
pájaros feroces, libros como escudos.
No podremos caer, no temas.
Somos una bandada de empecinados,
más allá de los confines haremos patria aparte.
Solo huele el algodón de azúcar de las nubes
que nos ofrece un viejo al pasar a toda prisa.

Oye apenas el eco de su campana,
la cucharita que cae y golpea tal vez los más bajos tejados
y despierta a otros que duermen en un cuento
con nombre de perro y ojos de ceniza.

No despiertes, niñez mía.
Sé que me oyes, no despiertes.
Aun cantan los recolectores en las montañas lejanas.
Estamos por encima del yacimiento de la lluvia
que los besa con labial morado.
A tantas palomas de la felicidad,
a tantos trenes de cuando creíamos que la ciudad era un jardín
en cuyo centro había un árbol de silencios
que nos traía el abuelo si maduraban,
bajo los ramajes del café sus voces frías exigen
que seamos nuevamente lo que fuimos.
No los escuches, solo mi voz es cierta.

Nunca volveremos a ser lo que fuimos,
porque todo lo que fuimos nunca fue.

Sin embargo, no tengas miedo.
Lo haré con dignidad,
toda la fuerza de mi vida la pondré en los pedales.
No despiertes.
Que nos vean desde la tierra y sepan
qué frío es el sueño y qué alto y qué bueno es amarse entre su espuma real
y su confluencia de amaneceres vivos.

Herida oscura

Voy a dormir mientras regresas de la infancia,
abuelo, piedra inmemorial, jinete nocturno.
Escucharé tu pulso en mi sangre,
los perros vendrán a lamer mi sueño, herida oscura,
confundiéndome contigo.
¿Olvidé el camino a casa
o era solo una invención de la memoria?
Quise regresar pero preferí el olvido,
mas no el de tu nombre.
Pero no el de tus manos en mis sienes
como en las de un animal de monte.
Voy a esperar la muerte tendido a la sombra de un árbol
tan viejo como tu palabra.
Recuerda: nada cantará.
Expulsé de mis versos todo cuanto vuela.
Solo acepto las raíces, las manos largas de la tierra,
sus caricias enredadas en mi cuerpo.

Voy a dormir mientras regresas de la infancia.
No importa quiénes mueran entretanto.
Estoy más muerto que los muertos.

De: *Una vida en una noche*
(Editorial Ataraxia, Bogotá: 2016)

Jarrones vencidos

Tropiezan contra el muro de la noche las gallinas ciegas.
Sus quejidos pesarosos desvían el curso de las cañadas.
Los árboles suspiran al escucharlas
y cierran sus hojas como párpados cansados.

Tropiezan contra la noche las gallinas ciegas.
Se hieren,
Hacen sangrar el silencio.
Traquidos de alas rotas,
jarrones vencidos por la inmensidad.

Una muchedumbre con linternas las encuentra en el camino,
sus cuerpos chapaleando como nocturnos peces sin agua.
Sus ojos fríos como las manos de la luna.

¿Así seremos nosotros, si amanecemos?
¿Gallinas ciegas golpeándose contra los inexistentes muros de la
[noche?

Animal enamorado

*El arroyo de la sierra,
me complace más que el mar.
Guantanamera*

Supe del mar
por la risa amarga de Baudelaire.
El poeta, derrotado,
oía cómo la inmensidad
se burlaba de su miseria.
Insultaba a las estrellas
y retaba a la noche.

Yo, que la suma de mis días
anduve entre montañas
vengo a saber apenas que el mar
es un animal enamorado de la tierra.
Va y viene hasta sus pequeños pies
sin fatigarse,
y ella lo ve sin pasar siquiera la mano por su lomo milenario.

Yo, amante de la alta montaña,
de sus cañadas serpenteantes,
prefiero tu cuerpo
porque es una marea que viene una sola vez
hasta quedarse en mí.

La Habana, Cuba, enero de 2017.

Celebraciones

Nos queda un día.
Un paréntesis perfecto, una ceremonia.
Lo sabemos.
Quienes creen conocernos, lo saben.
¿Y qué es un día sino una negación?
Si tuviera la infancia frente a los ojos le diría que se fuera.
Ya para qué regresar,
para qué desandarse,
si un lapso sutil es la sobra del instante que creíamos nuestro.
El tiempo se acabó y nadie tejía en la isla lejana.
Estamos solos.
Queda el sol untado en la piel,
los zapatos viejos deseados por todos los caminos.
El café colado en la mañana que recuerda al país donde morimos la
vida.
Queda, la celebración.

De: *Celebraciones*
(Casa de Asterión Ediciones, Pereira: 2017)

Tania Ganitsky
(Bogotá, 1986)

Estudió Filosofía y Literatura. En el 2009 ganó el Concurso Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia con la selección de poemas *El don del desierto*. En el 2014 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Obra Inédita con su primer libro: *Dos cuerpos menos* (2015). Publicó *Cráter*, en coautoría con el artista José Sarmiento, en el 2017 (La Jaula Publicaciones), y *Desastre lento*, en el 2018 (Universidad Externado de Colombia). Selecciones de su obra han sido incluidas en antologías como *Moradas interiores. Cuatro poetas colombianas* (2016, Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá) y *Transfronterizas. 38 poetas latinoamericanas* (2016, UNAM). Actualmente vive en Inglaterra, donde es candidata a doctora en Filosofía y Literatura en la Universidad de Warwick.

EL MUNDO va a acabarse antes que la poesía

y habrá nombres

para diferenciar el olvido de la fauna
del olvido de la flora.

La palabra esqueleto solo se referirá a los restos humanos
porque habrá una forma particular
de describir el conjunto de huesos
de cada especie extinta.

Habrà un nombre para designar la última chispa de fuego,
un nombre primitivo como el del maíz,
y otro para la transparencia del río
que muchos se habrán lanzado a atrapar
al confundirla con sus almas.

Las crías nacidas ese día no se tendrán en cuenta,
pero la palabra parto sustituirá la palabra ironía que ya habrá susti-
tuido la palabra tristeza.

Y habrá un léxico de adioses,
porque se dirán de tantas formas
que llenarán un libro entero, que es lo que quedará del amor,
de la literatura.

El mundo va a acabarse antes que la poesía
y la poesía continuará afirmando su devoción
a lo perdido.

*

VEO a los caballos

enrarecerse

alrededor de la hoguera.

Como si recordaran

una vida vieja

en la que habrían amado

junto al fuego.

*

LOS CABALLOS no iban a vivir

tanto tiempo.

Pero encontraron ofrendas
en el sueño de los muertos.

Allí pastan, beben agua y, a veces,
se acercan a las manos
cubiertas de panela
que brotan como flores dulces
a su alrededor.

Doblan el cuello y reciben la ternura
que también debió extinguirse
hace tiempo.

FUEGOS CONFUNDIDOS

El sol poniente descendió hasta el extremo
de perderse entre otros fuegos.

A la mañana siguiente
el cielo ardió distinto:

las nubes tomaron la forma de fantasmas
y se detuvieron a llover sobre sus tumbas;
en lugar de cantar, los pájaros gemían.

Si alguien una vez dijo hágase la luz
ese día dijo que la luz deshaga.

Los árboles fueron los primeros en quemarse;
sus inquilinos

se arrastraron por la hierba
que a mediodía estaba seca y despoblada.

¿Qué flores brotarían ese día en el infierno?

¿Qué condenado esconde,
entre el papeleo de sus culpas, un herbario?

APRENDIZAJE

En memoria de Lía, mi abuela

Asistimos a la cena de los viernes.
Mi mirada se aferra a los dos candelabros de plata
en el centro de la mesa
hasta que su espalda se encorva
y creo que va besar el frutero o recoger una ciruela con la boca.
Oigo chispear el mechero varias veces
hasta que inicia la oración.
Aprendí del sabbat que hay diferentes lenguajes:
uno en que nos dicen en qué puesto sentarnos,
y otro que viene del fuego,
dirigido y verdadero.

Camilo Restrepo Monsalve
(Medellín, 1987)

Poeta y gestor cultural. Licenciado en Pedagogía Infantil y estudiante de Filología Hispánica. Poemas suyos han sido publicados en diferentes medios impresos y digitales de Colombia y el exterior. Ha participado en diversos eventos poéticos en Colombia, Argentina y Cuba. En 2018 obtuvo la Beca de Circulación Internacional de la Alcaldía de Medellín. Poemas suyos han sido traducidos al Inglés, Italiano y Francés. Es autor de los libros: *El espacio que me habita* (Mención de honor en el I Premio de Poesía Joven Ciudad de Medellín, 2011), *Felonías* (1ª Edición, 2015 – 2ª Edición, 2019) y *Las rutas de la sangre* (Libro ganador de la convocatoria Estímulos Cultura Medellín. Pulso & Letra Editores, 2016).

XVIII

Flor de ceniza

A Paul Celan

El bosque sisea
su golpear de pergaminos verdes
voz de olas extraviadas

Entre las frondas
la flor de ceniza se yergue

Juguetea el viento en su corola
y las abejas beben
néctar amargo

La ceniza de la flor
se alza hasta pintar la nube

Elevas tu ojo
para contemplar
el trueno vacío

XXVI

Rilke

El oscuro animal
que deambula por el laberinto
de tus venas
riega su baba
para mezclarla con tu sangre

Antes de emitir
el último aullido
te dejará contemplar
en tu cuenco de palabras
el terrible rostro
de la belleza

XXV

La Escombrera

*“Cuando el gorrión está sucio de sangre
y vuela entre una tierra y la campana”*

Paul Auster

Entre los escombros
brotan flores de sangre
dedos que acusan al cielo

Las sibilas
hinchán sus pechos
como gorriones poseídos por la furia

Entre piedras
clavan su ira como una bandera
anunciando a las profundidades
que las golondrinas del infierno
podrían convertirse en verano

De: *Las rutas de la sangre*
(Pulso & Letra editores, 2016)

Olvido

Perdidos los días
en la tarea de amar la nada
las ausencias se convierten
en piedras de locura

caen como gotas de fuego
sobre la llaga de la memoria

No he olvidado
los cuerpos que me amaron

a mí
me olvidó el olvido

De los viajes

Un día
entras en la noche
para siempre
después
el sol
ya no te reconoce

De: *Felonías*
(2ª Edición, Nuevas Voces Editores, 2019)

Yenny León
(Medellín, 1987)

Filóloga hispanista y Magíster en Escrituras Creativas. Actualmente es docente en varias universidades. Ha obtenido varios premios de poesía: I Premio de Poesía Joven Ciudad de Medellín (2011), I Premio Nacional de Poesía Joven Andrés Barbosa (2011), Beca de creación modalidad Poesía (2012), mención de honor en el concurso nacional “El dolor y sus trampas” de la Casa de Poesía Silva y el primer puesto en el XXX Concurso Nacional Universitario de Poesía de la Universidad Externado de Colombia. Varios de sus poemas han sido publicados en revistas nacionales e internacionales. Libros publicados: *Entre árboles y piedras* (Bogotá: Editorial Planeta, 2013), *Campanario de cenizas* (Quetzaltepeque, El Salvador: Proyecto editorial La Chifurnia, 2016), *La hierba abre su latido* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia).

el fénix

siempre ha pedido reemplazo

como la naturaleza

viaja entre las sombras

—una y otra vez—

para desintegrarse en un mar de cenizas

de donde emerge infinito

como el resultado

de miles de huellas desechables

se ha llegado el día:

él odia hundirse solo

nunca quiso padecer

la costumbre de la resurrección

ahora su espíritu

deja de danzar en su cielo

y se pierde en lo profundo

de la llama desterrada

desaparece

se libera

del hambre

de nacer.

De pronto permanente

Cerca de la flor
de pronto permanente
no se sueña

su fiel sumisión
a la verticalidad de la estrella
la hace puntual y mansa
ante la gravedad
que absorbe nuestros sueños
antes del nacimiento
de la lluvia.

El trueno en la sien

Después de cierta edad
la gente se alimenta de vidas ajenas
y olvida que el trueno
aún puede hundirse en las sienes,
que el liviano color del otoño
atraviesa la mirada más aguda
y la línea que une los planetas
es un mero ejercicio de la luz.

Araña

Revisa la alacena

sonámbula ante el cuerpo de la vajilla
error de plata
teje su red

se abre el cerrojo
estalla el metabolismo de eras diminutas

inundada por la multiplicación
de un rostro desconocido
la araña se orilla en su aliento

sabe que ese animal
enjaulado por la piel
es sólo una hormiga congelada
ante la mirada
de un ángel domesticado.

Esquizofrenia

Sobre el firmamento de vidrio azul
ella entona la postura
de un planeta decaído

vive el sueño mineral
como única táctica de supervivencia
centro y periferia
de lo soportable

el golpe la conecta
con la vegetal permanencia
el grito susurrado
con el punto blanco
en la sombra que huye

la curva de la inocencia
se sella ante la intemperie.

María Gómez Lara

(Bogotá, 1989)

Estudió literatura en la Universidad de los Andes en Bogotá y tiene un máster en escritura creativa en español de New York University. Actualmente cursa un doctorado en el Departamento de Lenguas Romances de Harvard. Poemas suyos han aparecido en distintos medios de Latinoamérica y España. Ha publicado los poemarios *Después del horizonte* (2012) y *Contratono* (2015), libro con el que mereció el XXVII Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe a la Creación Joven. *Contratono*, además, traducido al portugués por el poeta Nuno Júdice bajo el título *Nó de sombras*, fue publicado en Lisboa en 2015. Algunos de sus poemas también han sido traducidos al italiano, al inglés, al francés y al árabe.

Emily Dickinson

Nací el mismo día que Emily Dickinson
casi dos siglos después
y las cosas han cambiado un poco
desde entonces

no tuve
su entereza ante el dolor
ni su oído sutil para las revelaciones

vivo en un edificio alto
donde no llegan los pájaros
sólo un ruido de sirenas
que no canta

es una ciudad inmensa
aquí todos somos Nadie
pero no hemos aprendido
a guardar el secreto:

al caminar regamos
nuestra nada en las esquinas

Nací con la piel oscura
en un país del trópico
y vine a buscarla a este estruendo
tan lejano de su voz
que se enredaba en las praderas

la imagino callando en los ladrillos
veo sus manuscritos de letras apretadas

como ramas de tinta negra
que se quiebran
en cualquier envoltura
en la lista de mercado
y se enlazan otra vez
para inventar el mundo

Nací un diez de diciembre como ella
y no traje ese silencio

sin embargo

gracias al conjuro
de repetir sus versos
mientras cambian los semáforos

estoy a flote

todavía

Astillas

Los verdaderos poemas son incendios
Vicente Huidobro

voy frotando una astilla contra otra
y es inútil

no habrá fuego
en mis restos de madera

pude rescatar del naufragio
un trozo de leña

hueco de tormenta
atravesado por tanta agua salada

lo quebré
para inventar dos trizas que se juntan
dos chispas
que no estaban
el revés de un vacío un agujero

aquí sigo todavía estrellando mis astillas

nada que encender
y te haces humo
nada que apagar
y eres ceniza

Contratono

*único tono
el agua contra el agua
Blanca Varela*

aprendimos
a despertar en medio de la noche
con el ruido del agua

conocíamos la errancia
de hace años nuestro sueño era frágil

los ojos entrecerrados casi abiertos dormíamos
como quien vela

atentos al derrumbe
las manos en la cabeza
por si los escombros
y los pies alzados
 ya para correr

pero una madrugada gota
a gota
 lo intuimos

oímos resonar
el nuevo escape

algo nos cantaba
en contratono

que esta vez huir
sería quedarse

Conjuro

your burning temple next to mine

repito el verso de Blaga en la tormenta
como un conjuro un amuleto algo de ti

me aferro
no lo suelto *burning temple*
sola esperando a que toque tierra el huracán
next to mine dijiste alguna vez

your burning temple
y oigo el crujir del viento contra las ventanas
next to mine
y me cubro la cabeza cuando se va la luz

We shall remember once too late
y es tarde ahora que llega el estallido
this very bench where we are seated
cuando no queda nada en pie

entre las tinieblas

sino el radio de pilas
y la voz del locutor
—the worst is yet to come

Espero acurrucada eso peor
me obstino en aquel verso *burning temple*
como un delirio *next to mine* como la fiebre

Aquí no hay templos ni fuegos

pero de miedo convoco algún rescate
y aprieto en el puño este conjuro
de cuando hubiéramos podido
salvarnos del desastre

Preocupaciones

me preocupa siempre la materia:

la poesía que se arma a pedacitos

golpeando piedras
aferrándose a la tierra
escrita con los huesos con la sangre

me preocupan los codos las rodillas
los lugares donde vamos a quebrarnos
donde estamos

frágiles
y enteros

me preocupa el dolor y los talones
caminar en puntillas no hacer ruido

y cubrirnos la cabeza
o desandar

me preocupan los dedos sobre todo
cuando van a dormirse por el frío

Recuerdas cómo eras cuando te parecías al fuego

entonces te llevaba te empujaba te tumbaba
una fuerza enorme que no entendías cómo ni por qué ni hasta
cuándo ni dónde desembocaba el precipicio

luego aprendiste:

poco a poco estudiaste las minucias de cómo echar raíces
para que no te jalaran de la tierra

le enseñaste a tus huesos a convertirse en ramas
te hiciste sentir madera

y que la piel remendada de tantas cicatrices
se estirara se ensanchara se doblara pero no

nunca quebrarte otra vez
aferrarte a tu corteza

no desdecirte no tener
que desandar tus pasos no gritar

mejor

quedarte quieta
y recordar ahora

casi desde lejos
casi mirando a otra
y sin embargo tú

que estás a salvo al fin

aunque arrastres aún
el fuego en las cenizas

De: *Contratono*
(Visor, 2015)

Damián Salguero
(Pereira, 1990)

Artista multidisciplinar. Cofundador de editores piratas La Silla Renca. Actualmente reside en la ciudad de Popayán.

Tres soles

Nací bajo un cielo criminal
Eli Ramírez.

De ese licor inhalamos, la nariz sucia, símbolo de inocencia y
precocidad.
Enrique Lihn.

No hay tiempo que perder, eres el último de tu generación en
apagar el sol y convertirte en polvo.
ibid

Símbolos del salvaje orden libre¹.

Pero vive
y verás el monstruo que eres con benevolencia.
(...)

Todo el tiempo del tiempo por delante
para ser el vacío que somos en el fondo.
Enrique Lihn.

Este salvaje orden, se establece en la medida que nos jodemos la cabeza, pensando, llenos de nostalgia en los días pasados, pero los días pasados son ficciones, meros accidentes, caos y azar, y a partir del caos del recuerdo, nos ordenamos, en manadas salvajes, salvando nuestro culo de los culos vecinos, exitosos enemigos que nos invisibilizan. Esa es la táctica. Ser una sombra dispuesta a arder en silencio y sonreír.

Los que me han leído podrán notar mi obsesión con *arder*, soy un fuego encerrado dentro de sí. O no soy nada, quizá una interpretación, una lectura de mi cuerpo, mi cuerpo dividido en una cantidad de signos que me transforman en esa sombra ardiendo, nunca fija, nunca.

1 Verso de Enrique lihn

Recuerdo, en este momento, mis heridas abiertas, mi carne palpitando, como si cantara siguiendo el ritmo ciego del cemento, mordiéndome la piel de las manos, estableciendo el salvaje símbolo que representa mi orden, mordiendo duro, dejando una marca de mis dientes sobre mi piel sangrando.

2

De niño, con los otros niños del barrio nos íbamos en parche a andar, claro, pero antes de andar, en la esquina de la casa de don Samuel, el cucho de la tienda, nos poníamos a practicar parada de chuzo, nos llenábamos la mano de tiza y empezábamos a sacarnos la mierda, ay parcero, y más de uno salía reventado, chillando, peleando en serio, pero a la final, los parceros la tenían clara, ringleteábamos en forma, y cuando salíamos del barrio, todo el mundo se nos corría, todo el mundo, éramos diez peladitos, andando por ahí, tirándole piedras a los carros, insultando a los carretilleros, pidiéndole monedas a cualquiera, nos formábamos para un mundo que no respeta nada, y en el que el único símbolo que existe es la violencia.

3

Planteando así el tema: carrera para alcanzar lo que siempre termina por dejarnos de lado, y aislamiento de incomunicada provincia, podemos, con tranquilidad, comenzar a leer nuestra poesía. Es, quién lo duda, una confrontación personal con textos individuales y un intento por situarlos dentro del marco de una historia que ellos, en sus mejores momentos, trascienden a fondo. Hay, en consecuencia, que comenzar a ver la historia de nuestra poesía, por lo menos en este siglo, como un diálogo de textos: entre ellos mismos, con la lengua en que se producen, dentro del país que los vio nacer y al cual afirman o, casi siempre, contradicen. La poesía, como la violencia colombiana, son dos de nuestros rostros que aún no asumimos del todo. Violencia y poesía: allí se origina nuestra imagen más significativa. Tal el origen.

Juan Gustavo Cobo

Un carro avanza hacia la esquina. Un hombre de cincuenta años, que primero vio morir a su gente, que robó, que traficó, que ha matado sin arrepentimiento, enloqueció en alguna calle por fumar basuco, por tomar alcohol y cansado de los años, del débil cuerpo y la

débil mente, las manos temblorosas se ve a sí mismo en un semáforo, golpeando llantas para seguir bebiendo, acabado por los recuerdos, por el pasado y su acción de sombra en el mundo personal de las sombras humanas. El hombre-sombra golpea las llantas de un vehículo. El conductor, un hombre-día que nació en cuna de pobre, pero con padres trabajadores, gente verraca, logró estudiar, logró sacar sus títulos universitarios adelante, se llena la boca diciéndole al mundo, mintiéndose a sí mismo, que sacó adelante su vida, que padre madre padrino estuvieron pero no del todo, siente que alguien golpea las llantas de su carro, artefacto que compró con la imagen de ser un exitoso empleado, en una exitosa institución, el hombre baja y no ve en el viejo a un viejo incapaz de moverse, ve a un enemigo, una amenaza, ve su propia sombra invertida, el hombre, se acerca a la sombra y la golpea, un número de veces ilimitada, nadie hace nada, y todos graban en sus artefactos la imagen móvil de un hombre golpeando a su sombra.

1

Señores, señoras, personas sin sexo, que viven bajo el agua, les hablo de esta manera, siendo dialogo puro, buscando movilidad en el poema, pero el poema, animal vegetativo, descansa en nuestra sombra, en la negatividad que significa la vida.

Ustedes, siendo lo que son pueden juzgarme, yo en cambio, no los conozco, ustedes son seres que han venido a este mundo a encontrar la guerra, la calle, las parlas, encontrar en este poema una ventaja fundamenta sobre mí, como les digo, yo ya no existo como hombre, ahora existo como un lenguaje histórico, lo cual, en últimas es una gran desventaja. La única manera que tengo para defenderme es dejar mi sesgada genética y esperar un mestizaje textual, una reproducción disfrazada de reescritura, cada hombre es una línea encontrando un punto en el tiempo, un vacío de secuencias que nunca llevan a nada, miles de líneas, miles de momentos, es como jugar GTA San Andreas, o Vice City, tu eres CJ, con doscientos mil dólares, matando gente estándar, pensando que eres único, GTA es como la poesía, cada poema es una ciudad que diseña los escritores, señora señores, gente sin sexo como los personajes de San Andreas, ustedes dentro del poema son el personaje que está en el centro de la cámara,

todo el universo entorno al juego vale madres, solo la imagen que proyectan los misiles, en últimas, ustedes aquí adentro están encerrados, siendo virtuales, con todas las claves lingüísticas para existir en el poema, para transformarlo, sin embargo, tarde o temprano habrá un game over, que los noqueará, y por desgracia no estaré ahí para verlo.

2

En los otros barrios nos tenían recelo, el Cantinflas –le decíamos así porque cuando teníamos doce años, fue a él a quien le salió un insípido bigote, aun así, tenía más bigote que nosotros- siempre nos llevaba al barrio el Mirador, a visitar unas hembritas, en el Mirador nos tenían respeto, o eso creía, pero resulta que los primos del Cantiflas vinieron de Medallo y quisieron montar una oficina al estilo de la de Envighetto, pero fracasaron, los paras se les reían en la cara y los quemaron vivos un 24 de diciembre, en un potrero, sin miseria. Pero los diez pelados sin futuro que éramos creíamos en nuestra maldad, en nuestro carácter. Las hembritas nos daban besos, y uno que otro empezó a fumar bareta, a meter gale, a probar finura. A mí nunca me gustó la bareta ni el gale, yo prefería robar con el viejo Queso, y cuando me trababa o me engalochaba no daba pie con bola. Al viejo Queso lo expulsaron del César Negret porque lo pillaron metiéndole mano al bolso de una profesora que dejó la cartera en el Salón. Éramos vecinos, nos veíamos todas las tardes para ver Dragon Ball, y aprender a pelear, a veces, nos íbamos a recoger chatarra, porque eso de robar no era del diario. Al Cantiflas lo mataron a los trece años, vino una camioneta blanca sin placas y se fue. Simple, ahora éramos nueve.

3

La gracia de un taxista es el conocimiento profundo de su ciudad. Muchos taxistas son seres de alta academia, hombres capaces de leer la ciudad, encontrar los puntos de fuga, las salidas más fáciles, un taxista, uno bueno por lo menos, sabe diferenciar la divergencia de la ciudad y la convergencia de los habitantes, encuentra en cada calle un segmento de la escritura, y sabe, que no está solo, que el taxi representa un parte del todo, y por lo tanto la ley urbana, como los semáforos, los pares y demás constructos urbanos para la seguridad

del peatón, valen mierda, pura y física mierda, se los pasan, no los respetan, porque entienden en el PARE una jerarquización del tiempo que no puede ser perdido, el taxista como categoría del lenguaje podría ser la transgresión total de las leyes semánticas e iconográficas del discurso.

Un taxista ve a un pasajero, el día ha estado malo, últimamente hay mucho taxista, mucho motorratón, mucho transporte pirata, no hay de otra, toca pasarse ese semáforo en rojo, qué tanto ha de ser, el taxista ve al pasajero, en la Cebra pasa una mujer, chateando, el taxista pasa por encima de esa mujer que no es pasajero, que no es nadie, el taxista siente que algo pasó, se imagina que pisó un gato o algo así, al llegar el pasajero se sube, le pregunta por la mujer que acaba de arroyar, el taxista piensa que es una broma, el pasajero decide escoger entre el horror y el afán, el afán, no dice nada, solo que lo lleve al centro. El taxista enciende el taxímetro y continúa. Al día siguiente el taxista ve la noticia en un periódico amarillista, taxi fantasma arroja a una mujer. El hombre se persigna y espera que nunca le pase algo así.

1

La policía de ciertas ciudades saca de los semáforos a los malabaristas, vendedores informales, limpia parabrisas, por el simple hecho que dan mala imagen a la ciudad, ¡qué horror, gente pobre en los semáforos! Son bandidos, eso han de ser, ver gente pobre al acecho alimenta el temor, fractura las relaciones humanas, crea gigantescas fronteras sociales, pero es mejor sacarlos, ocultarlos, esa gente no vale.

Uno de los malabaristas de esa ciudad se saca la mierda al sol para pagar un arrendo, pagar la universidad, comer y fumarse un bareto de vez en cuando, como para relajarse, aun así no deja de ser una pobre basura a los ojos de la buena imagen de la ciudad, y es que no es solo los semáforos, son los buses, ya no hay cantantes en los buses, ni gente vendiendo galletas, la gente siente alivio, ya nadie acecha, sin embargo la sombra siempre se mueve.

2

Dejé atrás la vida de la calle cuando mis amigos de infancia empezaron a morir, a ser encarcelados, a irse al ejército, por mi parte encontré en la literatura un camino burgués, muchos de mis viejos conocidos al verme en la calle me dicen que me gomelié, que yo antes era parado, que no le tenía miedo a nadie, luego siguen con su costal al hombro, con su pipa de basuco en el bolsillo, con la lengua quemada y el paladar hundido por la ceniza de las calles. Mis viejos compañeros de guerra ahora están en su propio laberinto, preñando hembras que da miedo, iniciando su negocio vendiendo perico y basuco. Algunos de ellos han estado presos por matar, pero nada de esto es trascendental, nada de esto, parece que nada tiene que ver con la poesía, pero en el fondo es más poético este mundo de sombras, y anti platónico, porque el lenguaje se renueva, porque el deseo y el hambre crean nuevas formas de subsistencia, porque la imposibilidad de ser alguien y ser siempre por debajeadado, ser menos, ser el que recoge basura, el que vende drogas, el que te apuñala por un celular, el que está en el semáforo, crea un mundo propio, un estado no nacional, donde el lenguaje tiende a ser inestable, por la misma inestabilidad de la vida, donde nada es seguro, pero donde todo es permitido.

1

No es fácil admitirlo, pero, en el fondo, lo único que deseo es tener un lugar donde descansar, ¿si me entienden? El poema no es una casa, ni las palabras, nada de esto es un refugio, más bien es un semáforo en rojo, pero la vida continúa, y uno se hace más viejo, ya no hay tiempo para descansar, me digo, y me aterro de que voy para los treinta, y nada, no es que esté triste, la tristeza es un cosa adolescente que uno va perdiendo, como la inocencia, como las mujeres que uno creyó amar, pero resulta, que en últimas, mis broders, todo encuentro entre hombre y mujer, entre sexo y hambre, entre deseo y voluntad, es un templo destinado a caerse por su propio peso. Es en ese momento, cuando todas las instituciones caen, que quisiera un lugar para descansar.

2

Hay trabajos difíciles, entre ellos vender dulces en los semáforos, ustedes no entenderían la complejidad de ello, y menos si usted es ingeniero, académico, poeta sensible a la luz del sol y si lo más pesado que ha cargado en su vida es la tristeza de no poder escribir un poema decente. Seleccionar el dulce a vender es una decisión importante, debe ser algo liviano, de calidad, y sobre todo barato, he visto gente fracasar tratando de vender galletas, dulces grandes, lo mejor, son bananas pequeñas, dinámicas. Otra cosa es ser un buen observador. Entre más fino el auto menos probable será venderlo, un hombre en un carro que cuesta más que uno, ni te va a mirar, en cambio el hombre del Renault 4 o el Fiat destartado te dará una buena moneda, y una sonrisa, te dirá, por lo menos usted es un hombre trabajador y no anda delinquiendo, en cambio el tipo rico te dirá, usted es pobre porque quiere, ¡tan marica el hijueputa! Es difícil también, porque en el fondo, casi todos los que venden bananas, han delinquido, o lo han intentado, han estado en la cárcel, ha visto la calle como una selva de mierda, su sangre hierve al ver que hombres de misma raza de misma calle lo miran bajo el hombro, hombres que andan en bestiales vehículos que se han ganado robando en ciudades aledañas, pero que en la misma ciudad se hacen pasar por empresarios, en cambio él, un tipo bien, que decidió ser honesto es desplazado por la policía, el desdén, el frío de la misma gente. Vender dulces en un semáforo es difícil, muchas veces uno se pregunta, como la gente puede ser de puro hierro, no flaquear, no matar al rico cuando el rico le pone seguro a la puerta del carro.

3

Sé que hasta el momento todo va muy confesional, pero como les digo, el poema, no es mi casa, es una línea que he decidido borrar, y de esta manera borrar las fronteras del mundo.

Danny León
(Bucaramanga, Colombia, 1990)

Se desempeña como director del Encuentro Internacional de Poesía de Bucaramanga. Textos suyos han aparecido en diversas revistas, tanto nacionales como del extranjero. Fue incluido en el libro *Espejos de doble filo, antología binacional de poesía sobre la violencia, Colombia – México* (Ediciones Atrasalante). Preparó las antologías *La voz alucinada* y *La oscuridad tras el relámpago* (Ediciones UIS). Ha publicado los libros *Momento del decir* (primer puesto en el VIII Concurso Internacional Buenaventuriano de Poesía), *Cantar de bruma* (Ediciones UIS), *Desde estancias habitadas* (Premio internacional de Poesía Editorial Praxis 2014) y *Canción para abrir una jaula* (VIII Premio Nacional de Poesía Universidad Industrial de Santander-2016). Recibió la beca Artistas Jóvenes Talentos Icetex- Ministerio de Educación. Fue finalista del II Premio Nacional del Festival Internacional de Poesía de Medellín.

Letanía

Tengo la imagen de una casa derrumbándose, de las paredes cayendo a la nada, como mis dedos, como estas manos a las que diariamente el aire les resta una parte.

Cuando salgo en las tardes, me ataca la nostalgia y me parece que fue ayer que el piano se desafinó. Camino hacia el parque de acacias, paso por la iglesia y algo se muere en mí cuando el cementerio se levanta.

Y veo que todo está hecho de polvo, de recuerdos destinados a la lejanía y yo soy eso: el comienzo del olvido. Sobre mí pesan las nubes de un cielo calcinado por la historia, sobre mí caen despojos de palabras dichas, de bocas escuchadas con anterioridad.

Si el silencio existiera ahora, no sería más que una excusa para hacerme hablar, para que cuente la vida de los que se miran al espejo sin saber de sí mismos.

Pienso que todo está dispuesto para mi caída, pero me detienen los sueños en el último peldaño, las promesas que brotan de la inocencia, los días que he dejado pasar por no tener un almanaque en la habitación.

Tener que rondar la soledad, tener que trazar los pasos antes de caminar, tener que vestirme para mi funeral, para ese remedo del adiós, me está causando una herida, una llaga que me condena al exilio en mi propio cuerpo.

De: Momento del decir
(2012)

El jardín interior

*No tengo casa.
Está derribada en medio de la noche.
Su dolorosa arquitectura
Se ha caído.
José Revueltas*

Hubo fuego en el hogar una vez.
Los inviernos pasaban lentos
y la casa se sostenía del cielo
con el hilo de humo que ascendía a diario.

Las ventanas tenían marcos pesados
y se empañaban de una fina escarcha
que removíamos con manos cansadas,
mientras veíamos afuera los caminos invadidos,
los árboles cubiertos de nieve.

Nadie venía hasta nuestra puerta
como en los tiempos de antes.

Vivíamos solos,
con el viento rondando las habitaciones
y el pan podrido de la despensa.

Recuerdo que la casa tenía un jardín interior
en el que jugábamos al entrar el verano.

Recuerdo que allí crecía el pasto
entre los matorrales que acogían insectos
o parvadas de pájaros agoreros.

Recuerdo que corríamos hasta el atardecer,
sintiendo la hierba y el barro en las pisadas,
cortando tallos o frutos mordidos
por la claridad del día.

Pero entonces llegaba el crudo invierno
y del jardín solo quedaban sombras recientes,

las hojas consumidas por la oquedad
y el frío sincero del abandono.
En esos días había fuego adentro
y sin importar las tinieblas
permanecíamos vigilando la herida del sol
en la mañana trémula de nubes.

Pero ahora es distinta esta morada:
ya no hay luz de candil que valga en los pasillos
ni lumbre que arremeta contra la oscuridad.

Podemos sentir cómo se detienen los relojes
porque tiemblan las paredes
y nuestras palabras sortean la mudez.

Pronto no tendremos qué decirnos,
seremos cuerpos inmóviles
que contraen la fiebre de la locura
y el discurrir del tedio.

Pronto el techo se desplomará de tanta nieve
y caerá sobre nuestros huesos,
sobre el aliento que contiene los cimientos
y la memoria de esta casa en ruinas.

Sin embargo, el jardín persistirá:
las hojas tallarán su figura desgastada,
las flores roerán los colores
y entre las ramas del cerezo
habitará una araña tejiendo su tela.

No quedará después del deshielo
más que el rumor de la araña al invadir el aire
y poner en movimiento las palabras,
el ruido que perdura en los escombros
a pesar del invierno
y la insistencia de nuestro olvido.

De: Desde estancias habitadas
(2015)

*

El mudo no sabe

de equivocaciones

lingüísticas

No podemos reprocharle

la sinceridad de su mutismo

Ni menospreciar

la entereza con que

nombra el mundo

Nosotros hablamos

pero estamos

propensos al error

En cambio un mudo

halla en el silencio

la perfección

de las palabras.

*

Por las palabras

algunos hombres

son condenados

Unos hablan

y mienten

otros nombran

y derrumban lo construido

Muy pocos logran

con su voz

encarnar la belleza

Suerte la de los mudos

que con su silencio

les es otorgada

la inocencia.

*

Para que un espejo exista
necesita de alguien
que se refleje
en su clara superficie

Podríamos
si así lo deseáramos
conjurarnos contra ellos
y no mirarnos jamás

Entonces los espejos
perderían su memoria

De igual manera
nosotros también
habríamos de olvidar
nuestro rostro

Por este miedo al olvido
es que cada mañana
hombre y espejo
se recuerdan
con la mirada.

De: *Canción para abrir una jaula*
(2017)

Laura Castillo

(Bogotá, 1990)

Abogada de la Universidad Externado de Colombia. En el año 2017 publicó su primer libro *Prolongación de la Lluvia*, el cual fue ganador del XX Premio Nacional de Poesía de la Universidad Metropolitana de Barranquilla. Fue mención de honor en la categoría de Poesía en el Tercer Concurso de Escrituras Creativas Cuento, Poesía y Crónica de la Red Capital de Bibliotecas Públicas – BibloRed (2014). Sus poemas han sido publicados en distintas revistas electrónicas de poesía, entre ellas, la Raíz Invertida (Colombia) y Circulo de Poesía (México).

Desplazamiento

A las tejedoras de Mampuján

Tras el golpe de omisión
en el vientre de la tarde
Mampuján anochece
con un terco afán de dormir.
No hay tiempo,
susurran doce cuerpos en los labios,
hay que cargar hamacas y vasijas,
hay que dejar que la hierba seca
sea el huésped que habite la casa,
hay que silenciar.

Lejos,
en lo profundo de una habitación,
una mujer peregrina aguarda
entre hilos y retazos que convergen en sus manos.

Tejer es su forma de nombrar
la ausencia de arraigo
en la punta de los dedos.

Mestizaje

Una mujer negra aproxima sus caderas
como si en su vientre recogiera un golpe de origen.
Observa el borde del camino,
con esos ojos que derrumban memoria,
con el letargo de su boca
mordiendo palabras como agujas del tiempo.

Basta ver su rostro para entender
que la luz situada en sus manos
poco a poco se adormece.

El viento lo sabe:
no hay lugar que cobije su historia
ni que sostenga tanto silencio amontonado.

La abuela sufre de Alzhéimer

Ha olvidado la temperatura exacta con que las
gallinas picotean el suelo,
el lugar en el que abandona de vez en cuando sus
recuerdos
y el tiempo en el que el mundo acostumbra amanecer.
A veces, mis ojos tropiezan con ella en la madrugada,
me mira y reconoce la orfandad. No le importa.

A la abuela le gusta caminar de noche
y, mientras lo hace, deja tajos de luz
como si habitara poco a poco el cielo.

Razones

No se necesita la verticalidad del árbol,
no se necesita florecer.
Se necesita el impulso del abismo,
el límite,
la contención precisa
que mantenga el cuerpo adherido al mundo.

Vista al edificio

Un pájaro observa a un hombre escalar la pared.
Ve sus pies ceñirse a los muros
mientras sus manos
arrojan silentes hojas que planean la caída.

Hay una distancia entre ambos cuerpos,
una cuerda
 que se agita,
un descender.

Oír el golpe de la tierra,
y un vuelo que asume tanta lejanía.

Pájaro y hombre
construyen a su modo
sus propios abismos.

David Marín Hincapié
(Medellín, 1990)

Filólogo hispanista, escritor y profesor de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Entre 2013 y 2016 se desempeñó como docente de la Red de Escritores Ciudad de Medellín. Su libro de poemas en prosa *Abro la noche* (Fundación Arte y Ciencia, 2011), en el que hace un homenaje al poeta francés Arthur Rimbaud, mereció en 2010 la Beca de Creación en Poesía de la Alcaldía de Medellín. Su más reciente publicación, *Remanencia* (Corazón Negro Editores, 2014) ganó el Premio de Poesía Joven que otorga el Festival Internacional de Poesía de Medellín. Publicaciones suyas han aparecido en la Revista Universidad de Antioquia, diversas antologías y revistas impresas y electrónicas.

Lo irreal intacto en lo real devastado.

René Char

Entre los brazos se recogen y un rumor de hojas sin fin los arrastra. Ya están aquí las mareas de los signos húmedos y frescos. Nombran el peso de una boca y la duración en la que han sucedido los desgarros. Nombran las heridas por donde el deseo aventuró la desobediencia. Nombran las dos caras de un solo enigma y anuncian la perfección del silencio. Duermen los cuerpos. No se sabe aún si despertarán para el anhelo o el desdén.

*

Están cautivos en el éxtasis y se acarician en los resguardos de un invierno áspero. Reciben con fijeza la luz del blanco nocturno. Es bello enloquecer en el oro que la noche esplende. Aquí el silencio mana y se reconcilia con el abandono.

*

Fundirse en los rostros más bellos. No en los que surgen del rayo implacable de la máscara, sino en los más oscuros, en los rostros que se sustraen a la multiplicación errónea del simulacro. Fundirse en el ritmo de las noches, cuando los insectos proclaman su vertical suspenso, y abandonan su habitual forma de ir en estridencia, con alas de frágil interrogación. Y a la menor señal del deseo, en la mínima ceremonia de la carne enhiesta, abalanzarse en el cuerpo, escurrirse en su claridad, más alto cada vez y en desordenada obediencia. Y defender el ritual de los secretos en la corriente inmóvil de las posesiones, para que en un atajo subterráneo los cuerpos se proyecten sedientos, al dorado camino donde se acoplan los arroyos seminales, con la fuerza de las usurpaciones, con las mordeduras inscritas en el lomo, bajo el brillo desolado y la dura materia de las pesadillas.

*

Sin duración en las hojas, sin duración en las piedras, la luz avanza con adherencia torpe. Los lugares en los que esta luz reposa son los lugares de la desaparición. En las mañanas más claras, cuando todos los ríos descienden vírgenes, a esta luz apacible se le impone el error fatal de los condenados al desencuentro. Es la misma luz que tiene en contra no el deleite de las pieles sedientas, sino el muro descomunal de ese sueño todavía sin deglutir en la horas primarias. Es la luz que asiste en los placeres de la materia, justo antes de que en los cuerpos se hayan solidificado, al borde de las fauces y por entre los acoplamientos, cada uno de los torrentes que se mezclaron en el hervidero del yo. Es la luz que sopla de donde ha escapado la sustancia del deseo bajo el signo de la tortura, y su torpeza es la pérdida de la distracción.

*

Bordean el lago. Advierten que es el verano de los nacimientos. Una música de pájaros los conduce al interior de los frutos. Están presos en la locura de los hongos. Ni siquiera el aroma del rosal ocultará el detritus para el que están destinados. No saben que cosechan la traición.

*

¿Cómo pueden mirarse con indiferencia un par de animales sosegados? ¿Cómo pueden suponerse colmados dos cuerpos a los que se les impone la transparencia de unos labios expertos en vértigos y desapariciones? Han morado lo suficiente en el deseo como para olvidarse. Pueden escapar a la opacidad de una noche, y luego sobreponerse a la fugacidad. Pueden dejarlo todo, sumidos en el residuo de un cause blanco entre las manos. Que la humedad preserve esta serenidad de los cuerpos y que no se extinga la luz en la posterioridad de la eyaculación.

*

Han sido tragados otra vez por la oscuridad. Y son pacíficos ante las fieras nocturnas. Ya se reconocen en el nombre impuro de las traiciones. Los aromas en los que consultan la nostalgia es materia aborrecible. Se dejarán seducir por las palpitaciones del bosque como lobos que cohabitan la irritación. Indiferentes al oxido y al olvido, de la verdad solo conservan la lágrima.

*

La posibilidad es acechanza y pervive en la inclinación de unos párpados. ¿Después de la sombra, quién participará de los falsos instantes? Ya separados e imprecisos arribarán al ácido nombre de la desaparición.

*

Ante la ausencia y el olvido inminente la libertad es otra dádiva de la destrucción, como la luz y el perfume de un árbol simplificado.

De Remanencia
(Corazón Negro Editores, 2014)

Ana María Bustamante
(Medellín, 1991)

Socióloga de la Universidad de Antioquia, fotógrafa y gestora cultural. Explora la poesía y la fotografía como lenguaje. Perteneciente al Colectivo Nuevas Voces. Ganadora del IX Concurso Nacional de Poesía Héctor Trejos Reyes (2016). Fue editora de la Revista Innombrable de 2010 a 2018. Ha sido invitada a diversos encuentros y recitales entre los que se destacan el Primer Encuentro Nacional de Poetas Jóvenes (2014), el XX Encuentro Nacional de Escritores en Filadelfia, Caldas, el 26° Festival Internacional de Poesía de Medellín (2016), el Festival Internacional de Poesía de La Habana, Cuba, entre otros. Sus poemas han sido publicados en diversos medios como la Revista Prometeo, la *Antología de poesía colombiana del siglo XXI*, publicada en Francia por L'Oreille Du Loup, el audiolibro *Ecos: 15 poetas antioqueños*, entre otros.

Ocurre que la vida

Ocurre que la vida
me invade hasta el cansancio.

No hay oscuridad completa.

Hasta un rayo de luz
enciende un rincón en mi pecho
como se encendiera una vela.

No hay tristeza plena,
llega siempre la risa
como un cuervo que excava
desde el alma hasta el hueso
y no queda sombra en los dedos
ni sed en los pasos
porque algún misterio alzaré la voz
sobre la negrura del hielo.

Es tarde

En su temblor nívico
la noche abre sus puertas
con la única esperanza del fuego.

Es tarde para encender
llama alguna,
tarde para evitar la batalla
contra el hielo.

Olvidada la sed
hemos caído profundamente
en la blancura.

Tan hondo,
como la raíz que yace.

El viaje

Una pasajera toca
el borde de un barco.
Va al origen de su sombra
a cerrarse con los párpados
del agua
a deshojar sus orillas
en pequeños aluviones,
a renacer, viajera
en la raíz de la lluvia
que creó el mar.

Ella es un pez que surca
el metal del navío,
una ola ronca
que muerde la arena
desde el origen del mundo
hasta la ciega pupila de la noche.

La pasajera cruza a bocanadas
la grieta del agua
y palpa la soledad del mar.

Entre colinas

Me felicito por la lluvia que abre puertas
en los brazos del aire.

En vez del sol deseo siempre el trueno
y la danza del agua,
la humedad en la cima de los árboles
como un arrecife que acaricia su relieve.

En vez del cielo azul
prefiero el gris de las nubes,
como un grito que desgarrar el mundo.
Prefiero la niebla a la claridad del día,
que desdibuja el contorno de todas las cosas.
Elijo el viento poblado de sombras
que cierra la herida del mundo en su pecho.

En la tormenta la voz tiene sólo un destino:
nombrar el viaje del agua
desde la nube hasta la tierra.

Sólo al llover dios tiene conciencia
de chocar sobre el mundo:

La lluvia
somos nosotros
cayendo
hacia el cielo.

Dios somos nosotros
cayendo
en la lluvia.

Paisajes Prístinos

Existen memorias
de cuando el sol desaparecía
y quedaba una sombra
cansada de ver la tierra.

Memorias de cuando el sol era pequeño
y yo una anciana de infinito ser
como todos y todas,
de cuando la luz era un rumor de dios
tan incierto como la muerte
y el cascarón de la vida se abría frágil
como la espuma.

Hay quienes recuerdan la oscura ceniza
que fue la tierra
cuando la voz de dios
se volvió todas las piedras,
y nosotros, un paisaje oscuro.

Alejandra Lerma

(Cali, 1991)

Creció en las montañas de Restrepo, busca el silencio de los bosques, prefiere los helados al licor, lee con fervor a Wislawa Szymborska. Escribe con un látigo en la mano. Comunicadora social y periodista de la Universidad del Valle. Dentro de sus publicaciones se encuentran: *El lenguaje de mi alma* (2008), *Trébol de cuatro hojas* (2014), *Oscuridad en Luz Alta* (2015) y *Precisiones sobre la incerteza* (2017). Algunos de los premios que ha obtenido son: III Concurso Departamental de Poesía Casa de La Cultura Jamundí, XVIII Concurso de Poesía Ediciones Embalaje del Museo Rayo, II Concurso de poesía Ciudad de Palmira y I Concurso Nacional de Poesía Tomás Vargas Osorio, durante tres años consecutivos ha sido ganadora de la beca de Estímulos para publicación de autores caleños de la Secretaría de Cultura de Cali.

Pequeño Maleficio

Solecito oscuro, náusea de mi noche, ángel terrible, pequeño huracán, niñito sordo, nunca me supo tan amarga la dulzura. Veneno de estrellas. Que todos los abismos te circunden, que caigas como un pájaro vencido, que conozcas el fruto de la angustia, que no puedas elevarte nunca más, que toda luz se vuelva hiedra, que tu gemido sea cicuta, que Sísifo se apiade de tu pena, que los dioses se aburran con tu vida, que te veas como eres y el espanto no te deje respirar.

Sueño I

A Juan Esteban L.

El hechicero toma el libro de mis manos
el idioma que recita pertenece a una lengua de nieve
su blancura me ciega
el enigma nos asfixia

Elijo una palabra para enlazarnos: serenidad
ambos nos desvanecemos entre su capa de cielo
el arcano hace silencio.

Sueño II

Tras las llamas su rostro
el movimiento de Urano en sus pupilas
la hoguera se alimenta del encanto
he bebido de la luna para recordar su nombre.

La vida es el poema

De alguna manera todo se ha convertido en una metáfora
la vida es el poema
y yo busco
como quien hurga la tierra
y solo encuentra más tierra

Cada hoja seca, cada borde despicado de un vaso
cada latido de lo inerte
tiene tu nombre
me llamo igual que tú
vives en cada intento de mi olvido

Mi dolor es un templo
en el que entro con los pies descalzos
me acuesto sobre el suelo y miro los arcos, los vitrales,
las estatuas de sal que edificaste
para que yo conociera los rostros de la ausencia

Todas las palabras son débiles ante la muerte
la muerte es el mayor de los silencios

Tendríamos que inventar un lenguaje que anteceda a lo humano
como los animales que se buscan para sentir calor
Estuve recostada en tu pecho, antes de que todo existiera

Te he llevado al fuego y eres nada
tus cenizas pesan lo mismo que el viento

Te busco en todos los lugares a los que nunca iremos juntos
el futuro es la confirmación de que no existes

Ya se ha ido la rabia
y estoy sola

Me estoy rompiendo las manos al escribirte
pero te encuentro en estas letras
Inútiles y sagradas
como tu muerte.

Compartir el dolor

A Nathalia Arango

Mi mejor amiga y yo menstruábamos juntas
compartir el dolor
es la mayor forma de intimidad

Nos mirábamos la cara triste
el vientre hinchado
y aferradas a un helado
llorábamos la imposibilidad de ser distintas

Todos los hombres nos quebraban la calma
nos preguntábamos mil veces
si la sangre se notaba
queríamos ser discretas
pero alzábamos la voz en un aullido

Ella se fue a Estambul, descifra los sonidos de otro idioma,
se cubre de aromas ajenos, el sol la encuentra primero

Yo permanecí en la misma calle,
con el calor prometido
y la misma luz en la ventana

A veces nos escribimos
para recordar que seguimos siendo iguales

Las distancias pesan lo mismo que el cariño
y en un asombro infantil nos damos cuenta
que seguimos sangrando juntas

El lenguaje del cuerpo nos enlaza
las fronteras que cruzamos las desdibuja el viento.

*

A la anciana que seré

Aún no nos conocemos
pero estoy muriéndome de a poco
para que existas

Voy a dejarte un cuerpo que ostentarás gloriosa
de haber sido la que fuiste
la que no vendrá nunca más a contemplarte ante el espejo

Recordarás la firmeza de estos pechos
la angustia de tu cabello herido
por el verano seco

La valentía alegre de sonreír con los dientes intactos
el desparpajo de entregar tu cuerpo
a otro cuerpo
en plena luz

Lo fácil
lo fugaz
que era el amor

En cada lunar hallarás una arruga
como un cráter del tiempo

Te dolerán los huesos
no podrás saltar más para alcanzar estrellas
—espero que a esa altura tengas constelaciones propias—

Se te va a caer todo
y en ese abismo virtuoso
te encontrarás a ti libre de máscaras
libre de esta fútil belleza que te pesa en los hombros
y en las caderas anchas

Vas a ser tan tú, tan yo
es decir, tan nosotras
Reirás de pronto al leer un poema
de una niña extraviada que cumple 23
y revienta de llanto ante el reflejo oscuro de su rostro.

Diego Despreciado
(Apartadó, Antioquia, 1991)

Autor de *Pequeñas crónicas del Nuevo Mundo*; proyecto ganador de la Convocatoria Pública en Cultura y Patrimonio 2016, del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, en la modalidad de cuento. Ganador del primer premio en el XXXI Concurso Universitario Nacional de Poesía 2018 de la Universidad Externado de Colombia con el poemario inédito *Júntense pa la foto!* Coautor de la miscelánea literaria *Lápsus: Ebrios de existencia* (Fallidos Editores 2015). Ha sido publicado en la antología *Kalucuquili: centro de acopio de poetas y poemas de Urabá* (Ediciones Unaula). También en las revistas *La Tagua*, *Arquitrave* y *La Musa Sonámbula*. Ha participado en espacios como el XXVII Festival Internacional de Poesía de Medellín, en la mesa de Nuevas Voces Poéticas, en el XXVI Festival de Literatura de Córdoba y del Caribe, entre otros.

Cuando se me cayeron los dientes de leche
dijeron que me había quedado una ventana.
Yo sonreí junto a todos los niños del mundo
y por la ventana de nuestras sonrisas
entró el sol
alumbrándonos el alma.

*

Mi hermana y yo salíamos a cazar las luciérnagas
que se esparcían cerca de la casa
como migas de pan.

Cuando las atrapábamos entre las dos manos
abríamos solo un poco
para ver con un ojo
los latidos de luz
del corazón de la noche.

Al regresar a casa
teníamos las manos vacías
pero los ojos brillantes.

*

Después de derribar el vuelo de tantos pájaros
con nuestras hondas,
después de verlos marchitarse sobre nuestras manos,
a mis pequeños amigos y a mi
nos invadió la culpa y la compasión.

Cierta mañana tomamos pequeñas varas de guadua
caída junto al río
y armamos varios esqueletos.
Les pusimos como piel
papeles de muchos colores
y les pusimos como cola
cabuyas de muchos colores.

En la tarde los elevamos
y como pequeños dioses
devolvimos el vuelo a los pájaros
que ahora resucitaban sobre nuestras manos.

*

La fuerza del verano abría grietas a la tierra,
cartografías sobre las que corríamos cuando niños
como trotamundos
mirando con la boca abierta
un sol que caía
como un lento jonrón
que se iba
más allá
de las matas de toronjil.

*

Era la fiesta navideña
de los globos de papel flotantes
y mi madre y yo hicimos el nuestro.
Lo forramos con papel de arroz
y lo tripulamos con una pequeña vela.

Nuestro globo subió al cielo
impulsado por su pequeño corazón de fuego
y derramando algunas lágrimas de despedida
se perdió entre las estrellas.

Algunas veces,
cuando puedo ver el cielo
florecedo de estrellas
me pregunto cuál de todas será
la que plantamos una noche
mi madre y yo.

*

Wilson Pérez Uribe
(Medellín, 1992)

Licenciado en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Escribe poesía y ensayo. Sus textos han sido publicados en Colombia, España y México, en revistas como Revista Universidad de Antioquia, Círculo de Poesía, Otro Páramo, La Tagua, El coloquio de los perros, Literariedad, Aurora Boreal, Alapalabra, Liberoamérica, Colofón Revista Literaria, Las nueve musas, entre otras. Ha emprendido proyectos de formación y de lecturas en voz alta sobre literatura china y literatura japonesa en la Universidad de Antioquia y en la ciudad de Medellín. Tres de sus poemarios son *El amor y la eterna sinfonía del mar* (Hombre Nuevo Editores, 2011), *Movimientos* (2018) y *Biografía del corazón* (Inédito).

Jamini Roy - "Mother and Child"²

Madre, he perdido la cometa que me diste a volar. Tengo nueve años y le temo a las ráfagas de viento que cruzan por Benarés en las horas de la tarde. Madre, he anotado en un calendario de arcilla los días en que no debemos alimentar a los perros; los designios de los dioses son extraños; no he podido comprenderlos. Ayer caminé por la orilla del Ganges, vi que las gentes se lavaban y suspendían volutas de fuego sobre el agua. Trato de advertir por qué el fuego no se apaga y por qué las mujeres no lloran cuando incendian una caja de madera estampada con fotografías.

Madre, abrázame, me inunda una enorme tristeza: le temo a los búfalos que vagan por las calles, a las multitudes y a los hombres solitarios que meditan en la playa. Madre, he capturado una luciérnaga, desde la noche anterior no ha dejado de brillar, es un pequeño sol que juega entre mis manos. Madre, dime que mis dedos no son una cárcel para este animal. Dime que mi piel sucia y andrajosa es una morada, un refugio para que esta mínima hoguera que enciende la luciérnaga ofrezca un poco de fe, un poco de esperanza para estas gentes que huyen de la noche.

Madre, consuélame de las sombras.
Madre, hoy quiero ser un árbol.

*

Hay que leer
en el lenguaje de los pájaros
el aire inmóvil de las palabras.

La palabra plumaje
se estremece ante un hilo de sol.

2 Jamini Roy (1887 – 1972). Artista y pintor de la India.

La palabra vuelo
se apoya en la palabra rama.

Los pájaros
ansían la sombra
de una palabra
que aún no sea capaz de nombrar
el misterio de su canto.

Paul Cézanne: el ermitaño de Aix

El color
es una palabra
que se lleva a cuestas.
Luego hay que descargarlo,
ordenarlo, compararlo.
Sobre la tela
un hilo de sol
marca el territorio de los dedos.
Ellos van dibujando
el contorno de una fruta,
la suavidad del agua,
el temblor de la piel desnuda.
Luego el color
se empapa de una mano cansada,
él mismo va dictando
las texturas,
los círculos,
los saltos.
El color es un tiempo
que transita entre el tiempo,
es una huella
que solo ven los ojos
cuando están cerrados.

Tríptico hacia una pintura de Kuroda Seiki³

I. SABIDURÍA

Vivo mi propia noche.
Mi cuerpo
espera, cansado,
en la orilla
de otro sueño.

II. IMPRESIÓN

Mis pechos
son dos piedras
que ruedan
por un desierto
de piel ajada.

No tengo más libertad
que la de escuchar
las palabras
que miran mi cuerpo
como si lo vistieran
de una sombra de trazos.

Y no tengo miedo,
mi carne es mi palabra,
la ceniza que el tiempo
no ha aprendido a devorar.

III. SENTIMIENTO

Soy un árbol:
mis manos imitan
una rama, en ella
habitó un pájaro.
Su último vuelo
lo recuerdan mis ojos
de párpados vegetales.

3 Kuroda Seiki (1866-1924). Pintor y profesor japonés

Fantasía para arpa Op. 95

-Camille Saint-Saëns-

Camino en las venas del poema. Me detengo en el borde de cada línea. Reinvento en el oído la senda que siguen las palabras. ¿Hacia qué lugar? El corazón es centro y morada, allí se alargan las vocales, las consonantes construyen una ciudad. Cuando las pronuncio, una a una, deleitándome con el sonido que las prolonga en el aire, soy habitante de una casa de latidos donde las palabras se desgajan en trozos desiguales. Unas pocas son tiempo; otras son el color de las orquídeas; algunas, apoyadas en los ventanales, son gotas de lluvia; otras, muy cercanas a la lengua, se tornan poesía en estado de nube o de alas; son esas las que atesoro.

He caminado sobre el poema, lo he recorrido a pequeños pasos.

Estefanía Angueyra

(Bogotá, 1992)

Traductora y poeta. Egresada de la carrera de Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana y actual estudiante de la Maestría de Escritura Creativa en español de NYU. Algunas muestras de su trabajo creativo se encuentran publicadas en revistas como El Malpensante, Otro Páramo, Círculo de Poesía, La Raíz Invertida y La Caída. Es gestora cultural de la plataforma Liberoamérica en Bogotá y co-editora de los libros *Liberoamericanas: 80 poetas contemporáneas* (Argentina, 2018) y *Liberoamericanas: 100 poetas contemporáneas* (España, 2018). Ha participado en distintos talleres artísticos y literarios, y mereció el premio del VI Taller de Poesía del Fondo de Cultura Económica filial Colombia.

En la sala de mi casa

En la sala de mi casa
siempre ha estado una fotografía
que no es hermosa
ni memorable.
Las tres figuras, medio abrazadas,
dirigen sus miradas a distintos lugares.
¿Quién sabrá cuántas cámaras
le apuntaban en ese momento
a mis tías y a mi abuela?
Esta la tomé yo,
con mi cámara amarilla de plástico
que venía gratis en un menú infantil
pero luego le costó a mi padre
docenas de rollos velados
porque su niña quería ver la imagen
por un segundo, sin que nadie lo notara.
María Eugenia, ¿no habrá estado
mi tío gritándote que dejaras el cuchillo,
que te veías ridícula en esa rígida pose
con la que fingías cortar el merengue?
Rosario, mi primo debió obligarte a sonreír
porque nunca lo haces
porque odias las cámaras.
O tal vez fue el vino.
Susana, Susana Ana Alicia
este habrá sido tu último cumpleaños
tu espalda ligeramente encorvada
te hacía sufrir tanto
por no ser lo suficientemente fuerte
lo suficientemente elegante
tus manos de dedos frágiles
casi sin huellas por el uso excesivo

de jabón de platos, de jabón de pisos,
de jabón de ropa
tu piel extranjera iluminada por el flash
más blanca que la pared blanca
blanquísima, levísima,
del mismo color de las catedrales
de tu casa de infancia
¿Quién tomó esta foto?
¿Yo, mis manos torpes,
un empujón de mamá,
un impulso de la vida, de la muerte?
¿Quién puso esta foto en mi sala?

Las profesoras

Homenaje a Nicanor Parra

Y como si los profesores no fueran desastrosos ya
yo tuve que enfrentarme a la terrible raza
profesora + monja
que nos volvía locas con sus interrogatorios
por quién se sacrificó Jesús
cuántos Ave María hay que rezar en la semana
cómo se saca un factorial
qué es un lente convergente
cuál es el mejor método anticonceptivo
qué se debe hacer después de ir al baño
por qué los poetas malditos están malditos
a quién pertenece la Iglesia

quién escribió el Cántico al hermano sol
qué significa *kyrie eleison*
qué es el Temor de Dios
nombre tres cualidades de las plantas
cuánto daño le hizo la homosexualidad al siglo XX
cómo murió Nietzsche
qué mató a Foucault

qué es un lente divergente
de qué sirve el óxido ferroso
acaso ocurrieron los falsos positivos
origen de la palabra ario
dónde vive el diablo
existen o no existen las brujas
existen o no existen las quemaduras de brujas

nadie diría que nuestras instructoras
fueran unas mentes brillantes
señoras con pocos conocimientos sobre ciencia
pero con una gran vocación evangelizadora
cuántos milagros realizó Juan Pablo II
quienes merecen el castigo de Dios
por qué los franceses y los alemanes se odian
por qué los muñecos son satánicos
cómo es el pulmón de un fumador
es primero la confesión o la hostia
qué ocurre si fumas mientras tienes el uniforme
qué ocurre si te besas con una compañera

quieres una estrella o una falla
cómo debe actuar una niña frente a los hombres
cuántos centímetros debe tener una falda
por qué el vih es la peor maldición
qué color es el índigo
está peor Colombia o Nigeria
por qué las mujeres provocan a los hombres
es preferible agarrar del pelo o cachetear a alguien
es el síndrome de down un castigo divino

cuántas brisnas de pasto hay en el mundo
cuántos granos de arena hay en el mundo

Colón descubridor o virtuoso
cuándo debe hacer silencio una mujer
qué distingue milagro de brujería
nombre los 46 libros del antiguo testamento
es mejor Cervantes o Shakespeare

por qué la violación es un mito
diferencia entre Juan Apóstol y Juan Bautista
diferencia entre Judas Tadeo y Judas Iscariote
capitales departamentales de Colombia
cuál es el río más grande
dónde queda la zona bananera
en qué región hay más guerrilleros
hay o no paramilitares en el país

cómo se despeja una ecuación
falso o verdadero
elabore marque con una x
desarrolle explique
rece

Canción de cuna para Billie Holiday

Estoy preocupada, Billie, por tu futuro.
No hay manera de que sepas esto, así que te explico:
Desde que nació existe la tecnología
y avanza a una velocidad de miedo.

Hoy, por ejemplo, escribo este poema en mi celular.

Lo que quiero decir, antes de que desvaríe
es que cuando vuelven a aparecer ante mí
mis videojuegos de infancia
apenas si los reconozco.

Lo que antes fue nitidez absoluta
una paleta de mil colores
se ha vuelto, para mis ojos del siglo veintiuno,
un cuadro con máximo tres píxeles

(los píxeles son los puntos más pequeños
que conforman una imagen ahora, Billie,
algo así como los quarks de las pantallas.

Pero tampoco sabrías qué son los quarks
porque los encontraron casi diez años
después de tu muerte).

Volviendo al punto: temo por tu destino.

No puedo negar que me cuesta ya escucharte
es difícil encontrar tu voz
entre la maraña de ruidos de una antigua
grabación de los años cincuenta.

Y si es así para mí, ¡imagínate lo que vendrá!

Toda tu tristeza, alguna luna azul,
las frutas que cuelgan del álamo,
y los veranos y las tormentas
comprimidas en un pixel,
en una partícula subatómica

en un zumbido como de mosquito.

Altazor

Seré pájaro, violondrina o goloncelo
y utilizaré las alas para caer de mi nido al infinito

Mi fuerza de atracción no será la gravedad, sino la muerte
e iré desprendiéndome de mí, poco a poco

Sin poder diferenciar entre nadir y cenit,
volveré a ese mismo nido donde nací
convertido en una bombilla delicadísima

Allí, calentaré un huevo del que saldrá otro Altazor
destinado a caer y luego a retornar
convertido en un cuerpecillo de vidrio ardiente.

Incisivo

Sé que temes que tus dientes se caigan
que tienes pesadillas y usas cubiertos
que no los utilizas para romper hilos
y mucho menos para destapar botellas.

Yo no soy así.

Con estos dientes mordí andenes,
probé polvo, arena, plastilina, metal.
Ellos me defendieron de todos mis enemigos:
carne dura, hermana o monstruo imaginario.

Ahora en el espejo veo sus cicatrices
tres bordes desgastados y una ranura minúscula
heridas cristalizadas.

Cada uno de mis dientes es una piedra tallada a pulso.

Daniela Cañaveral

(Medellín, 1994)

Estudiante de la Licenciatura en lengua castellana de la universidad San Buenaventura, Medellín. Lidera actualmente la revista de estudiantes Ágrafos. Perteneció hace tres años al semillero de investigación de la línea “pedagogía y lenguaje” de su universidad. Ha participado en convocatorias con la Alcaldía de Medellín, en “Mujeres jóvenes talento”, en el V encuentro Internacional Nadaista, y en el Festival Internacional de poesía de Medellín. Asimismo ha sido publicada en diferentes revistas literarias y académicas de la ciudad.

Sospecha

Sabernos perdidos y, sin embargo, creer ingenuamente que hemos encontrado las respuestas. Y no decir cuánta piel alberga el olvido, cuánto olvido acuna la noche; cuánta incertidumbre se esconde en la propia sangre; cuánto adiós bajo los nombres.

Cruce

No hubo tiempo ni hora que predijera
la esquina en rojo último
la sentencia definitiva
y todos los signos rotos

No hubo quién
trenzara los hilos de otro modo
ni poema que conjurara
el azar inclemente

No hubo ángel ni mano
capaz de tejer en los segundos previos
el peso y la continuidad
de otra vida

ni mirada que lograra esquivar
el ala súbita
al cruce de la muerte.

Morir-nos

En la boca la tierra y las flores
de lo que se va yendo

frío que muere por el centro

En la cabeza rostros
contra la pared del tiempo

Vida que te enseña a morir
como los arboles de pie
en la espesura,
a cantar silencio
cuando la noche
eclipsa al que sueña

Allí, agua de ceniza
que ahoga el aliento
de lo que va cerrándose.

Herencia

Nos pertenece
no la memoria,
sino la quemadura del tiempo

la señal que conduce al lugar
sin renunciás del instante

y después
el olvido.

Terminal

Con tanta premura abandonan la ciudad y todo sobre ella. Con afán se cierran sus maletines, pasos rápidos retumban, sillas vacías al retorno de lo que no vuelve. Tantas las miradas que se atraviesan con un adiós en el pecho, con lo callado, con lo que se ha ido desde hace tiempo y no lo advierten. ¿Cuánto abandono vive lo abandonado? Todo a la misma altura de quien respira: el regreso que no viene, terminal que no termina.

Kelly Jiménez Pérez
(Medellín, 1994)

Poeta, artista y Licenciada en Educación Artística. Trabaja como docente de literatura y desarrolla proyectos de ilustración y fotografía. Enamorada del teatro ha emprendido distintos caminos de formación y creación. Participó en la publicación de *Álgebra de estrellas*, una antología de poetas jóvenes de la ciudad de Medellín.

IV

A veces los días parecen más cortos y más extranjeros.
El tiempo mece nuestras manos
y en un soplo de luz y polvo
nos enseña los caminos de lo que aún no hemos podido ser.
Llenamos nuestros ojos de ceniza,
esperamos que las aves se lleven nuestras preguntas
hacia algún cielo lejano
o a la orilla del mar
para que nadie nos vea correr pequeños y asustados.
No saber si con pudor o desventura
olvidarás la historia de los hombres
o tu primer encuentro con la soledad,
con ese lugar diminuto
en el que querías ser ligera y libre de toda cosa.

XII

Soñar es pasar por el cuerpo las formas infinitas de un nombre,
olvidar las costuras y las cicatrices que día a día nacen en nuestra
[voz,
en la delicadeza con la que pronunciamos la vida.
Soñar es mirarse a sí mismo y negar las historias
que hicieron mujer a la abuela y a la madre,
despertarse y sentir que se es otra,
que se es mujer en una nueva tierra,
sin hendiduras, sin la herida del nacimiento.

XX

Nunca aprendí de la luz su eterna transparencia,
la forma como hace pequeños caminos entre las cosas y entre
[nosotros
apartándonos del naufragio.
Nunca aprendí a seguir sus pasos,
la dulzura con la que recoge del sueño a toda criatura y la
[engrandece.
Es la luz el signo de un nuevo nacimiento,
compañía silenciosa afuera de nosotros
en la que un dios suspira dormido y besa la tierra.

27

La lluvia y su caída siempre,
mi abuela arrastrando su vejez por el patio, queriendo dejarlo todo:
la ropa tendida al aire, el cansancio, un dolor ancestral quemándole
[los huesos.
Es por ella que te recuerdas en cada gesto,
en la lentitud con la que brota la vida de la tierra.

VII

Todos los días te llevan al balcón,
tus hijos cuentan tus arrugas y la inutilidad del gesto,
te quejas de tus pasos gastados,
y tu tardanza en llegar a ningún sitio.
Llevas allí tanto tiempo,
te fundes en el paisaje, y la maleza se cruza con tus venas.
Te miras desde lejos y la muerte te devuelve tu propia imagen.
Y es en ti donde se repiten todos los cansancios.

Jennifer García Acevedo

(Medellín, 1995)

Estudiante de Filología y Artes Escenicas. Poemas y ensayos suyos han sido publicados en diversas revistas y periódicos de su país y del exterior. Ha participado como invitada en algunos festivales internacionales de cine y literatura. Actualmente colabora con la revista Liberoamérica y es tallerista y fundadora del Encuentro de poesía León de Greiff en Fredonia, Colombia.

Este lugar de la luz

Dijo Saint-John Perse: “¡Muchas cosas sobre la tierra por oír y por ver, cosas vivas entre nosotros!”, y no se equivocó en decirlo, pues ¿qué vemos de las cosas, sino su sombra? Más allá del círculo que rodea los ojos, los peces son también navegantes de la tierra, y los pájaros sucumben en las cortinas del agua bajo vuelos giratorios. Posiblemente el viento contenga un olor más allá de todo, pero le asignamos el del vino, el de la arcilla, el de la sangre, el de la carne que hierve sobre la madera. No hemos sabido darle un olor a la ausencia, pero como es debido decimos: esa mujer olía a pan, los pájaros arrullaban su sueño, por tanto esa mujer olía a pan y a pájaro. Así disimulamos nuestra incapacidad para dar un nombre a las cosas que aún no lo tienen. En el lugar donde el árbol funda su patria, se escuchan los rumores del agua, los animales arrancando las semillas de las copas, el espantapájaros que calcula el trigo, pero en su raíz ningún sonido, ninguna galería de ruidos, aunque sabemos bien que ahí están. Un rey ciego debió habitar entre nosotros haciéndonos creer que lo visto y escuchado no era sino una vaga figuración del sueño, de ahí que ahora lo imposible solo desemboque en ese espacio de la vida.

Cosechando su oído, el hombre al que han llamado loco lidia con la angustia de sentir la voz de dios latiéndole en el oído izquierdo y ve el río cruzar sus manos lo mismo que las piedras. Debe ser que el círculo de su ojo está abierto, pero no puede decirlo y calla. Así en un lugar del sueño, la grieta de luz atraviesa los límites de la noche y nuestro ojo es ahora un gigantesco péndulo girando en medio de todo. Vemos entonces el alma del grillo cruzando el campo, los valles y las mesetas entablando diálogo con el agua, los buques que navegan sobre la hierba lo mismo que sobre un cúmulo de olas; escuchamos la voz de los hermanos muertos, la voz del animal doméstico, la voz del reloj que atraviesa los corredores. En este lugar de la luz, hemos aprendido a ver cómo regresan las cosas que siguen estando lejos.

Sonidos

Cada sonido que viene desde el fondo de la casa tiene la forma de un tigre caminando en puntas. El estremecimiento de las cucharas que caen indecisas sobre las losas, su contacto con el suelo que desencadena en la ilusión del vértigo. Aprendimos a recibir con humildad el sonido de las cosas más tristes: la llave sobre la cerradura, el rayo a mitad del día, las cajas de cartón en las que se inscribía demasiado pronto la señal de las mudanzas. Pero nunca supimos cómo retener el camino del cuchillo trazando un nombre sobre el vidrio, ni el golpe del portón tras la despedida del padre. En la cocina la madre custodia la caída, su papel es el mismo que el de un dios cavando su reino mudo en lo hondo del patio. Al igual que ella las mujeres de la casa aprendieron a rendir su homenaje al silencio, por eso nunca cerraron la puerta antes de la partida.

Setenta y cuatro veces

*El eco de ninguna voz toma la palabra
Y aclara con entusiasmo los secretos de los mundos*

Wisława Szymborska

Haría falta decir la palabra “tierra” setenta y cuatro veces, para entender la complejidad del mundo y su amplitud inquebrantable. Setenta y cuatro veces porque siete son los días que sumados a otros siete y en una sucesión infinita hacen la vida del hombre. Cuatro, porque es el número de horas que he tardado en entenderlo. He pensado en la tierra con la conciencia del bien y del mal, he recordado el instante en que vagamente caí al sueño y una mano pareció alcanzarme desde el fondo con su puñado de agujas imaginarias y conté con la suerte de desaparecer a tiempo. A pesar de todo eso, en esta hora, mi cuerpo se encuentra en buen estado, las cosas firmes sobre el escritorio, ninguna reclamación del cielo. Concluyo que ni el sueño, ni la conciencia de una cosa y de otra logran dañar definitivamente al hombre. Pero un número, un número ha bastado para poner sobre mi mesa la claridad e incertidumbre de todas las cosas, sin necesidad de atravesar la frontera para viajar a otro país, sin nece-

sidad de enumerar una tras otra las respuestas que el libro de historia me ha puesto por delante. Setenta y cuatro veces digo tierra y el mar se abre ante los ojos con la rebeldía de las cosas olvidadas, setenta y cuatro veces y en otro país bajo el sol se da inicio a una guerra, setenta y cuatro veces y veo a las mujeres llegar a sus aldeas con su misma carga de todos los días. Todo se ajusta a una cifra hecha a la medida de las casualidades, pero la realidad exige vivir cada cosa antes de dar testimonio de ella, no es conveniente intervenirla aunque haya signos y señales, más oportuno abrir la jaula de un pájaro y decir: “Esto es la libertad” aunque en el nacimiento hayamos tenido la única prueba de ella y no nos diéramos cuenta.

Inutilidad de los espejos

Un hombre será siempre un hombre, no importa cuántos espejos le sean puestos en frente. Aún si creyera ver su rostro en ese otro que lo mira, nada habrá que lo compare o lo iguale, pues sólo uno será poseedor de la memoria, sólo uno sabrá nombrar la mañana y los abismos, el otro tendrá el fantasma de la voz. A uno le será permitido sentarse bajo un árbol a calcular las piedras y saludar a los demás hombres, el otro aparecerá a la hora asignada, generalmente en la mañana, momento del día en que más se requiere de un espejo, y estando allí repetirá los gestos de quién está en frente, creará reír o hablar, pero sin ser dueño de la palabra. Cómo será de lastimosa su imagen bajo la tormenta, con la brusca aparición del agua que no puede tocarlo. Ya sabemos que tiene como única función la repetición infinita, postrado ante la belleza o fealdad más absolutas, condenado a morir con la muerte de otro. Una clara noción del sometimiento, una frontera fijada de forma involuntaria. Mañana alguien se mirará en el espejo, levantará la mano izquierda, pero en su lugar verá a la derecha levantarse. Sólo cuando eso pase será posible decir que los espejos han cumplido su función útil: Contrariar a la realidad.

Estudios sobre el azar

Todos están convencidos de que la suerte es producto de una cosa que no es el azar, pero se le parece. Están demasiado cerca como el tiempo y la eternidad, solo que de lo primero ya se han dicho muchas cosas y lo segundo representa una verdad en la que casi nadie cree. Si un hombre apunta con su escopeta hacia un terreno vacío, esperando encontrar algo, y cerca suyo cae un pájaro que nada ha tenido que ver con la bala, lo llamamos azar; pero si el mismo hombre apuntara hacia una piedra y justo en el momento del disparo una hiena se atravesara y fuese derribada, diríamos que para él eso habría sido la suerte. En ambos casos la muerte representa la alianza entre una cosa y otra.

Que se haya cometido o no el crimen nada tiene que ver con el azar, sino con la conciencia del hombre que no está satisfecho de como vive. Estoy más cerca de creer que este juego de la vida ha sido siempre una premeditación; las jarras de agua que fueron puestas sobre la mesa en el momento justo de la sed, el niño que cruzó la calle cuando el terrorista lanzó la bomba, el anillo que se rompió antes de entrar en el dedo, el bostezo del hombre que asistió a ver “Carmen”, y así, la infinidad de todas las posibilidades. Debe de ser por elección nuestra y no del azar que un día caminamos hacia el final de toda luz, sin que ninguna conspiración secreta haga su juicio para salvarnos. Después de todo, cada quien elige el modo y el momento de irse, aunque un golpe del cielo revele que ha sido a destiempo.

35 poetas cubanos
nacidos a partir de 1980

“Cartografía insular”

(D)escribir la Isla, (re)vivirla con las venas nutricias de la poesía, arte primero en el imaginario de nación, es un ejercicio de sacrificio y riesgo. Hay una actitud de ofrenda en el que entrega a los otros su voz adolorida, movida por las hendiduras que cuarteán el paisaje humano de un individuo o de un país. Hay una inclinación a la aventura en quien se expone a intentar un mapa con esas líneas disueltas, fugaces, en ocasiones, de escaso tiempo de cocción, que apenas esbozan un cambiante panorama.

Los 35 autores cubanos que accedieron a tiempo a este llamado, ilustran la pujanza de una poesía que palpita con exploraciones y juegos de recién nacidos unos, con madurez prematura otros, todos con suficiente fuerza para golpear sin estridencias las puertas y entrar a escena iluminados. Muestran en conjunto los diversos tonos y modos de la escritura poética que se realiza hoy en el país. Aunque nuestra literatura está haciéndose también fuera de Cuba, desde cualquier latitud del orbe, el criterio de búsqueda en esta ocasión, implica a voces que se pronuncian desde adentro, desde disímiles rincones de la geografía nacional en el momento del corte - amén de lo maleable y efímero de esta realidad removida a diario por la diáspora incesante.

Muchos nombres faltan en este boceto imperfecto. Determinaron en el sesgo las lecturas personales de las obras en crecimiento, ya sedimentadas o en ebullición, de esta hornada poética. La impronta del número cerrado, la urgencia de la convocatoria y la rapidez de la respuesta, incidieron también en el cierre.

Los aquí presentes llegamos a la vida después de 1980, los primeros, en la época abundante de lactancia soviética que pocos recordamos de la niñez, otros durante el destete atroz de las utopías paternas que cayó sobre la cuna de los últimos, ya entrando los 90'. A todos nos

aúna entonces la sensación de descalabro, de pérdida o caída que heredamos del desaliento de nuestros padres. La frialdad hasta el cinismo, el desempacho en el decir enarbolando por verdad la palabra cruda y dura como la realidad misma, la amalgama de la imagen local con los fetiches nuevos del siglo; la relectura crítica de la Historia patria o universal mediante la historia en crisis del espacio familiar e íntimo, son los recursos más filosos de estos rebeldes, sin otra sierra por tomar que el espacio cotidiano de sus vidas.

Se ofrece un registro plural de voces deshilachadas, sin pretensiones de ensamblar coro alguno, sino más bien, aportar con timbre propio, su solo en el concierto. Estas coces de bestia herida, estas mordeduras en la carne del país, estos balbuceos y estertores en el umbral del milenio, trazan una cartografía incompleta, pero vívida; un mapa que muestra las ondulaciones en una zona del paisaje lírico cubano, capaces de (re)mover con desplazamientos telúricos la literatura nacional. Bienvenidos los ojos del lector que en la poesía busca espejos de su tiempo: quizás halle en esas catarsis, las causas o consecuencias de las convulsiones de nuestro siglo.

Yanelys Encinosa Cabrera

Yanelys Encinosa Cabrera nació en Bejucal, Mayabeque, en 1983. Poeta, ensayista, promotora cultural. Licenciada en Letras. Es Miembro de la Asociación Hermanos Saíz y de la Unión Nacional de Escritores y Artistas. Ha publicado los poemarios *Del diario de Eva y otras prehistorias*, Premio David en 2007; y *(Des)equilibrios y una cuerda para asirse*, editado en Puerto Rico en 2015. Compiló la antología *El libro verde* para el Festival de Poesía de La Habana. Poemas, artículos, ensayos y reseñas suyas aparecen en numerosas antologías y revistas dentro y fuera de Cuba. Ha coordinado los Encuentros de Jóvenes Escritores de Iberoamérica en la Feria del Libro de Cuba. Dirigió la Casa de la Poesía. Dirige el Centro Hispanoamericano de Cultura. Es guionista del programa televisivo *Papel en blanco* de Canal Habana y Cubavisión Internacional. Emprende el proyecto cartonero Costanera editorial.

Idiel Alberto García Romero
(Villa Clara, 1980)

Poeta, narrador, editor. Ha publicado los libros de poesía *Los días de mi muerte*, *El jardín de las delicias*, *Cementerio de sombras*, *Manual de las ilusiones*, con el que obtuvo el Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara en el 2014. Por *El sueño de vivir*, mereció el Premio CubaPoesía - Eduardo Kovalivker en 2017. Cuenta además con las novelas para jóvenes *Déborah y las abejas* y *¡No soy un héroe!* Textos suyos aparecen en las antologías *Faz de tierra conocida*, *El árbol en la cumbre*, *Estos poetas del milenio...*, *Lenguas de marabú*, etc. Ha obtenido el Premio Nacional de Cuento César Galiano 2011; el Premio Nacional de Reseña Crítica Segur, 2012; el Premio Internacional de Poesía Ángel Ganivet, en Helsinki, Finlandia, en 2012; entre otros. Es egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Fue Presidente de la Asociación Hermanos Saíz en Villa Clara.

Salón de operaciones

Vivimos en un tiempo absolutamente moderno
tiempo de la sordera y el clic
detrás de la espléndida pantalla hay una boca
y un pequeño monstruo en tu bolsillo
cuídate de lo que ves y lo que escuchas
vivimos en un mundo que no es nuestro
pasan las utopías convertidas en un juego
pasan los héroes por la pantalla de un iPod
pasa el hombre libre y pasa la mujer reivindicada
feminista y hermosa por un cable de fibra óptica
enterrado en la tierra de los sueños

deja tu corazón en el armario
y entra de una vez al hospital

encima de mi casa hay una puerta al paraíso
entrar allí es barato y democrático
(aunque no tan barato ni tan democrático)
aquí mismo en mi mesa de noche está la entrada
de Babel y de Dios y está también la salida
este sitio no existe y sin embargo existe
si vas a entrar en él puedes vaciarte por dentro
o si lo prefieres podrías no existir para existir

deja tu cerebro en el armario
y entra de una vez al hospital

los sueños son apenas un sueño en el insomnio
y el insomnio es un sueño y el hombre ya no duerme
velan la noche esbeltas mujeres bidimensionales
/en la pantalla de Apple
doy clic espío sus movimientos
sus orgasmos virtuales sus estremecimientos

me olvido del preservativo y de la píldora
porque nada hay como ser un hombre
/de la era virtual

entra de una vez al hospital
donde serás operado de ti mismo

soy un hombre moderno afortunado:
tengo un dominio en Internet con una foto
donde mi juventud parece joven todavía
he llegado a los cinco mil amigos virtuales
me siento en mi silla reclinable
para mirar las piernas de Leticia Casta
y viajar con ella por el cielo estelar de la pantalla
nuestro cielo moderno de la felicidad

entra de una vez al hospital
la amputación será indolora
el corte
será limpio.

Contra los poetas

Estoy harto de los poetas
sentados sobres sus nombres como reyes dormidos
tan ególatras tan fingidores
unos con las armas enfiladas hacia el prójimo
buscadores de un agujero en el cual derramarse o distraerse
otros fundando grupos con el cerebro sexual del pene
que imprimen a sus jergas una violencia de baja estafa
sensacionales y baratos como el pan diario
con su eterna vocación de víctimas
o de agresores del orden los poetas sí
tan caros vendiéndose por un salario mísero
a las putas chilenas angoleñas inglesas brasileiras (o al estado)
sin que les importe un bledo su condición de sujetos reprimidos

su insuperable sentimiento de isla
con su delirio de grandeza cada día más grande
entre todas las cosas no soporto la solidaridad de las poetas
capaces de hacerse el amor unas a otras
con sus labios pintados como putas sin hombre ni salario
estoy harto de los clásicos inmóviles
fundidos sobre la fundación de un sublenguaje
o de una élite eleata y analógica
llenos de frases hechas y filosofías gremiales
no soporto a los poetas románticos
muriéndose por la puta que los somete
y los echa en el tacho de la basura
frágiles como hijitas de papá
los poetas me dan escalofríos
cuando posan en los carteles del poder y de la fama
y se pintan los labios para que el vulgo les dé su voto
tan hijos de sus madres llenándose el corazón de alimañas
me aburren los poetas humanos
como me aburrieron un día los políticos humanos
que el tiempo volvió perros y lobos
los poetas son peores que la lepra
porque siempre acaban traicionándose
se hacen las víctimas de esto o de lo otro
me dan asco cuando se paran en público
y ponen cara de circunstancia
se ajustan los espejuelos y dicen «yo soy»
como si dijeran «jódanse»
los que parecen no ir jamás al excusado
y los que confunden el excusado con la página
no soporto a los poetas canónicos
y si no estuvieran muertos los mataría yo mismo
/sin contemplación
pues el fuego de la muerte es el poema mayor
me dan pena los poetas moribundos
que escriben poemas a la muerte
como si ya no fuera suficiente con morirse
como si a la humanidad no le bastara con usureros
contra los poetas escribo este poema
contra los poetas que se sientan sobre sus caritas de ángeles

contra los que se hacen los locos
y los que se las dan de figuras de feria
y los que se sientan a hablar mal de otros poetas
contra ellos escribo
contra ellos la vida levanta sus días veloces
contra ellos prende la nieve su palidez ardiente
contra los poetas el tiempo transcurre a toda máquina
estoy harto de los poetas que hacen del poema
una guerra un ring una cuerda floja
pero los que más me atortolan son los otros
los que llevan vestiditos rosados
en sus almitas verdes de loritos inofensivos
qué lastimeros los meros poetas maromeros
escondidos en el juego fatuo del verso parapléjico
y esas niñitas semiputas hombrunas
llenando páginas y páginas de vaginas
y fluidos con sus caras de moneda gastada
es absurdo lo que han hecho de la poesía
los poetas en función y los difusos poetas fabricados
que agreden con sus piedras a medio hacer
cuyos libros se pudren merecidamente en el hielo del polvo social

estoy harto de los poetas
no quiero ni mirarme al espejo.

Edificios

El buen arquitecto de su tiempo
levantó un edificio muy alto
más alto que el edificio
que en otro tiempo había levantado
otro buen arquitecto de su tiempo

el edificio fue habitado
por gente de su tiempo
gente humilde de un tiempo humilde
como siempre es el tiempo presente

pero el tiempo presente pasó
y el tiempo futuro pasó
y pasó el edificio que había construido
un buen arquitecto de su tiempo

todo pasa /incluso la altura
las cosas que siempre nos parecen altas un día
al día siguiente las vemos perder altura
/cuando no derrumbarse

¿a lo largo de mi corta vida
apenas treinta y tres años
cuántos altos edificios no he visto pasar de moda
es decir /de altura /y cuántos más
no he visto ya derrumbarse?

en su lugar nuevos edificios
se han alzado como apéndices
sobre la vieja altura breve
de la memoria de los otros

yo que no soy un buen arquitecto
también construyo mi edificio
construir es la ley del arquitecto

la ley del buen arquitecto
es sobrepasar la altura de su tiempo
construir para que el tiempo futuro
se levante brevemente sobre él.

Yuslenis Molina Rodríguez

(Las Tunas, 1980)

Poeta, actriz, promotora cultural. Autora del cuaderno de poesía *Razón del labio*, publicado por la Editorial Sanlope, en 2007. Ha obtenido reconocimientos como los Premios Décima al filo en la edición de 2006 y el Premio Ala Décima en 2007, con la obra *Naufragio*. Es integrante del grupo Ala Décima en cuyo sitio pueden leerse poemas y colaboraciones suyas. Participa del colectivo creativo Ediciones EncaminARTE, editando y diseñando algunos de sus libros. Como actriz ha realizado trabajos de proyección comunitaria para diversos públicos, en hospitales pediátricos, oncológicos, centros escolares, círculos de abuelos; así como performances e intervenciones públicas en centros culturales y eventos internacionales como Festivales de Poesía de La Habana, Ferias del Libros, entre otros. Como promotora cultural ha gestionado proyectos para el Centro Provincial del Libro y la AHS de Las Tunas.

Camino a la destrucción

Apenas comienza el día
en que empiezo a morir
y hay muy pocas señales
de apoyo.
Debía ser un día importante
a lo cual, todo preparado.
No está la guillotina
aun no veo la soga
ni el frasco con cianuro.
El pacto firmado con la parca
no está sobre la mesa.
¿Alguien olvidó
que hoy comienzo a morir?
Igual, despídanse...
Porque solo mi cuerpo
andaré entre ustedes.

Titanic

El crucero de la muerte
zarpó de mi puerto.
Cuántas vidas marcan la ruta.
En la proa
una daga no escucha
sin clemencia hace justicia.
A ciegas el timonel avanza
no hay quien lo detenga.
El crucero lleva una coraza
hecha de rencor y venganza.
Ningún iceberg raya el blindaje.

Primer acto

Los bufones hipócritas
sostienen la sonrisa mediocre
para que el mundo viva feliz.
No saben que llevo un bufón dentro.
Se pasean haciendo piruetas
llenos de colores
con zapatos inmensos.
Los bufones sonríen
y en cada aplauso del espectador
una lágrima espera
llegar a su almohada.

Salto al vacío

Estoy a punto del salto
Y saltar no es reprimirse o desgarrarse.
Estoy en el borde de la palabra
Y hago acrobacias para no decir.
Entre dos puntos,
La cuerda floja
El salto.
Trampolín y trapecio disputan mi caída.
Payasos para llorar
Magos sin trampas.
La cuerda floja ante mí;
Como equilibrista un rinoceronte.
León que espera la santa cena
Y estoy a punto del salto
Agua o roca.
Catarata es accidente o belleza
Balcón de sueños o vértigo
Realidad infinita para no callar.
Cascada rompe
Niágara se viste de dudas
Y empuja al salto.

2012
Destrucción
Vacío que rompe
Ata a una condena
Fuego consume vida ordinaria
Hielo inunda las soledades.
Armagedón.
Caos vuela
Y el salto al vacío
Cuentas 1,2,3,
Es tu primer salto
Paracaídas demora
El cuerpo cede
Muchos metros por segundo
Descenso total.
1,2,3,
Estoy a punto del salto
En el borde de la palabra
Y hago acrobacias para no decir.

Rey o caballero

Tengo un silencio esta noche
la tele amanece otra vez...
Qué invento para desnudarte.
Un caballero dibujó mi sonrisa
y me juego las palabras
por un puñado de naipes...
Trébol y diamantes
corazones y espadas.
Manga que guarda
la última jugada y sonrío.
No tengo más armas que mis ojos.
Desconfío a ciegas
mi última carta demora el pacto...

Anisley Miraz Lladosa
(Cienfuegos, 1981)

Narradora, poeta y artista de la plástica. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Graduada de Diseño Gráfico en la Academia de Artes Plásticas Oscar Fernández Morera de Trinidad. Colaboradora del Proyecto Búlgaro Mi calle y fue compiladora del libro de historias cubanas *Tras las puertas*. Ha publicado los cuadernos de poesía *Un ruido que nadie entiende ahora*, *Proyectos para un día en la Isla*, *El libro de la salvación*, *El filo y el desierto*, *El reino de las leves criaturas*, *Runas de papel*, *Anfiteatros*. Cuenta además con los libros de literatura para niños y jóvenes *Hadas en la cornisa*, *Todos los árboles llegan al cielo*, *Un bosque para los árboles*, *El almendro de las memorias* y el volumen de cuentos *Humo sobre agua*. Poemas suyos aparecen en antologías nacionales e internacionales, como *The café review*, *Nosside Caribe*, *La isla en versos*, *Cien jóvenes poetas cubanos*, *Queredlas cuál las hacéis*, *Jóvenes Poetisas Cubanas del Siglo XXI*, *El árbol en la cumbre*, etc.

Energía que mana del aburrimiento...

A mi madre le duelen los dribleos.
¡Tres!... José Ernesto arroja la pelota.
La pelota contra el borde de la canasta,
la cabeza de mi madre contra el borde de la canasta,
el silencio de un imposible engole.
José Ernesto recuerda la isla.
Tipúlidos que muerden, que carcomen,
mi madre le explica a José Ernesto.
Pero no importa el orden.
No existe el infraorden.
En vano mi madre le habla de *neopteras*,
de *hexápodos* y artrópodos,
en vano le prohíbe atravesar el patio,
jugar al solitario en la explanada muerta.
En Moxico las madrugadas roen, cuecen.
Y cuando es madrugada, pelotas golpean la canasta,
la cabeza de mi madre golpea la canasta.
¡Diez!, José Ernesto juega al solitario.
Mi madre inmortaliza
albores que siguen sucediéndose,
engoles improbables,
cabezas redoblando en la planicie muerta...
(No hemos visto siquiera el río Luena,
ni vivido un minuto sin enjambres,
un lapso sin desierto).
¡Duele!, dice José Ernesto y recuerda la isla.
¡Duele!, repite mi madre,
y deja ir sus pastillas
masticando otra lágrima.

La Venus implacable mira a los lejos
no sé qué con sus ojos de mármol...

A veces Tony viene a la hora de comer
y se sienta en la mesa, silencioso.
Muerde la misma manzana,
la del centro de mesa,
y recuerda el arsénico en sus semillas.
Y recuerda
que aunque haya sido utilizado
por Dioscórides y Plinio,
Paracelso y Da Vinci,
Roger Bacon y Brandt,
el arsénico puede matar a muchos hombres.
Silencioso, de vez en cuando ríe,
solo de vez en cuando,
con una distancia infinita
disolviéndose en su estómago:
una semilla de manzana
puede ser tan grande, tan grande,
como un país.

Naturalezas puramente contemplativas...

El *goémon* divide las parcelas...
dice mi amiga en francés, en inglés
y con buen acento mediterráneo.
El *goémon*, afirma en tres idiomas,
son sargazos que las olas repelen
y que lanzamos una vez y otra vez
como basura.
Yo miro el *goémon*
acumularse en los bordes de la isla
y a mi amiga llorar extrañamente.

Quizás recuerda que en su país el frío no acaba;
pero en su país el *goêmond*
que aquí todos maldicen y aporrean,
acomodado en sembradíos,
cuida que no se entremezclen las legumbres
y que puedan crecer siempre jugosas,
definitivamente espléndidas.
Mi amiga solitaria
vive en un palacio frente al mar,
y viene al mar de mi país
a contemplar como pateamos sin dolor
toda nuestra reserva de algas pútridas.

Basura cuidadosamente elegida...

Antes del convite,
la amiga de mi madre bailó con los angolanos
y trató de aprender su danza tradicional,
como si estuviera en el Carnaval de *Vitória*
Pero
era una catedrática dentro de un continente,
era una extraña como todos...

En el convite,
la camarada de mi madre bebió licor de ananás
y se instruyó en la cultura de desierto,
un poco por placer:
era una brizna dentro de la galaxia,
era una refugiada como muchos...

Durante el convite
guardó carne en su bolsa de siempre:
gamuza de Benguela,
elefante de Uige,
cebra de Bié:
era nada sobre nada,
era tan infeliz como los otros...

A los ojos negros de los estudiantes negros,
después del agasajo dirigió su discurso
en algo parecido a una lengua muerta,
y se despidió como si pudiese volver alguna tarde.
En el condominio, los días que siguieron
fueron mejores días,
gracias a los restos de carnes de Bié, Uige y Benguela
que ella, un poco menos triste que mi madre,
cargó del agasajo en su bolsa de siempre.
Pero los amonestaron,
como si les fuesen a suspender el pase
o a dejar castigados
con el Océano Atlántico dentro de la cabeza.
Reprendidos, increpados,
con el Océano Atlántico dentro de la cabeza,
como cruzar la frontera del mundo
para volver al mismo pedazo de pared
frente al pelotón de fusilamiento.

Jamila Medina Ríos

(Holguín, 1981)

Poeta, narradora, ensayista, editora. Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha publicado los cuadernos de poesía *Huecos de araña*, por el que obtuvo el Premio David en 2008, *Primaveras cortadas*, *Del corazón de la col y otras mentiras*, *Anémona* (con ediciones en Santa Clara, 2013 y en Madrid en 2016). *Por el País de la siguaraya* recibió el Premio Nicolás Guillén en 2017, y tiene las antologías: *Traffic Jam* (San Juan, 2015); *Para empinar un papalote* (San José, 2015) y *JamSession* (Querétaro, 2017). Como narradora cuenta con los libros *Ratas en la alta noche* y *Escritos en servilletas de papel*. Por el ensayo *Diseminaciones de Calvert Casey* mereció el Premio Alejo Carpentier 2012. Ese mismo año alcanzó la Beca de Creación Prometeo de La Gaceta de Cuba. Preparó la selección Poesía cubana actual, publicada en el número 183 de la revista Punto de partida de la UNAM, en México.

Estigia

Febrero y no octubre rojo / novilunio y no noviembre y no domingo
(sangriento).

Desde Petrogrado la prolongación de las riberas: / Trotsky bajo la
metralla

la Guardia Roja, soldados y marineros/ (no confundir con el Ejér-
cito Blanco,
con el Ejército Verde, con el Ejército Negro)/ contra los cadetes y el
batallón de novias

de la muerte/ cuidándose de preservar las paredes verde claro del
Palacio de Invierno
el Campo de Marte dragado muchas veces por la flota/ –Lenin

inmerso en las Tesis de Abril–/ para enterrar a los combatientes de
la revolución
–Lenin volviendo a una ciudad ahora llamada Leningrado–/ Rusia,
1940 polacos

velados/ bajo los abetos rojos de Katyn/ Trotsky con frío en la fren-
te abierta
por una pica/ Leningrado con el pan y el presupuesto recortados/
quemando

sus casas de madera pero nunca sus árboles/ premiando la conser-
vación del verde bajo el cerco:/ enmascarados por los pintores:/ la
fábrica Kírov como un macizo

forestal/ Smolny como un enorme claro en el bosque/
Rusia, 1945 alemanas desfloradas *sobre la marcha*/ y a cambio sus
hombres exhibiendo

sobre las ramas, en *el camino de la vida*/ la polacada sangrante del
verano
intactas sus venas por el hielo./ Maniluvio:/ la boca de esta mucha-
cha japonesa

envenenada/ *huele a violetas*/ a violetas las casacas/ la besaron los
ingleses
la besaron los franceses y los rusos/ pero *la sangre solo huele a sangre*

aunque reguemos abundantemente las palmas/ de las manos
dos mil veces en *la penumbra tibia de la casa real*/ o haciéndolas correr

por *las riberas* de la Estigia, *florecidas de loto*/ que son una infinita y
sola ribera larga como una longaniza/ rosa como la herida de las
violadas. //

Un cuerpo propio

Surfeando en internet/ rumbo a mi *blog*
con ganas de exhibirme y de exhibir
mi *fitness*
hago el calentamiento/ abriendo *windows*
donde alternan feministas con *starlets*:
Linda Lovelace/ Belladonna/ Moana Pozzi
Océane/ Katja/ Tabatha Cash
y otras morenas de la vieja guardia
jugando al Hot d'or
tomando el té a través de las persianas
con Marilyn Chambers y Annie Sprinkle
de-gabán-abierto
diestra en sus malabares/ con los adminículos
de toda buena sesión
de hidromasajes.

Previo a los días de examen
¡qué prisión concentrarse!

Así que sentadita/ como la anguila eléctrica
me doy *electroshocks* con fragmentos de porno
y envío *twitters* a mis fans
con el telégrafo del barrio:
«Estoy solita en cas/ma
muerta de abulia estoy/ detrás de la puerta verde».

He aquí mis remos/ mi dedal/ mis herramientas
en la estación de bombeo/ mis hermanas de tránsito:
a nado las pedí prestadas.
Si yerro y me embarazo/ en las pruebas de campo
también sacan sus fórceps y sirven de parteras
unguéndome a la vez/ con su jalapa fría
para que el grumo escape comodito.

Desde 1963/ con la medalla del anticonceptivo
desde 1971/ cuando firmé con las 343 guarras
para sacar a la calle (con sus gafas de lujo)
mi abortico doméstico
yo me siento liberada/ yo me siento ciudadana
yo me paro de noche en las guaguas vacías
para darle el asiento al conductor.

Huerto

El útero
—con toda su carga simbólica—
pinzado
por patas agrulladas
de tijera:
incomparable con un brazo
con un pellizco en un brazo
incluso incomparable con la boca
una mordida en la boca.
El útero
abierto a recibir la sombrilla-medusa
el paraván tentacular
como la espina dorsal de algún pez frío.

Para qué abre una mujer las piernas
frente a la lengua dura del espéculo
y hace poner AHÍ una cortina de hierro.
Acompañada por la música del amolador de cuchillos
la mujer afila la filigrana de su locura
sexar sexar sexar
cerrar abrir serrar
el pasadizo de la respiración
tensar los límites del gozo
llegar al borde negro.
La madre extraída de la puta
con la extirpación del huerto
la mujer-la ye(r)ma
abierta-diluida
a recibir sin peligro la babaza
como un hoyo en la arena.

Por la tarde –en la tarde desmayada–
cuando el útero va regresando a su matriz
como un cesto tejido de moluscos
aun sabiendo que no puede ejercitar los miembros
la mujer se abre provocando a entrar.

Qué desacompasado el pulso del amante
cuando penetra y cede
la seda roja del himen.
Qué despreocupado ahora
–el cuello torcido del útero
sellada la boca fría–
seguro
de que no habrá brazos que lo jalen.

Cuando la lengua de la medusa empieza
su cosquilleo indefenso
el amante todavía sonríe con la cabeza erguida
y pega dentro –amordazando–
con el pez martillo/ con el pez serrucho/ con la mano abierta.

¿A las puertas del huerto
quién se atreve a llamar
con ese golpeteo sordo?
Tanteando
 sonrojada
 alrededor del bálano brillante
 —como el hígado crudo
 como el hígado rojo—
 retrayéndose
como una anémona asustada
la sombrilla
acompañada
clava y enseña las varillas
lame
y sangra
se apoltrona
y muerde.

Matanzas Bay

Como una jaula de pájaros sin pájaros, dos días antes del cumpleaños. Mochila otra vez a las Matanzas. Medias caladas contra el viento norte y una pareja inseparable de jirafas, ador-mecida en el fondo.

Paseo Martí. De blanco y negro como una vieja foto. Pañuelo de cuadros enrollado, avalancha. Viendo pasar a izquierda y a derecha una dresina. Filmándola. Bajando a gatas a buscar el paliacate. Hasta los rieles.

Escritos en la mano los asuntos (una bandada de golondrinas ligeras) para llenar el día de un celofán de cháchara. Y el pico del pelicano de las conversaciones graves cayendo a carenar cuando se fue la última. ¿Volverás, volveré? ¿Volveremos a ser Matanzas Bay?

Guagua hasta el extremo desierto de la costa. Sobrepasar la termoeléctrica, el punto de control, una caseta de teléfonos volcada. Sonrisa cloqueando por el gris asfalto. Y a un lado y otro: piñas de pino, barrio de cercas de madera. Y a la derecha: atajos hasta el mar (y sobre el mar). Cavada en roca la piscina AL FIN. Entreabrir de los dedos: ramo, esclusa, llamarada amarilla en el vacío. Flaaaaash.

Cámara lenta: mi mano, el frío, tu zoom sobre las flores, tu paciencia china para pintar pequeñas alegrías en el aire. Morderme la lengua para no decir: *Llevaré esto rayado en la retina; ¿no ves que somos lo que ves?* El mar rodeando el ramo. ¿Querrá casarse el mar? ¿Con quién, de quién, a quién?

Conchas prehistóricas, esqueletos de estrellas horadados en piedra. Miraditas, amagos, suspirar. Dienteperro punzante y las pieles juntadas sin importar llovizna, sol, espuma reseca de la melancolía. *Precioso...* Gemidos. *Preciosa daga...* Zorro de rieles. Zorra de vía. Vaivén convulso de la dresina atrás y adelante... hasta perderse en un recodo. Hasta hacernos creer que-sí-que-no que-sí-que-sí que-no vendrá que-no se irá. Con este frío ni muertos en el agua. Apretujarse. Labios, lenguas, (em)be(le)sos. Humedecerse, remojar las puntas de las yemas, salivar, tragar en seco, negarse-darse, me(re)cer. Balanceos, seseos... embestida.

Después la bruma. Las golondrinas idas/ flor de sangre en el pecho del pelícano. Matar el hambre (es un decir). Regresar con sed. Volver a nado a ras del agua como sea. Uno mirando al frente y otro mirando atrás. Una de dos. Manos tomadas pero la rosa apenas. ¿Vendrá el deseo que marca (lomo abrasado de res) en medio de la noche (estómago girando: retorcido en el disco del teléfono)? ¿Caeremos irremediablemente atropellados en mendicante balbuceo? ¿Podrá la lu(cide)z en madrugada volver de la vorágine de algas?

Hay días que el corazón logra calmarse y no pensar constantemente; días en que es mejor (como engañados) sortear la boca-de-lobo de las minas de lágrimas. Repaso y recorto negativos: Matanzas Bay, el mar besaba el ramo, el sol tu pelo y yo colmada (como encinta) de una seguridad inapelable: un nosotros, un siempre (sin The End). Pájaros, cola de zorros, jirafas... amancebados, muertos de miedo pero salvos: arca, diluvio, milagro. Boda invisible bajo el cielo fue aunque no dije. La esclusa era el anillo y la estela amarilla mi dedo (mi garra de paloma) entrando al agua. Yo te tenía y el mar quería también su jaula.

Yansy Sánchez Fernández
(Santiago de Cuba, 1981)

Poeta, profesor y crítico literario. Licenciado en Letras. Autor de los libros de poesía *Té para los bárbaros* y *Maldita sea*, con este último obtuvo el Premio Pinos Nuevos en 2006. Recibió ese mismo año el Segundo Premio Mangle Rojo y Mención en el Concurso José María Heredia. En 2014 le fue otorgada la Beca de Creación Prometeo de La Gaceta de Cuba, por el conjunto de poemas *Diálogos de un hombre con su alma*. En 2017 mereció Mención en este mismo certamen por *Los límites temporales* y en 2018 se erigió con el Premio de Poesía de esta revista por *Mala praxis*. Figura en antologías como *Cuatro rostros de la palabra*, *Para subir al cielo*, *El árbol en la cumbre*, *La calle de Rimbaud*, *Las ondulaciones permanentes*, entre otras. Poemas y artículos suyos aparecen en numerosas revistas digitales e impresas. Ha ejercido docencia en el Instituto Superior de Arte y en la actualidad en la Universidad de Oriente.

La tala

La tala indiscriminada ha llegado hasta mí. Yo tenía en mi cabeza un árbol como tener la razón. Yo tenía la razón hasta que la tala indiscriminada me hizo perder la cabeza, perder el árbol que era mi razón de ser. Mi madre decía que no sembrara árboles en la cabeza, porque terminan por crecer y hacerse tan visibles, que alguien de seguro querría aventurarse a derribarlos. “Los árboles, hijo, se siembran en la tierra, como los hombres”; pero aquel era tan lindo, tanto lo celebraba, tanto, que fue creciendo, creciendo, hasta que se hizo extraordinario, y duro contra el árbol no se hizo esperar el talador, duro contra mi cabeza hasta que por fin cayó y fue grande mi ruina.

Perro negro a plena luz

En medio de la carretera, insalvable el perro, insalvable, fracturas en la vertebral, mi ocurrencia reconstruía su cadáver. La masa informe aún sugiere animal voluptuoso. Qué pena para esos automóviles a gran velocidad que no lo hubieran visto, qué pena; pero cómo justificar el topetazo, a plena luz, con toda esa anatomía sugiriendo el pare. Cualquiera, a la verdad, puede quedar en blanco unos segundos. El chofer quizá nunca quiso matar a un animal. El chofer, que aprende también por referencia, se impedía vengarse de un amigo. Le habrían dicho quizás: esto te arrancará la rabia, mijo, sería para ti una limpieza, le habrían dicho. El chofer que aprende también por referencia, prefirió quedarse en blanco frente a aquella aparición, el perro incólume en medio de la vía: su chivo expiatorio perplejo a plena luz, frente al claxon y las velocidades; el perro, que nunca aprendió por referencia, pagó su aprendizaje con la vida.

Mala praxis

Por alguna razón siempre asocié los kimonos a la guerra. De pequeño, en el justo momento de combate, me vestían de un ejemplar para principiantes. Conforme a mi destreza cambiarían sus colores, conforme a mi adicción, recalcaban, para el arte de golpear sobre el tatami. Nunca tuve un kimono color negro. Albergó desde entonces alguna frustración: “¡tú no sirves para esto, muchacho!” , las palabras del maestro con su negro kimono restallante. La verdad, experimento cierta emoción, una secreta afinidad por los que van de negro hacia el combate, tan bellos. Me divorcia la emoción por los kimonos de los golpes recurrentes del maestro. Propinar contra el maestro un golpe y una linda margarita a los que van de negro hacia el tatami, tal vez así conciliaría; pero no pude. Dar contra el maestro un golpe no pude, frente a su negro kimono color negro no pude, frente a su amplio cabello rozando el cinturón: dojo o tatami, no podría. Por si acaso, sigo en guardia. El maestro del kimono color negro me golpea, donde no espero me golpea, descubre bajo la manga una sonrisa. En verdad, tiene razón el maestro, yo no sirvo para esto.

La estrella cimarrona

Estás en cuarentena, en el resto de tus días, estás en ese dolor de mis testículos que pone fin a mi respiración y que he jurado apretándolos vengarme. Piénsalo y dispútame otra tregua. Proponte salir airoso, cambiar la sentencia que me impone el juramento. Proponte amainar ese dolor y luego dime qué se siente al respirar del lado muerto. Te pronuncio címbalo y salterio en tanto piensas, te pronuncio esas palabras mientras tu rostro amarillea y yo te espero de este lado, en la planicie sinflictiva, donde no quedan sobresaltos ni hay cocuyos, y he quedado a poco en esta porción indivisible. Me he fragmentado tanto y tanto han podrido hasta aquí mis argumentos, que sólo espero verte en la planicie, estrella cimarrona, cómo vas perdiendo tus puntas, palideciendo casi, cómo llegas al fin de tu parábola, silencioso y consternado; espero porque también desvaríé frente al Divino. También solía pensar en el honor frente a la cáscara, solía no comer del pan transgresor: es la costumbre, estimado, es la costumbre lo que se impone, mientras la razón transgrede.

La Matutina

La mañana es algo fría. Los rayos de sol pasan tímidamente hacia el cuarto a través de los empalmes de las persianas. Puedo ver el largo balcón interior del edificio que hilvana varios apartamentos. Una puerta abierta anuncia que ya la vida ha comenzado en aquel hogar. Permanezco enrollado en algo de sábana. A causa del frío estoy un poco contraído, confundo la contracción de mis músculos. A veces es agradable sentirse así, rígido, vital. La cama amplísima me recuerda que puedo voltearme sin reparos, pero estoy fijo en la idea de algo que me ayude a comenzar.

Por fin, con el habitual cubo de la lavandería, recargando hacia un lado toda su figura, sale el cuerpo envuelto en las ropas menores del ritual de los sábados. Tengo fe en esa mujer. Ella va colocando las sábanas en un cordel improvisado al precipicio que va estirando hacia la esquina del balcón conforme coloca las piezas. Debe suponer que la observo, me molesta el ritmo con que se desplaza desde ese inicio hacia la punta de la soga donde coloca la pieza. El cubo, cubierto desde el principio, marca el espacio que va restando hasta el final del balcón. Sé que su imagen desaparecerá en pocos minutos tras el tapiado de sábanas. Cada sábana me suprime un poco de placer. Cuando ella desaparezca totalmente, quedaré insatisfecho. Bueno sería que en esa pantalla breve de las persianas el placer lo colme a uno por completo.

Milho Montenegro
(La Habana, 1982)

Poeta, narrador y periodista. Licenciado en Psicología General por la Universidad de La Habana. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido Premio en el I Concurso Internacional de Cuento Breve de Literatura Fantástica en 2016, en el certamen Pinos Nuevos de Poesía en 2017. Recibió la Beca de Creación Prometeo del Concurso de La Gaceta de Cuba, el Primer Premio en el III Concurso Internacional de Haikus Ueshima Unitsura en Toledo, España y Mención en el Premio Nacional de Periodismo Cultural Rubén Martínez Villena, en 2018. Ha publicado los cuadernos *Rostros de ciudad*, *Muchachas que llegan con la noche*, *Muchachos que no merecí* y *Erosiones*. Poemas y cuentos suyos aparecen en antologías y revistas de Estados Unidos, Uruguay, Italia, Guatemala, España y Cuba. Ha sido traducido al inglés y al italiano. Colabora como entrevistador y reseñista en varias revistas dentro y fuera de Cuba.

El día que vi el cuerpo de mi padre bajar hacia la muerte

*De la vida, de la manzana rebanada por un cuchillo de
fuego,*

¿qué semilla se salvará?

Czeslaw Milosz

Enero estrujaba el lomo de las tumbas/ como heraldo maldito escupía su sentencia contra la fibra de los ánimos/ en el rostro de esas estatuas que no parpadeaban/ ni tendían su mano para ahuyentar tanta linfa incrustada.

En el cementerio —bajo el espejismo de la calma— los ángeles están hechos con la materia de la desidia/ casquijo frío con que se levantan murallas de lo incierto/ y se cubren cuerpos que van cediendo sus ripios a la nada: ellos no comprenden el grito/ no saben para qué tanta sal carcomiendo los ojos/ sepultando el artificio y todo ruego.

Asomaba su hocico la podredumbre/ en las entrañas de los sepulcros centelleaba el hedor de la muerte/ el detritus de esos seres que yacen como frutas mutiladas/ supurando su pulpa/ haciéndose grumos en el gatzate del limo donde bulle —igual que festín— la ruina/ y las crisálidas no se conmueven/ ni reculan en su apetito de seres sin alma/ mientras la afonía de sus víctimas se propaga/ untando un cielo ya lastimado por el aplomo de Dios.

Las cárcavas vociferaban su dolor/ pero nadie escuchó los huesos quebrarse/ estrellarse al fondo de una eternidad que hacía lazos/ cercando cabezas/ torsos/ las cuencas de los difuntos.

Un día de enero vi el cuerpo de mi padre: sus ojos/ canas/ manos/ todos sus cartílagos trastocados en una sola esencia/ bajar hacia los intestinos de la tierra/ lejos de todo latido/ aunándose en el gris de la necrópolis/ perdiéndose en la cruda apatía de esos ángeles tan de mármol/ que no comprendieron —no comprenderán— este alarido haciendo olas entre mis costillas/ tanta sal rasgando mis pupilas.

La muerte sobre el mundo

*Uno quiere morir sin angustia,
sin dolor*

Eduardo Langagne

Sobre el mundo se avalancha la muerte. Bajo sus pies (inexorables pies) va acumulándose el serrín/ rastrojos de todas las coronas/ las torres más altas/ esos cimientos donde nos creíamos a salvo/ lejos del ojo de Dios/ de la boca del tiempo/ y que ahora es ámbito de fantasmas colisionando entre sí/ oteando el sumo de la existencia.

La muerte engulle certezas/ como charco se aposenta/ incuba huevos infectos en el ombligo de los ánimos. Su patria es lo inorgánico/ lo que no palpita: frente al espejo de la eternidad acicala su cabellera sin constelaciones/ el aspecto/ la afasia de su espíritu.

Con el polvo legendario de todas las condenas/ ruinas de esas ciudades que arrasó con su aliento/ erige tabernáculos de miserias/ donde se hacen coágulos las playas taciturnas del recuerdo/ los ángeles trastocan el vuelo en abstinencias de luz/ y se apagan como un enfermo en el hambre de los gusanos/ sin sitio en los anaqueles de la imaginación/ que son sólo excremento de la jauría de las horas.

En cada superficie se multiplica/ no se detiene ante la súplica/ la ofrenda siempre nimia que ofrecen los que esperan/ los afligidos/ los endebles/ apostando su médula a esos dioses que terminan disecados/ proscritos de las simientes del universo como una espora que el viento aparta de repente.

No habrá ejército/ cántico que amedrente su paso firme sobre toda faz/ la codicia/ el gesto que ofusca y subyuga: sus manos abarcan la geometría del mundo/ allí somos hálito de cal/ sílice/ entes lejos de la cúspide que van cediendo a la estría como una causa perdida/ esperando que el disparo/ la tajadura se venga sobre nuestros cuerpos con una extraña sensación de apacibilidad/ igual que en las bestias que (dóciles) van al matadero/ sin saberlo.

Mientras busco un lugar

*Uno siempre está solo
pero
a veces
está más solo.*
Idea Vilariño

Pienso en la suma de aflicciones/ las raíces estancadas en el limo
de estas memorias que no florecen/ y me pierdo como un pez en
la vastedad del océano/ espora mordida por la ventisca/ sin rumbo
fijo/ ni artimañas para afrontar la pesadez del crepúsculo.

En esta hora de soledades/ de sombras que reniegan algún escape
hacia la cordura/ me asaltan sueños difusos/ un ayer más remoto
que mi muerte/ y miro el musgo floreciendo sobre el muro donde
restalla el aliento de las certezas/ ahogándose en la orgía de las horas
—como ritual de indiferencia.

Hay instantes en que pierdes el equilibrio/ el número oportuno de
alas/ y vas alejándote (de ti mismo) / quedando rezagado en el curso
de las estaciones que no voltean la mirada/ seguras de todo tajo que
dejan en su andar/ sobre el espinazo de la vida.

¿Qué somos en este cúmulo de cenizas que son los años? / ¿Cómo
sobrevivir a la marea del olvido/ donde flotan restos putrefactos de
todas nuestras lunas y presagios? / ¿Quién podrá salvarse en esta isla
que llamamos suerte y apesta como el corazón del occiso?

Quiero encontrar un resquicio/ algún páramo erigido con el hilo
luminoso de la certidumbre/ la verdad como un faro/ aunando una
armonía de universos sin miedo a los espejos.

Extiendo mis manos y espero/ me ovillo a un costado de la vida/
preso como una bestia en el aprisco de mis debilidades/ sin lógi-
ca-sin ángeles-sin término/ ahora que me pierdo y no sé qué hacer
con todas mis preguntas.

Las palabras

Lo cierto es que estoy a merced de las palabras (...)

Fernando Cazón Vera

Como piedras son las palabras/ pesando sobre la lengua/ el espina-
zo/ la índole de los hombres. Amorfas/ filosas/ oscuras/ de historia
sin génesis ni final igual que la muerte/ la sordera de los astros/ el
polvo pegado a la humedad de tus huesos.

Palabras-piedras para ceñir el horizonte/ unir la conciencia fría de
la estrella a la boca de la tierra/ al hambre de los vivos y darle una
fracción de voz/ un grito que ondule en su rostro para simular la
vida/ el gesto con que se imita el fuego de la memoria/ la huella
incorruptible de lo cierto.

En su elemento se forjan cántaros/ catedrales/ todos los muros y
atalayas con que se resguarda el empeño de las almas/ la conciencia
que mana de las ubres eternas del tiempo.

Palabras-piedras con olor a sangre y óxido/ que forjan tumbas/ ma-
ceran cabezas/ socavan el traje de la calma en el vuelo de su estruen-
do/ con su odio sin anuencia/ y avanzan como un río tumultuoso
más allá del cauce/ trayendo un paso de horror/ y filo/ y confusión
que asesina los contornos/ todo peldaño hacia el ágora del entendi-
miento.

Palabras que son como piedras: a veces prohibidas/ inútiles/ insi-
diosas como una pérdida/ un hueco en el alma. Traen raíces/ patra-
ñas/ cada pliegue que la obstinación calcó en la piel como castigo
por la irreverencia.

Igual que una masa corrosiva perforan la cáscara/ carcomen el nú-
cleo de todo argumento y todo lo enérgico. El hombre está siempre
a merced de las palabras/ sobreviviendo entre sus tramas/ en una
marea ambigua que lo salva o sepulta —como piedras—/ cuyo do-
minio y utilidad dependerá (del equilibrio hacia la vida/ la lectura de
circunstancias) del portador.

Discursillo sobre/para un gorrión

Para Irizelma Robles y Michel Mendoza,
por la complicidad

*Dejo de mirar el cielo
para enterarme de los pájaros*
Irizelma Robles

Llega un gorrión hasta mi mesa/ La lluvia lo ha empujado hasta aquí —como un sarcasmo— para que yo sepa de la inmisericordia/ para que conozca que existen seres solos/ incluso más solos que yo.

El animal procura una migaja/ restos de comida que antes fueron un instante magnánimo/ Lo miro con desconcierto y algo de envidia: sobrevienen desgarraduras/ renunciadas que van moldeando/ dejándome saber lo que soy frente a ese parvo heraldo que ha llegado sin convite/ como un manotazo que no se espera.

El gorrión busca ganar alguna porción de vida/ intenta subsistir a pesar de todo y de mí.

Yo sólo alcanzo —desde esta condición de criatura estática— a contemplar el acto de su escapatoria/ el petulante arbitrio con que va desafiando la vorágine de la tormenta/ mientras me abraza la sombra de su partida/ esta brutal desolación al saberlo más libre.

Incluso más libre que yo.

Yunier Riquenes García

(Granma, 1982)

Narrador, poeta, escritor radial y audiovisual. Licenciado en Letras por la Universidad de Oriente. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la UNEAC. Fue Vicepresidente de la Asociación Hermanos Saíz en Santiago de Cuba. Ha publicado los libros de cuentos *La llama en la boca*, *Quién cuidará los perros*, *Lo que me ha dado la noche* y *Dibujar el mundo*, selección de cuentos del grupo de narrativa “Hacedor”, las novelas *Los cuernos de la luna*, *La edad de las ataduras*. Su poemario *Claustrofobias* mereció el Premio Pinos Nuevos en 2009. En literatura infantil cuenta con *Tienda de mascotas* y *El gato científico*. Ha compilado los volúmenes de entrevistas *Las respuestas de Soler Puig* y *Dicen los escritores de la generación 0*. Como guionista radial mantiene secciones en CMKC de Santiago de Cuba, y el programa Imagen, para promover libros y autores cubanos. Es el director editorial de *Claustrofobias*. Promociones Literarias.

Si van a sostener los discursos que no sea con palabras, que sea con la boca cosida, con las manos amarradas, con las piernas lisiadas, con los ojos cerrados. Si van a sostener los discursos que se saquen el corazón con la punta de una piedra, que se abran el pecho. Si van a sostener los discursos, si acaso, los pueden sostener.

*

Por qué tienen que maltratar a mi madre si lo único que quiere es un baño de azulejos blancos. Sale en la mañana y vuelve tarde; trabaja y trabaja. Sueña con fumar y leer periódicos aunque las noticias sean las que sean. Le repite a los niños en cada clase tienen que amar y respetar a los héroes; enseña a los niños a cantar el himno a garganta viva. Mi madre sueña con el baño de azulejos blancos y un techo que permita guarecerse de la lluvia, ahora la lluvia es más feroz y en este lugar caen granizos hasta en las peores sequías. Mi madre quiere reparar la casa, odia sus nalgas sobre la letrina. Números, vocales; estornuda con el polvo de la tiza. Mi madre quiere, que no la maltraten tanto, quiere un baño de azulejos blancos.

*

Cuchillos

Mi hermano tenía seis años y yo tres cuando supimos del peligro del cuchillo. Habíamos perdido al padre, rechazábamos las ofertas de un padre postizo. Mi hermano y yo conocimos el filo de los cuchillos una tarde desandando por las guardarrayas. Al picar una naranja y ver correr la sangre yo no pude mirar, pero mi hermano jugaba con ella en los hollejos, pintaba los troncos de las matas. A partir de entonces las peleas por decidir quién era el hombre de la casa terminaban sacando el cuchillo. Mi hermano decía te pico, y yo le decía te pico. Afincábamos el filo en la piel, en cualquier parte de los cuerpos. Yo soy el más grande, me decía; y yo el más pequeño. Cada uno quería demostrar el valor, la fuerza de carácter. Mi hermano pinchaba con la punta, yo cedía. Podía afincar con presión o voltear el filo, pero él era mi hermano. Él supo agradecer cuando grande por no equivocarme, aprendimos a jugar con los cuchillos desde niños, a perderle el miedo a los filos.

Tocar los puertos

Toco los puertos
después de largas travesías encima de los cruceros.
Conozco el mundo de extremo a extremo.
Me convierto en show man de madrugadas.
Soy un galán que enamora a una muchacha,
o soy la muchacha de los cabellos más rubios de la tripulación .
En escalas cortas conocemos las plazas públicas,
los arcos de triunfo, los puentes, las torres
y levantamos popa sin desempacar las maletas.
En pocas horas libres intento dormir,
pero no puedo olvidar dos fragmentos de cartas:
1)...ahora lo tengo todo, madre mía, quiero traerte a conocer el mundo...
2)...hijo mío, te guardo una maceta de mamoncillos, de la mata nueva del patio.
Se están goteando, pero nadie los tocará hasta que vuelvas.

Daniel Duarte de la Vega
(Bejucal, Mayabeque, 1983)

Poeta. Cursó estudios en el ISPEAJE Alfredo Zaldívar Pineda donde se licenció con tesis sobre el desarrollo de habilidades comunicativas a través del estudio y debate de los clásicos de la poesía hispanoamericana. Ha sido incluido en las antologías *El Árbol en la Cumbre*, *Sinfonía Visible*, *Estos poetas del milenio*. Poemas suyos aparecen publicados en revistas nacionales y extranjeras. Fue finalista del concurso Casa Seoane en 2016. Recibió el Accésit en el Félix Pita Rodríguez de 2017 y obtuvo menciones en la categoría de Poesía de los certámenes Calendario 2017, y David de la UNEAC en 2017 y 2018. Su cuaderno *Telar* resultó ganador en el concurso Pinos Nuevos de 2018, y por *Las transiciones* mereció el Premio Calendario 2019. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz, donde funge como especialista de Literatura de la filial de Mayabeque. Trabaja como promotor en la Unión de Escritores y Artistas de su provincia.

sobre el pequeño muladar de la carnicería y sobre lo inmediato; las verdaderas leyes se acumulan esparciendo un olor desagradable: «residuos de un carácter temeroso y porcino», su indescifrable esencia cegadora penetrando en lo inmóvil, en lo desconocido, transformando el azar en ese extraño símil de dimensiones casi alucinantes.

retenida en sí misma, más allá del azar omnipresente y fálico, nuestra tranquilidad depende de lo que cada uno le otorga; de sus propias metáforas.

*

solo los días trazan voluptuosas estatuas

(acotaciones breves que se van desplazando
por sobre el pavimento y al pavimento ceden);
solo el trazo violento que en la madera cala
puede urdir en la luz voluptuosas estatuas.
por su parte la luz viene de aquel colapso
que provocara Heráclito (y Parménides),
viene de aquel asunto pasional
que extrajeran del mármol y se ha cristalizado.

línea tras línea el agua traza nuevas figuras
como si su obsesión quemara
o el placer infinito fuese la única ley;
solo para nosotros, criaturas endebles
de una naturaleza hostil,
la voluntad del agua no significa nada.

*

no el sol bajo tus cejas sino un campo desierto
para que el corazón comprenda.
siente los pies helados sobre la hierba húmeda
que en la piel se propaga con la fugacidad de un signo.

fíjate bien, el agua, siembra y mueve residuos:
rasgos del animal incauto al cual fuiste arrojado
con un viejo epigrama que si bien te interroga
no te podrá tampoco definir;
fíjate bien y viaja tras la fugacidad enardecida.

luego podrás decirte con el mayor orgullo:
cuervo de la abundancia engendra y sé espiga otra vez.

*

es el año del cerdo, asegura el I Ching,
la inestabilidad presume, lenta ha de ser y sólida
ejerciendo presión y desapareciendo.

también como un sonido lo esencial se pronuncia
(casi sin pronunciarse incluso) sobre un pequeño objeto
y lo sacude, ilimitado el ojo que entregándose a ello
muerde un trozo de fibra; su carácter jovial, minimalista.

todo estaba previsto para que sucediera así,
la retina y los pájaros deben envejecer y lo hacen;
todo estaba previsto, el I Ching lo confirma.

*

en la antigua balanza sobre la cual pesamos
nuestra imaginación fecunda,
parpadea la luz,
«lo real sigue siendo ese discreto hallazgo
de ilusiones tardías
que resplandece encima de la más fina hierba».
yo sin embargo busco, «muero y muero en la fruta
para retroceder en mí»,
he sostenido el peso de su mudo lenguaje.
no está bien que me calle, aunque tampoco ofrecen garantía
las palabras, los gestos.
yo quise hablar, yo quise (si es necesario
quise-parecerme-a-la-fruta).
«yo enrosqué los alambres de saberme
enemigo de la tos».
mi cuerpo es un anzuelo dentro del matorral
y vibra.
tú eres más que mi cuerpo simulando un anzuelo
dentro del matorral.

Javier L. Mora
(Bayamo, Granma, 1983)

Poeta, crítico y traductor. Licenciado en Letras por la Universidad de Oriente. Ha publicado *Examen de los institutos civiles*, por el que obtuvo el Premio David de Poesía, en el 2012. Preparó la antología *Long Playing Poetry. Cuba: Generación Años Cero*, en coautoría con Ángel Pérez, editada por Casa Vacía, Richmond, 2017. Obtuvo la Beca Dador en la categoría de ensayo en el 2014, y el Premio de Poesía Ilse Erythropel de La Gaceta de Cuba en 2018, por el cuaderno *Ablandar una lengua (crónica horizontal)*. En 2014, Ediciones Santiago editó sus traducciones de *El portero suplente y otros poemas* (selección de Kobarid, de Matteo Fantuzzi). Por el volumen *Matar al gato ruso y otros ensayos* recibió el Premio Pinos Nuevos en 2018. Textos suyos aparecen en diversas publicaciones en Cuba y en el extranjero, y han sido traducidos a varias lenguas. Es miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas. Reside en Santiago de Cuba.

Régimen

Phaseolus vulgaris (porque solo era eso) *hacíale pensar en temporada alta, cuando el otro ordenaba valijas de primera, con rigor/ con rigor/ sobre marcas que hoy no parecen de nombre sino fechas. Un movimiento añejo: raspar/ medir/ cocer el agua dura, ablandar una lengua (muerta por congestión).*

“De mañana y de tarde, cuando se pone fin a las dos tandas y termina jornada de labriegos”.

Phaseolus vulgaris.

“Esos que dan a cientos por ninguno”.

Phaseolus vulgaris

(aprende a consumir el necesario).

(El otro, siglos ya/ colgando motu proprio de una viga/ en tiempos retenidos con concreto.)

La levedad

“En verdad, se está bien leyendo a Camus”. Y tropieza, de pronto, con la extensión: ¿El fin justifica los medios? Es posible. ¿Pero quién justifica el fin?

La vieja (siempre eficiente) aproximándose: “Deja ya de pensar. En este tiempo, al menos, es absurdo. Tanto exceso mental te hace imperfecto”.

“Pensar en la función de *intensidad*”, dice, por el momento. Pero tal vez intensidad no es una lengua útil. En lectura de Camus, se pregunta, “¿cómo favorecer lo vejatorio sin cargos *in absentia*?”

Y sigue la respuesta: “Sobre cuándo abstenerse (y su porqué) ya se ha dado bastante, y no ha servido, si comes tu tajada y luego escuchas la salmodia en sordina (horrísona, pastrana) de los sobrevivientes”.

Eso, y lo justifica: “Aprende de memoria, o arrastra tus roturas mentales por asfixia”.

Sala siglo XX: garbage

La
mano
de un obstetra
estirando
(con sorna)
residuos
de un feto
(amputado)
a la basura.
Y allí
(como en
el-e-je-r-ci-c-io
de un mudo
que intenta
parlotear)
el proyecto
de
las
r-
evoluciones.

Rédito

“Clave y _____ RESOLUCIÓN No. [...]”

“Díctase, en el límite de sus facultades y competencia”

[sobre la] “explotación sostenible de la superficie agrícola”

(Acato a Dios y aguardo recompensa,

acato a Dios y aguardo...)

“[a temas de] confiscación, y efectos similares”, [que la]
“pérdida del derecho” [y así también la] “[ídem,] de
posesión”

(que Juan colono... que Juan colono, el padre,

que diole de comer a los rebeldes...)

“[ante el] procedimiento de revisión” [a la] “unidad de
producción

agrícola” [nombrada] “La Piedra”, [con] “área de 17,17 ha
[equivalente a]”

(que el producto en volumen...

que el producto en volumen era histórico...)

“1,283 caballerías y 283 mil [milésimas] de otra” [de la que] “pro-
pietarios [son] Juan, Félix, Edita y Joaquín, [y distribuida
a razón de]”

(que Ud. fue el buey...

que Ud. fue el Buey-de-Oro...)

“2,75 / 6,70 / 1,29 / y 6,44 ha” [respectivamente, en la que
se hallaron de modo fulminante] “29 plantas de [ilegible...]
en referido predio rústico, [y en virtud de que habiendo]”

(que te dejan con dos... que te dejan con dos

cientos a la redonda...)

“fallecido Félix, hermano” [de los restantes nominados]
[queda de su parcela] “responsable Marvelio Mora Quesada,
hijo de este, [se procedió a dictar]

*(que por acto de pocos... que por acto de pocos
pagan mal...)*

RESOLUCIÓN CONFISCATORIA.”

“Obra en el expediente [ídem] dictada por _____ Instructor
Penal.”

“Obra en el [ídem] Dictamen Legal que la resolución se ajusta
a derecho [y a motivos de falta de] autoinspección”

*(que con uñas y dientes... que con uñas
salvar la tierra hay que...)*

“[de la propiedad en usufructo]” [ante lo cual]
“el procedimiento de revisión [queda] declarado

SIN LUGAR,

como [resultado] de las pruebas practicadas [en la] unidad
indivisible o predio rústico.” [Por lo que,] “en el ejercicio de
[sus] funciones [y atribuciones] conferidas”

*(Acato a Dios y aguardo recompensa,
acato a Dios y aguardo...)*

“la presente entra en vigor [a partir de la] última fecha de
notificación”, [y se declara] “a los presuntos herederos
de Félix]”

*(que el bicho lo olvidó...
que el bicho se olvidó de su apellido...)*

“NO PROCEDE recurso alguno” [contra la misma] “en la vía admin-
istrativa ni en la [ídem] judicial.” “[Comuníquese] a cuantas [per-
sonas y entidades] proceda —naturales y jurídicas—”

*(que el abogado no... que el de oficio
no pudo resolver...)*

“y [archívese] el original en el protocolo de resoluciones...”

X. X. X.

*(que el patrimonio en masa...
que el patrimonio en —ídem— se perdió.)*

Moisés Mayán Fernández

(Holguín, 1983)

Poeta, narrador y editor. Licenciado en Historia. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso en 2003. Por su trabajo poético ha obtenido varios reconocimientos como Mención en el concurso David de la UNEAC en 2007, los premios Ciudad del Che en 2007 y 2013, Gastón Baquero en 2010, X Juegos Florales de Matanzas en 2011, Premio de la Ciudad de Holguín en 2012, Mangle Rojo 2017, Calendario 2018, Regino Boti en 2008 y 2018, Manuel Navarro Luna 2018 y Premio José Jacinto Milanés 2018. Tiene publicados los libros de poesía *Fábula del cazador tardío*, *El monte de los transfigurados*, *Cuando septiembre acabe*, *El cielo intemporal*, *Raíz de yerba mate* y *Estética de la derrota*. Muestras de su obra aparecen en numerosas antologías en Cuba y en el extranjero. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz y de la Unión Nacional de Escritores y Artistas. Trabaja como editor en Ediciones Holguín.

La edad de vidrio

El miércoles -ese día de visitar a mis hijas-, me transformo en una absurda figurilla de vidrio. Soy el padre de los miércoles. Un padre a mitad de semana es preferible a un padre ausente. Yo tuve un padre de todos los días que daba de comer a mi infancia con palabras mansas como aves de corral. Pero son otros tiempos. Estos años de plomo que encañonan y fusilan. Preparen/ apunten/ fuego. Y se nos va el día/ la semana/ la vida. Sin que nos demos cuenta.

Mi hija mayor redactó una nota para mí. No quiso hablar. Consciente de que la realidad mejora por escrito. Con su caligrafía que es aun la caligrafía de una niña con un padre de miércoles, anotó: «No te has dado cuenta que ya dejé de jugar con las muñecas». La lectura de Whitman, Eliot, y Borges no me sacudiría como lo hicieron aquellas sílabas aunadas por no sé qué misteriosa sustancia. Una nota sobre papel de libreta superaba el canon de la literatura occidental.

Desde entonces cada miércoles me vuelvo ineludiblemente un hombre de vidrio/ un padre de vidrio. Cumpló el trayecto bajo el cielo plomizo. ¿De cuántas cosas no me habré dado cuenta? Pero ellas están ahí, esperando a su padre de miércoles, y corren como locas a abrazarme. Y yo que vivo de la palabra, solo acierto palabras torpes, grises palabras: «No me aprieten tan fuerte que me van a romper».

Soul Surfer

Bethany Hamilton ha pescado una ola de dos metros en una playa de Kauai. La misma playa donde un tiburón tigre le arrancó su brazo izquierdo. La tabla de Bethany Hamilton tiene un asa personalizada que le permite agarrarse con su mano derecha. Un surfista español, llamado Miguel de Cervantes, también perdió su mano izquierda. Solo que de un arcabuzazo. La tabla de Cervantes tiene un asa despersonalizada a la que tratamos de aferrarnos todos los poetas del idioma. En el océano del lenguaje cada ola es potencialmente un tsunami. Hay que tener alma de surfista.

Vórtice

Cuando menos lo esperas descubres un vórtice. La oxidada alcantarilla por donde menstrua la ciudad. Los labios que describen con gestos imprecisos una ubicación. El hábito matinal de tirar la cadena del inodoro y quedarte contemplando las espirales, como si fueran las cataratas de Salto del ángel. La boca de un obús instalado en la plaza para que se hagan fotos los turistas. El boquete que deja la caldera en el cuerpo del central, esos tentáculos que amputaron a la patria en el transcurso de una malanoche.

Cuando menos lo esperas el vórtice te sorprende. No es un aleph. No posee la belleza ni el romanticismo literario del aleph. La seducción del vórtice se instala en sus corrientes turbulentas, en el poder casi hipnótico que ejerce sobre el observador. Lo que contemplas a través del vórtice puede ser desconcertante. Por ejemplo, dos pterodáctilos apareándose a plena luz del día. Como los que sobrevolaron con animal desvergüenza la Barcelona de 1990. Ese año, el vórtice estuvo en Berlín, en las grietas de un muro que comenzaba inevitablemente a derrumbarse.

Equilibrio

Apostado en la torre de telecomunicaciones un topo me observa. Privilegiada ubicación para un topo. Inaudita ubicación para un topo. ¿Me podrían explicar qué hace un topo en lo alto de una torre de telecomunicaciones? ¿Me podrían explicar para qué quiere un topo un nido de águilas? Cuando un topo está en el lugar erróneo la pirámide social se zarandea. El topo con sus ojos recubiertos de membranas. El topo carente de pabellón auditivo. ¿Quién puede vivir tranquilo a la sombra de un topo? En las cloacas, donde vierte el edificio de telecomunicaciones, un águila excava su madriguera. Lo importante, nos han dicho, es preservar el equilibrio.

Desfile

A horcajadas en el cuello de mi padre iba yo a los desfiles. Con las infaltables banderitas de papel. Estrenando consignas. A horcajadas. Mi padre era un espléndido caballo que se dejaba nombrar a mi antojo. Bucéfalo. Pegaso. Baconao. Pero a veces en el fragor de la marcha miraba a los ojos de mi padre y no era mi padre sino Karl Marx. Y yo la pequeña Eleonora. Y estaba orgulloso de tener un padre como Karl Marx (lo juro) pero el sombrero de Eleonora me parecía ridículo. Entonces mi padre se transformaba en Vladimir Ilich Lenin. Para complacerme, creo. Y yo me volvía un niño bolchevique. Un tal Vaniuska.

Me aterraba la idea de advertir en mi padre el rostro de Liev Trotsky. Protegía su cabeza con mi cuerpo. A horcajadas. Nadie va a clavar un piolet en la cabeza de mi padre. Nadie va a estudiar el cerebro de mi padre. El genio de mi padre. Sus dilatadas neuronas. Nadie.

A horcajadas de la plaza, el pueblo. A horcajadas del pueblo, la idea. ¿A horcajadas de la idea? Corear una consigna es lo mejor. Estremecer en lo alto la banderita de papel es lo mejor. Mi padre no es mi padre. Ni yo soy yo. Todos somos la masa.

Orietta Domínguez González
(Puerto Padre, Las Tunas, 1983)

Poeta, periodista, locutora de radio y televisión. Licenciada en Periodismo en el 2006. Poemas suyos pueden leerse en el blog personal *Atisbos*, en las compilaciones: *Cuerpo sin espíritu no vuela. Antología de poetas tuneros* por editorial Sanlope, *La Calle de Rimbaud*, de Ediciones Aldabón, *Balseros* por la Editorial Haciendo Puentes de Miami, *Poetas por el mundo a favor de la paz. VOL 3*, en Francia, y en *Los Reos inocentes*, plegable de la Feria del Libro en Las Tunas en 2014. En el terreno audiovisual ha trabajado como directora de programas en Radio Libertad, periodista en Tunas Visión y Canal Azul. Entre 2009 y 2013 fungió como Jefa de Programación e Información en Canal Azul, donde labora desde 2012 a la actualidad como conductora de la Revista Cultural Molinos. Fungió como presidenta de la célula de la Asociación Hermanos Saíz de Puerto Padre en Las Tunas. Es miembro de la Unión de Periodistas de Cuba.

Aseveraciones

Para y por Haydeé Santamaría

Yo vi el ojo ensangrentado de Abel
e imaginé sus cuencas vacías.
El dolor quedó seco en mi pecho
Y fingí la indiferencia del extraño.

Cierro los párpados

Aún veo las venas,
la mano con restos sanguinolentos
de lo que fue su mirada.

Yo no tuve un ángel custodio
sino un ojo fluorescente
mítico
siguiendo cada uno de mis pasos.

Del péndulo y otras lecciones físicas

El hombre es
un sistema físico que oscila
por la acción de la gravedad,
una masa suspendida de un punto
que mide el tiempo.
La relación exacta
para el período de oscilación mayor
del hombre
no es constante,
y se toma como base
la fórmula de las integrales elípticas
de primera especie:
El hombre-péndulo no existe.

*

Mis manos

dan puñetazos de aire
a la suerte
No se puede estar
sediento
frente al mar
Salta ante el empuje de la mascarada
desvía tus ojos
No te pierdas la caída del mendrugo.
Grita

En equilibrio

Para Raúl Suñe

Saltar.
Saltar en la suiza.
Saltar de un punto
Saltar de puntas de pies.
Saltar de un edificio.
Saltar como equilibrista.
Comerse las uñas
antes de cruzar la cuerda.
Saltar.
Pensar en el vacío.
Caer
con
los
brazos abiertos.

Última toma

Blanco y negro
tiñen mi lente
mientras besa el torso de una mujer.
La mansión está vacía
las paredes se agrietan
Y ella iluminada por la blancura de su piel
está sola,
entre lo sucio...
Sola
con la admiración de su cuerpo.
A esa mujer
no le importa la perfección de su ombligo
ni el rostro que esconde.
Le basta su desnudez
de sombras y luces.
Su vida es *como*
Un sedimento muy viejo
*en una taza de café*⁴.

4 Fragmentos de la carta de la fotógrafa estadounidense Francesca Woodman escrita para su amigo de la escuela Sloan Rankin, antes de suicidarse.

Junior Fernández Guerra
(Novosibirsk, URSS, 1984)

Poeta y narrador. Licenciado en Ciencias Pedagógicas. Instructor de Literatura. Miembro de la AHS y de la UNEAC. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido los Premios de Narrativa y el Especial del Público en Poesía en los Juegos Florales de Matanzas en el 2013, y en los certámenes Memoria Nuestra 2014 en Holguín, de Décima Toda luz y toda mía 2014 en Sancti Spíritus, premio de décima escrita “Cucalambé” 2015 en Las Tunas, el Oscar Hurtado de Terror fantástico en La Habana, edición 2016; el Calendario 2018 en Literatura para niños; Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara en Décima 2018. Tiene publicados los poemarios *Fabulaciones del verbo*, y *Extraños Ritos del alma. Antología de voces en la niebla*; y los libros de narrativa *Powershot* y de literatura para niños *Cantábulas y epopemas del bardo Pul Salalira*. Es el director de Ediciones EncaminARTE.

La Pena

es que prohibieran el patíbulo
que algunos escaparan del hachazo de la misericordia
del fracaso de quienes necesitan un prostíbulo mucho más que un
[psiquiatra
en el vestíbulo de algunos comerciantes se trafican
doctrinas y estandartes que no implican esfuerzos necesarios
(tanto ruido con los nobles preceptos del olvido)
la pena es que no entiendan lo que explican ni quieran entenderlo
hay quien se agota de contemplar con saña el horizonte
y escarba con sus uñas en el monte sangrando por la patria gota a gota
buscando su raíz
(en la derrota también existe un soplo de heroísmo)
la pena está en saber del ostracismo que nos inunda el alma
la gran pena
está en que pronunciemos la condena
y quien deba morir
nos dé lo mismo

No importa ya si negro o caucásico

verás que en realidad nos reconforta bloquear los capilares o la
[aorta
con *Funky jazz* o *Power Metal* clásico
frente a la muerte todo es eutanásico
todo está en sucumbir al arrebató
todo está en decidir si el acetato para los pechos por la silicona
si habrás notado al fondo de la Mona Lisa un extraterrestre en el
[retrato
no importa *Google Map* o GPS para encontrar un fallo en el genoma
si hubieron tantos muertos en Sodoma como en Chernóbil

Martin Scorsese o Quentin Tarantino ser Pavese o Paco de Lucía
no interesa morir con la manzana en la cabeza o con la mano sobre
[la entrepierna]

si el hombre es una queja sempiterna

—Hable en voz baja

—Cuide la limpieza

—No pise el césped

—Gire hacia la izquierda

no importa el mandamiento ni el principio activo en el cerumen

o en que ripio *vienen a convidarme a tanta mierda*

no importa una vez más tensar la cuerda morir en los

[contornos del Dakota]

recoger la basura o ser quien bota los restos del bilongo

[en una esquina]

subir el coste o la bilirrubina

perder una vez más en la pelota

Pretendes comerciar un deceso

sabiendo que la muerte a veces salva

alguien te explica que la muerte es calva como Sinéad O'Connor

darle un beso en el occipital brindar por eso

Nothing compares, oh yes...

alguien entona el himno nacional y te traiciona

(hay quien se muere por vitaminosis en Valencia)

se expande la necrosis

despejan de curiosos esta zona

Todo consiste en soportar la fusta

labrando su trinchera en tu garganta

todo consiste en soportar

aguanta

no dejes de aguantar

sujeta

ajusta las nalgas sobre el banco y su robusta superficie
contempla la comparsa
disfrútala
degústala
la farsa son todos los caminos
(las esclusas)
todo está en comprender cuanto difusas de lo que observas
como se te engarza la realidad al cuello
como truecas hespérides en furcias disolutas de quince
[a veinte años
cuantas rutas lubrican frente a ti
palabras huecas
palabras que se pinchan en las ruelas del miedo
[y se te duermen
todo es parte de alguna decisión
ser Bonaparte o ser Fouché
decídetelo y concilia
si el sueño es aparente y la vigilia será el único modo de salvarte
[de la vigilia
cavilar despacio
lamer las cuencas de tus propios ojos como las salamandras
los chipijos
o alguna que otra especie de batracio
todo está en calcular de cuanto espacio dispone tu conciencia
cuan vetusta será tu membresía en esta augusta desmembración
(disfrútala y comprende)
todo está en percibir cual luz se enciende
todo consiste en soportar la fusta

Porque hay que ser un hombre

eso te dicen
no esperan que respondas con un beso en la mejilla
tienes que usar eso como una espada samurái
bendicen tu falo cuando naces y predicen el cáncer en la próstata
el trabajo de sol a sol
las manchas por el grajo en la camisa
los tragos de aguardiente

el dinero que nunca es suficiente para ganar dinero
ajar de cuajo la soledad sorbiendo los pezones de alguna puta
reventar la encía de quien te ofende (deuda y amnistía)
¿qué coño es eso de fabulaciones?
¿conceptualismo?
¿poesía?
¿dones espirituales?
tienes que ser hombre y eso implica que vivas en el nombre
de algún burdo precepto de barriada
que salgas a cazar de madrugada como un lobo
pues no habrá quien se asombre si enseñas los colmillos
si en tu bota derecha está la sangre del occiso
porque hay que ser un hombre y es preciso salir airoso
[incluso en la derrota
y el tal Mahatma Gandhi era un idiota que se dejó matar
y Luther King
y John Lennon
la vida es solo un ring
recibes y golpeas y recibes
¿tus hijos vivirán de lo que escribes o de aquello que cazas?
ser afín a todo lo que un hombre debería ser afín
sapiencia de rebaño
masturbarse tres veces en el baño para que sean conscientes
[de tu hombría...

Si acaso tu conciencia está vacía de esos miedos
si ignoras la violencia de aquellos que te juzgan
ten paciencia
no te dejes ahogar
encuentra el modo
pues la literatura es
(ante todo)
un acto de profunda resistencia

Ketty Blanco Zaldívar
(Guáimaro, Camagüey, 1984)

Poeta y narradora. Licenciada en Ciencias de las Religiones. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido premios en los Concursos de Poesía Regino Pedroso en 2009, en el Internacional de Minicuentos El Dinosaurio en 2010; en el Nacional de Cuento Ernest Hemingway 2010. La Asociación Hermanos Saíz le concedió la Beca de Novela Fronesis en 2015 y la Beca La noche de Literatura para niños en 2016. Resultó finalista del Concurso Internacional El Mejor Poema del Mundo convocado en España en 2016, año en el que recibió los premios de Poesía PortusPatris y del Concurso Internacional Abriendo Puertas. Obras suyas han sido traducida parcialmente al inglés, italiano, esloveno, croata, portugués y japonés. Textos suyos pueden leerse en diversas revistas y antologías dentro y fuera Cuba.

Cosmos

El gorrión había muerto.
Encontró la nostalgia.
Yo no pude.

Para qué

Mi madre pasa y volteo al otro lado
como un pollo con el cuello torcido.
Un pollo que debe escribir, comprar tomates,
tener hijos.
Levántate -dice, golpeando con un tenedor
el fondo del jarro.
¡Levántate! Dame unos huevos, orina,
come sábila, sonríe a tu madre, escoge frijoles
aféitate las piernas.

Amniótico

Quiero escapar de un bosque de algas, jardín interminable
como un sushi pegajoso.
Me sacudo, intento nadar hacia la superficie,
pero no alcanzo a tocar la luz, a atravesar el saco materno.
Se me acaba el oxígeno.

Days like these

Tendida como estoy en el piso
entre cajas, montones de cajas
desaliñada, flaca y más vieja
creyéndome la gran protagonista
a la que nadie predijo esta grandeza.
Ratones caminan por encima
y debajo de mi cuello.

Cebollas moradas

Él no puede dejar de sangrar,
entonces corre a la cocina y
corta cebollas.
Ella come dulces
hasta que el azúcar se vuelve vértigo,
se esconde para cortar
cebollas.
Ante estas ganas de matar,
corto los bulbos en trozos muy delgados.
Miro el filo del cuchillo. El agua corre.

Evelin Queipo Balbuena
(Camagüey, 1985)

Licenciada en Letras. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Tiene publicados los libros de literatura para niños: *Pies en el cielo, manos en la tierra*, por el que recibió el Premio Emilio Ballagas 2010, *Ciencias en apuros*, *Un niño llamado Chusette* en coautoría con Maribel Vidal, que le valió el Premio de la Ciudad de Camagüey en 2015; *Oros Nuevos. El Viejo Continente*, *Una casa sin nombres*, Beca de Creación El Girasol Sediento en 2014; y para adultos cuenta con los cuadernos: *Leyendas urbanas*, por el que le fue concedido el Premio Luis Rogelio Nogueras en 2012, y *Lluvias ácidas*, Premio de la Ciudad de Nueva Girona en 2011. Proyectos suyos han merecido las becas de creación Silvestre de Balboa 2011 y Enorme Hoguera 2016. Es miembro de la AHS, de la UNEAC y del registro del creador audiovisual. Ha escrito programas infantiles, musicales e históricos para las emisoras Radio Cadena Agramonte y Radio Camagüey.

El Kilimanjaro

El Kilimanjaro tiene 5 892 metros sobre el nivel del mar. El Kilimanjaro es un monte muy alto. Demasiado para un hombre. Demasiado para un tigre. Un hombre con deseos puede llegar a la cima del Kilimanjaro sin importar cuán alto sea. Podría llegar a la cumbre del Aconcagua (6 962 msnm). Si tan solo quisiera, un hombre puede reírse del pico del Everest y plantar allí su bandera, igual que un tigre. Un hombre y un tigre son la misma cosa. Ambos pueden hacer lo que quieran si se lo proponen: vivir en el fondo de una cueva, hablarle al mundo desde la cresta de una montaña... y la gente puede obedecer o no. Pero escribirán sobre eso. A la gente le fascina escribir historias maravillosas. Pero siempre tienen algo en común: solo reconocen al tigre.

Jirafas

He visto a las jirafas pelear por el agua. Sus cuellos como látigos azotan el cuerpo del contrario. La cabeza es una piedra que golpea con fuerza órganos blandos. He visto a un macho viejo derrumbado en el polvo esperar el golpe de gracia. Pero cuando viene lo esquiva y asesta al joven una débil pero definitiva pedrada en el vientre.

He visto a los hombres pelear por sus ideas. Sus lenguas como látigos azotan el orgullo del contrario. En la punta, la palabra es una piedra que golpea con fuerza órganos blandos. He visto a un sabio viejo derrumbado en el marasmo de sus doctrinas, esperar el golpe de gracia. Pero cuando viene, lo esquiva diciendo: Me rindo, y luego pronuncia una palabra sencilla, acaso también hermosa, con la que golpea al aprendiz directo al pecho.

Así es la lucha por el poder en todas las especies. Si quieres ser tú quien domine, aprende a esquivar los golpes.

Reichstag

Los del *Reichstag* enviaron mi abuelo a *Auschwitz* porque le faltaba piel de prepucio. Piel de más o de menos, ¡gran tontería! Pero eso dictaba la ley y mi abuelo se murió de frío. Mi madre teje largas, enormes pieles para sus hijos varones. Nadie se congelará en los nuevos campos de concentración. Nadie cobrará ni un simple resfriado. Pero los del *Reichstag* se despojan de sus pieles. Así lo disponen tiempos actuales. Mi madre teme a los guetos, a las leyes, a la eterna contradicción del prepucio. Le digo “nada puede hacerse, las estirpes condenadas a *Auschwitz* no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra. Mi madre no se conforma, toma un hacha y se va a decapitar al tiempo.

Madres colombianas

Las mujeres colombianas que han perdido un hijo, van a un cementerio donde hay cientos de nichos sin nombre. Allí se guardan los restos de hijos sin rostro, que un día amanecieron tirados en el río Magdalena.

Las mujeres colombianas que han perdido un hijo untan sus dedos en tinta negra y escriben un nombre cualquiera sobre la tapa del nicho. Debajo escriben: “Yo te adopté”. Y elevan sus rezos al cielo para que Dios o la Pachamama protejan el alma del hijo recién nacido. Así de grande es el amor de las madres colombianas.

Quizás más de una de ellas haya acertado en adoptar al hijo de sangre. Quizá alguna haya rebautizado a su propio hijo con el nombre que tuvo en vida. Pero como sería demasiada coincidencia, se dejan llevar solo por el amor. O el instinto.

Desarme

La poetisa fue detenida en el aeropuerto porque su equipaje era peligroso. La carga consistía en ropa, objetos personales y pequeños frascos de píldoras con sus poemas dentro. En la aduana, pese a su tenaz resistencia, la escritora fue despojada de las cosas más imprescindibles. Solo le devolvieron la ropa y los frascos vacíos. Luego la mandaron, sin más, en el primer avión hacia su destino. Se desconoce si el contenido originario de esos envases es en verdad peligroso, pero a esos poemas los conozco bien, como a la palma de mi mano. Los de la aduana, con certeza, no saben qué es poesía. Pero saben, sin dudas, dónde está el peligro.

Laura Domingo Agüero

(La Habana, 1985)

Escritora, coreógrafa y realizadora audiovisual. Egresada del Instituto Superior de Arte de La Habana. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Ha sido reconocida en el XV y el XXII concurso de Poesía La Gaceta de Cuba, el XV Concurso de Palabra Nueva, el III Premio Wolsan CubaPoesía, la Beca Dador que ofrece el Instituto Cubano del Libro, el Premio J. M. Valverde que otorga la CCOO de Cataluña. Es autora del poemario *De invocaciones y otros límites*. Ha participado en festivales de poesía en Cuba, Nicaragua e Italia. Poemas suyos han sido traducidos al italiano, el francés, el alemán, el inglés, y el turco, e incluidos en antologías y diversas publicaciones cubanas y extranjeras. También cultiva la narrativa, el guion teatral y cinematográfico. Ha creado corografías para el Ballet Nacional de Cuba, Danza Contemporánea de Cuba, el Ballet de Medellín, Balletto Teatro di Torino, entre otras.

El ácido de las fugas

1.

Que sea otoño.

Que las hojas confirmen el beneficio de la muerte.

Que haya frío y llueva. Mucho.

Que las voces del silencio se derramen.

Que te quedes.

Porque es otoño.

Y que sea otoño cada vez.

Siempre.

3.

Sí, ha existido un Dios

y ha hablado también por las llagas de mis dudas

en la necrosada niebla de los intentos

yo escuché a un Dios,

y mis labios estriaron el silencio de las conchas;

vidas que ignoré.

Porque ante los lictores quise, mas no pude

sentir el hálito de Job,

y boca abajo, sobre la tierra,

en el ciego barullo de esta generación llena de fugas,

desde la casi palabra que se ovilla,

abrí mis palmas a la noche.

Invocación

A Jorge Luis Borges

Los anaqueles de mi memoria
están llenos de contiendas perdidas.
No pretendí emular con Espartaco
o con William Wallace
o con Hatuey.
Alguien me lanzó a esta encrucijada
de metafísicas causas y consecuencias
sin derecho a la refutación.
A mí también me engendraron para la felicidad
pero quise conocer los laberintos
sin la ayuda de Ariadna.
Anduve tras los rastros borrados.
No me quejo, pues la noche, aunque oscura,
espera el alba a mi lado.
Que exista el Paraíso,
aunque me corresponda vivir en las tinieblas.

Espera

¿Dónde están las huellas,
ahora que tan dulcemente caen partículas
sobre el centro inmóvil de los sueños?

Nada es estático, me digo,
y observo el viaje de las hojas,
la paloma que espera cuando maduran los relámpagos.
Con qué facilidad encuentra refugio a la intemperie
y sustento en las ráfagas de la tempestad.

Me pregunto si su corazón es mayor que el mío.

Nota al pie

Vivo en un país de despedidas.

Valerio – Yunier Serrano Rojas
(San Cristóbal, Pinar del Río, 1985)

(San Cristóbal, Artemisa, 1985). Escritor e ilustrador. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Tiene publicados los libros de literatura para niños *Lección de amor y anatomía* y *Un libro de espías*, por cuyo proyecto obtuvo una de las becas Caballo de Coral que otorga el Centro de Formación Onelio Jorge Cardoso. Cuenta además con los poemarios *Los Bajos reinos* y *Habitación propia*. Poemas suyos aparecen en varias antologías y revistas como Cauce, La Gaveta, Ventana Azul, entre otras. Ha obtenido los premios La Edad de Oro y Sed de Belleza en 2010, en ese mismo año recibió la Beca de Creación La Noche, y en 2012 mereció el Premio de la Asociación Hermanos Saíz en el Concurso Regino Boti. Por su trabajo como ilustrador el Instituto Cubano del Libro le otorgó el Premio de Arte del Libro Raúl Martínez al mejor libro ilustrado en 2016, por *Había una vez*.

piedra

ir haciéndome piedra
filos con qué abrir la carne
del otro
ir muriendo
para que tu mano
no penetre con un fósforo
si me divides encuentras dos mitades
de la misma cerrazón
no quiero pensar en nadie
no quiero que nadie piense en mí
no quiero escuchar a bach
preciso desgarrar la mano que acaricia
ser golpe sobre la cien
y sordo como la tapia.

laguna

succionar
tragar
dijo
la boca
de la laguna
bajo mi delgada epidermis
todo lo que caiga por su propio peso
no hay aquí ningún muerto no
encontrarás sino la
tranquilidad pasmosa del que ya devoró
esa vida que la superficie refleja.

buey

un buey es un buey
no busques en vano su interior
no hay puertas de acceso
es todo una puerta carcelaria
al dividir al buey
encontrarás sudor acumulado
cansancio de obrero
ni un poco de riqueza
macizo es el buey
no hay oquedades donde esconderse
no hay arqueadas en su rostro
sereno
sube al cielo con la misma levedad
con que en tierra tira
de los días ordinarios de su existencia
parecido a mi padre es el buey
es fácil que escape
no tiene partes
es todo
sacrificio.

cuba

cubo
levitando sobre la nada
sus 6 lados me comprimen
batallan los huracanes
afuera es solo una caja
dentro es solo un niño
los 6 lados forrados con papel regalo
vacío de la caracola que canta
te pego una estampilla
te cierro como un sobre
y te echo en un buzón
de agua

a la deriva
una cuba un cubo
flota sobre el cielo
o vaga bajo el techo del mar.

nieve

¿esto es nieve?
parece mierda pegada a los zapatos
parece un congelador vacío
vamos a succionar carámbanos que
tengo la nariz roja de esperar y me cae
baba sobre el labio que rastrea el papel blanco
vamos a hacer muñecos de nieve
a nuestra imagen y semejanza
vamos a ponerle un gran oído
para que escuchen los pozos de hambre
que encharcan las barrigas de mis nietos
vamos a colocar una butaca aquí
vamos a tender las frazadas de la urs
vamos a hacer sopa con las ollas arroceras
vamos a sostener una pira y calentarnos con los
reconocimientos de la patria
esperemos al yeti definitivo
así lo quisieron los poetas
que nevara en cuba
y uno sin una bufanda
y uno sin un abeto en el jardín
y uno con esta rabia tropical
tan lejana a la nieve
que cae romántica en la estepa.

Yess Ramírez
(Guantánamo, 1985)

Poeta, escritora para niños y promotora cultural. Guionista de radio y televisión. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad de Oriente. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz, la Asociación de Comunicadores Sociales y la Agencia Cubana de Derecho de Autor Musical. Coordinadora general del proyecto de promoción literaria Grafomanía y presidenta del Comité Organizador del Concurso Internacional Abriendo Puertas. Obtuvo las becas de creación El reino de este mundo y Sigifredo Álvarez Conesa. Ha recibido premios en el XXXI Concurso Voces nuevas, VI Concurso Benigno Vázquez Pubillones, en los Juegos Florales Yo tallo mi diamante, V Concurso Caridad Pineda in Memoriam y mención en los XIX Juegos Florales Premio Poesía de Primavera, y Premio Guamo 2017. Es autora de los libros *Coleta, corazón de papel*, de teatro para niños y *Retazos de poesía para niños*.

Profundidades

Aquí es donde extiendo mi llave
y la tiro al vacío,
aguacero suicida
donde duelen mis gritos
y renuncio a convertirme
en animal descompuesto,
cadáver que todos
desconocen,
en esta vida de peces
rumbo a la carnada.

No quiero,
pero otra vez soy carne
que compone al demonio,
cuerpo turbio
de muchacha urbana
que pernocta en un bar
y concede sexo
a la intemperie.

Un demonio en cuya piel
se escurre
el homicida que acuchilla
cuerpos
y los va dejando
tirados en la arena,
bajo el recuerdo de un ángel,
fuego que abre grietas
a su nombre.

Autodestrucción

Desde este cuarto isla sueño mis derrotas.
Útero infecundo donde se agolpa un sentimiento
que apenas reconozco,
y ese espacio que reclamo
me deja solitaria.

Al lado mis padres cavan,
las palas se pierden en la profundidad
de su disgusto,
simulacro de imagen f-a-m-i-l-i-a-r
que me produce escaras.

Al lado mi hermana
se restriega el ombligo
escribe un poema modernista,
y aparece junto al arrecife,
náufraga de sus imprevisiones.

Mis padres continúan cavando
en horas discontinuas,
saben que el tiempo
es el hilo que envuelve la esfera,
que nada pueden hacer contra el desgano
y la contorsión de esos miembros
que aseguran los doctores,
eran míos.

La isla se achica
en medio de las rejas,
la isla teme que perezca
pero solo contempla y me des-hace.

Al lado mis padres se detienen,
al lado mi hermana escribe otro poema
y los conduce a la orilla,
recodo perfecto para una despedida.

Sin testigos

A Remedios, la octava villa

I

Robert Deal
es cliente VIP
del Hotel Mascotte,
tourlider
sociólogo
y naturalista inglés.

En el Louvre,
disfruta cada día un café
y admira los árboles del parque,
entre ellos,
una palmera.

II

La palma, es el árbol nacional
le han dicho las muchachas
de la mesa de al lado.
Un auténtico árbol nacional,
repiten ellas,
y él curioso,
inspecciona los detalles
ondulados de sus partes,
el penacho
las pencas
y las hace flamear con su FLASH
FLASH
FLASH.

III

A Robert no le gustan
los puentes oscuros,
pero sí las chicas sexys
enseñando los muslos
y hacia ellas va,
con la sangre espumosa.

Prende tres cigarrillos
Romeo and Juliette
y los lanza.
El río se los traga,
y él intenta tragarse
sus lunares
etiquetar sus nalgas
moldear sus vicios.

IV

Son las seis.
Un toque sordo nos despierta.
A Robert Deal lo han asesinado
un disparo
un navajazo
un tropezón
una sacudida ingrata.

Entre el puente y las palmeras
a la salida del pueblo,
está Robert Deal,
excliente VIP
tourlider, sociólogo
y naturalista inglés,
con un penacho entre los dientes
y miles de FLASH

FLASH

FLASH.

Los ombligos del mundo

La pérdida de peso
explica el cambio de aspecto.
Grietas atravesando
la plana superficie.
Abertura profunda
del latín, umbilicus
del griego, ómphalos,
cicatriz restante
del cordón umbilical.
Para mi hermana un sacrificio
lavarlo durante el baño,
adolescente
a la que nada importan
las reglas,
ni las tradiciones
familiares.
No la culpo,
todos tenemos algo
que a veces descuidamos
a sabiendas,
que a veces dejamos sin lavar,
y solo hiede.

Sergio García Zamora

(Santa Clara, 1986)

Licenciado en Filología Hispánica. Es autor de los poemarios *Tiempo de siega*, *Poda*, *El valle de Acor*, *Día mambi*, *Libro del amor feliz*, *Las espléndidas ciudades*, *La violencia de las horas*, *Caballería insurrecta*, *Animal político*; por ellos obtuvo premios en los siguientes certámenes respectivamente: Concurso Poesía de Primavera 2009 en Ciego de Ávila; Calendario 2010; Fundación de la Ciudad de Santa Clara 2011; Digdora Alonso en Matanzas, en 2011; Premios Emilio Ballagas, Eliseo Diego, José Jacinto Milanés y Manuel Navarro Luna durante el 2012, el Premio Regino Boti, en 2013. Por el cuaderno *Resurrección del cisne* recibió el Premio Internacional de Poesía Rubén Darío. *El frío de vivir* le valió el XXIX Premio Loewe a la Creación Joven en 2017, publicado por Visor Libros. Por *Diario del buen recluso* mereció el III Premio Internacional de Poesía Gabriel Celaya en 2018. Es profesor fundador del Grupo Literario La estrella en germen.

El día

El día es un perro que se lo come todo. Un perro que se come todo lo que le echen: el árbol y la casa en el árbol; golondrinas y gorrones; autos y bicicletas; niños que van al colegio y padres que los llevan; vendedores de fruta, policías, ¡carteros!; veletas y molinillos; campanas de iglesia, cruces y monjas; lirios y más lirios; rosas y más rosas. Y siempre hay una fuente en medio de las plazas para que el día beba. No se nos vuelva rabioso y haya que matarlo.

Yo me encontré el día y le puse Viernes porque era inocente como una novela de Daniel Defoe. El día se nombra como el día que lo encuentres. Como es el mismo perro a veces un jueves parece domingo, pero todo los días son el mismo perro. Se parece a la muerte como se parece a la vida.

El día es un perro que siempre tiene hambre. Su plato de metal está vacío como el mediodía. En el plato brilla el sol. El día se lo come. Entre el rompiente de sus dientes y su lengua azul y salobre, se lo come. Enrojece su garganta. ¿Qué haremos? El día no quiere soltar el hueso de fuego, el hueso redondo y luminoso. Entonces el dueño va hasta el traspatio donde ya lloran las estrellas, y el traspatio es largo como el mundo. El dueño, que es padre de familia; el dueño, que es hermano de todos sus hijos, le acaricia la noche y le dice humanamente: Vamos, suelta el sol, ¡échalo! Vamos, sé bueno. Y el día tose, estornuda y tose sobre el mundo toda la neblina.

Y otra vez amanece.

Control de sanidad

El hombre que recoge los perros
tiene alma de poeta, alma de miserable,
lo que se dice un total miserable desalmado.
Mientras él goza atrapando al animal,
la gente le mira y lo abomina,
la gente que jamás recogió un animal.
Este es mi consejo, mi lección.
Escribir como el hombre que recoge los perros:
tomar al lector por el cuello y levantarlo en vilo;
reírse aunque chille, reírse porque chilla;
echarlo en la jaula, perro entre perros;
hacerle ver que no era otra su verdad
ni otro su destino.

La perra

De niño tuve una perra.
No era una perra. Era un demonio.
Un demonio me cuidaba
como suele hacer un demonio.

Mis amigos querían ver al demonio
y el demonio puso a prueba a mis amigos:
mordió sus piernas,
mordió sus manos,
mordió sus caras.
Todos se fueron chillando.
Todos no volvieron.

Con miedo de volver,
con la prohibición de volver,
solo Mis Reales Amigos volvieron.
Entonces el demonio supo recibirlos
y dejó que se le acercaran

y la acariciaran
y la golpearan
y la volvieran a acariciar.

De niño tuve una perra
que no era una perra.
Escribes como un demonio,
dice mi mujer y yo le sonrío:
pienso en las almas
que voy a morder.

La nariz

Le rompieron la nariz a mis poemas.
Le dieron con el puño de la vida
y con la frente de las cosas.
Le quebraron el eje perfectísimo del rostro
para que nunca vuelvan a meter la nariz
donde no los llaman.
Cómo fue que jamás me olí esa desgracia,
yo que soy un perro
cansado de olfatear el mundo.
Ahora llaman belleza a esta sangre.
Ahora llaman música a este ronquido.

Poemas con perros

Qué buenos son los poemas con perros, lo mismo ladrando que callados, lo mismo hambrientos que satisfechos. No sé si los poemas son los mejores amigos del hombre, pero los perros son los mejores amigos del poeta. Me lo enseñó Homero, como casi todo. Cuando Aquiles injuria a Agamenón le dice: «¡Ebrioso, que tienes ojos de perro y corazón de venado!». Cuando Odiseo vuelve a Ítaca ve a su Argos tendido, lleno de garrapatas; el can mueve la cola y las orejas en señal de alegría, pero no logra levantarse, y el héroe Odiseo se enjuga una lágrima. Qué buenos son los poemas con perros. Cada día se adoptan y adaptan más; cada día recogen más perros de la calle para ponerles un collar de versos. Yo regalo los míos antes de que me los roben. Pero son perros fieles. Siempre vuelven a casa.

Heriberto Machado Galiana
(Ciego de Ávila, 1987)

Poeta y narrador. Licenciado en Estudios Socioculturales. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Es autor de los poemarios *Las horas inertes*, por el que obtuvo el Premio Poesía de Primavera en Ciego de Ávila en 2011; *Acantilado*, publicado por Ediciones La Luz en 2015; *De castaño a oscuro*, cuaderno ganador del certamen Mangle Rojo en 2013 y *Nacido muerto* por el que recibió el premio Calendario en 2015. Como narrador ha sido merecedor del premio Ernest Hemingway en 2011 y Ediciones Ávila publicó su libro de cuentos *El escribano*, en 2015. Poemas suyos pueden leerse en antologías como *La calle de Rimbaud*, *El árbol en la cumbre*, entre otras. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz, en la que fungió como jefe de la sección de Literatura de Ciego de Ávila, desde donde coordinó Juegos Florales y otros eventos.

Inicio de todo lo que termina

Hoy retorno a la espera de los castrados,
al vacío de los que mueren sin temor a morir
apelmazados y solos.

El estanque de mi infancia me invita
a recordar gestos plácidos,
caminos a lo impenetrable.

Hay un recodo en los días hambrientos
donde mi padre vuelve a morir.
Y tenso la cuerda,
el filo de todo lo que es filoso.

Descubrí que tras las puertas
se esconden
silenciosas voces,
que en los sarcófagos hay más vida que en los vientres,
que los domingos son más tristes.

Me rompo en trozos de disparidad,
me digo, me contradigo, me culpo.

Crecí solo, sin más dolor que todo el dolor de lo perdido,
días de carencias,
de retruécanos y falsedades.
Crecí sin más cielo
que el que muere en el límite del horizonte.
Sin más Dios que las blasfemias de mi madre.

Estoy convencido de que muero,
de que retorno a la espera de los inocentes
—esa tercera inocencia de volver a creer—,
al vacío de las nueces que no he visto,
que no se rompen.

Marina Tsvietáieva

Soy hija del amor y la nevada,
cómplice del temor y del destino,
susurro que se pierde en el camino
que me lleva a Moscú, desesperada.

El tren sigue su marcha apresurada
sobre la nieve roja, entre los pinos
vi nacer y morir un remolino,
pasar soldados con el alma helada.

Vuelvo a Moscú como quien vuelve a un sueño
que acontece mi propia perdición.
Taño la luz. Sedienta es la ablación

de la muerte. Vacío es todo empeño.
Ya ni sé a qué me entrego, quién es dueño
de la sangre que moja mi ovación.

Todo el pasado

Todo el pasado está a mi puerta
como un terco animal que no comprende.

Puñal anclado en la memoria.

Dolor del zafio golpe,
de la pálida ausencia.

Oh, pasado, palabras que no dije,
muchachas que no amé.

El pasado es mi falta de destino,
el miedo de los niños a morir,
ese viejo dolor que nunca llega.

Las monedas

Se pasean entre mis manos.
Entre mis manos que llevan el afán
inerte
del comprador.

(Desposeídas como los transeúntes lerdos,
calladas como la ausencia.
Instante ínfimo y vacío.)

Pobres monedas
que de inciertas manos llegan a las mías,
que encierran un pasado de lentitud o fatiga.

¿Hacia qué reino del azar va
esta moneda en mi mano,
ahora que el vendedor y yo
intercambiamos palabras cómplices?

Alexander Blok

Cuánto hubiera querido ser mi hermano
que nació muerto en el 79;
mas me tocó vivir entre la nieve,
predecirle negruras al verano.

Todo lo que escribí lo escribí en vano.
Perdí el tiempo cantándole a la plebe.
Y no hay verso ni historia que me apruebe
el haberle aplaudido a los tiranos.

Al menos morí joven; dejé el rastro
empañado de soles y banderas.
Ya nadie entenderá por qué veredas

se fue la luz oscura de los astros.
Nadie comprenderá la nueva era
de los soviets: carteles y gusanos.

Ismaray Pozo Quiñones
(Pinar del Río, 1987)

Poeta y narradora. Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de La Habana. Graduada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Tiene publicado el poemario *Regresiones*. En 2017 obtuvo Mención en el Premio Calendario de la AHS por el cuaderno *Eterno consorte de mi alma*, publicado por Ediciones Loynaz en 2018 bajo el título *Abisales*. En 2018 recibió el premio Luis Rogelio Nogueras por el libro de poesía *La recitante*. Poemas suyos pueden leerse en las antologías *Caleidoscopio: selección de poesía femenina*, *La poesía de la vida*, del artista plástico y compilador alemán Stefan Schwarzer, entre otras antologías y revistas. Se ha desempeñado como asesora de televisión en espacios musicales como Estéreo Ritmo, Talla Joven, De cualquier parte, Encuentros. Es miembro del consejo editorial de Ediciones Loynaz, donde trabaja como editora, correctora y promotora cultural.

Los toros, lo trenes, los sueños

Apuesto a que nunca escuchaste Think. Ni viste a Curtis Mayfield mirando por detrás de los cristales. Nada es peor que un hombre zigzagueando. Yo pienso con mi cabeza de mujer, que hoy renuncia a teñir dos canas flagrantes. La primera cana es un descubrimiento. Luego, aprendes a cazar hasta que la cabeza sea un fulgor, un lampo sobrepasando la luz de las estrellas. Pero de pronto yo misma, que pasé por un fogaje de toros en sobresalto (dos toros negros, peleando sin saber por qué [en la noche rumorosa]) tengo ahora piedad del hielo. Todo ese bloque blanco renuncia a quedarse en sus bordes, o no puede.

Sin embargo, aquí todo es cómplice; aquí todo está decayendo. Tuve ayer un sueño preciso: esperaba un tren, debía caminar la distancia que hay de mi casa a la estación (no sé cuál es...unos 15 min de camino) pero no me movía, algo pudo vencerme el temblor como a Alphonse Tigamba. Y sentí el fotutazo, el aviso ceremonioso del gran bloque de hierro en el andén, yo lejos, exclamativa, sin veloces piernas, con el enfriamiento que transfigura el paladar y entumece cualquier cosa. Mi hermana, la valiente, agarró una bicicleta y se fue dando bólicos por dentro de las vegas de tabaco para llegar a la estación, mientras yo, con la linterna, alumbraba. Era la rebelión de la oscuridad en las vegas, y entre el verde—ahora opaco—se estrechaba un caminito largo que mi hermana dejaba y dejaba y que, de continuar, la llevaría a otros zaguanes. Vería los ruidos que hace otra ciudad. Yo era una poza con una monstruosa orilla, el agua clara o entumecida, pero siempre llena de suavidades, y unas esencias que tienen de todo semejante a la tierra, quedaron en el fondo, cimentadas como una leyenda. Ahora en mis sienas asiste un pensamiento: todo (por casualidad) está significado.

Oyó

*Tiempo que anduvimos, contracallados,
soplando la sangre para enfriarla...*

J.G.R

Los días que estructuramos el nervio
lo ajeno era un inciso cuchillo
la mirada fulgía por las hendijas
los quiebrasoles
en la barca que era la noche.
Ifé se colaba con sus designios,
hombres fuertes, musculosos
torneaban sus codillos al Sol
modelaban en los cuerpos
los misterios de la carne.
El remo con sus tormentos
la maniobra de siempre
zarpar a un puerto probable,
la mano hecha para bogar
la bendita negrura
de la mano misma
de la noche en que nos resistimos
a pernoctar.
Ahora,
es tan fácil pasar dedos
sobre superficies,
pero antes era menos
dejar las plazas
las tierras que mujeres
habían poblado de cantos.
La mujer queda aparcada
en una guerra rezando
su nombre tiene la fuerza de la intolerancia
su nombre es Areda
y su miedo ha teñido todos
los colores como una maldita extensión,
pero, aquí vinimos a negar el fuego
de los bárbaros. Vinimos a negarlo todo,

a Agayú (desierto y firmamento).
Hubo otra ciudad, Oyó,
temida por sus truenos
tenía mandioca, floraciones,
palmeras equipadas con racimos
de palmiche
árboles sagrados de Abikú
tenía casitas de barro apisonado,
daban todas a un patio común,
en las mañanas los niños salían
a hacer la fotosíntesis
las madres cascabeleaban
sus pendientes de bronce,
que ya comenzaba a colonizar
los pueblos del litoral.
El Sol bronceaba en el bronce
de una manera profética,
antes de aventurarse (los bogadores)
antes de llegar a San Luis de Marahao,
todo estaba en paz,
no se desconfiaba de la hidrópica
mansedumbre ribereña
-aunque la cosa entre siempre
por un puerto
y preexista ese rumor de ambulancia
(por las altas mareas).

“Toma, entierra tú lo que aquí flota,
aquí se oxida la sangre”
“Toma, algas para anudar los pilotes del muelle”
“Toma, los corales, las carcasas”.
La costa prometía
materiales para el mercado
y navíos rumbeando hacia la Esclavitud.
Ahora, los caballos rezongarían
al artificio flotante,
cofre abierto al gratinado Sol de Guinea
Níger, Pointe-Noire,
nadie sabe tanto como el Astro

que ausculta desde el fuego hasta
el latigazo sobre la sangre
desde la lesión hasta el fin de la voluntad
desde el día, que abre su exposición teatral
y cierra en un hombre de mediana edad
acaso demasiado fruncido
como un rey de mimbre,
acaso muerto en la común desgracia.

Comerse un pez sagrado

Christo lanzó una manta de plástico
sobre la costa. Resolvió aquietar
el bullicio dónde nace un país.
Esto es una glorificación:
plastificar un pantano
La identidad prende en los musgos primeros
donde ahora cangrejos no encuentran alimentos
sino una redención de yagua
o tobogán, algo resbaladizo (en resumen).
La peripecia de Christo es camuflarlo todo,
donde allí lo torvo
donde allí todo era un ejercicio
donde el progreso vertió al mar, resonante.
Ahora imprecisos, resignificaríamos
con nuevos nombres

una podría decir, donde nace un país
hay blanca premonición (la del día)
pero lo enigmático concede al mar
la ambigüedad de los perros asustadizos.
El pez es el origen,
la cola afilada el remilgo de los pies juntísimos
el hombre podría ser una mujer
que resurge de los cuerpos marcados,
del mito involuntario de la Sikán.
Ella veladora se sacrifica:

ve rodar la cabeza del chivo.
Había bajado del monte el Inocente
huyendo de otra mujer que bebería la sangre
de sus testículos. Y hacia ella fue a parar,
el Inocente, a la mu(jer)erte última.
La primera muerte llegará cuando
el sol no rasgue la nata sintética
sobre las cabezas.

La Sikán la Sikaneka/ sin país
rehogó los ojos en una cesta
de otro Cristo, ahora preocupado
por el amor al prójimo ---menos humano,
menos inteligente---
no se sacrifica por los otros
esto que a mí me cuenta tanto
[el horror de la cucaracha al ver el miedo ajeno
es más que su propio horror terebrante]
Cristo no sabía de aquellos hombres lobos
mengando peces a zarpazo.
El mundo era más antiguo a todo, a él mismo,
a otro Krzysztof Kieslowski.

Roberto Fournier
(Guantánamo, 1987)

Poeta. Licenciado en Letras por la Universidad de Oriente. Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio de la Asociación Hermanos Saíz Juegos Florales de Santiago de Cuba en 2013, y Mención en el Concurso Literario Hermanos Loynaz en 2017. Textos suyos aparecen en las selecciones: *Todo parecía. Poesía cubana contemporánea de temas gays y lésbicos*, publicados por Ediciones La Mirada, en Nuevo México, *Viaje de dos en tres partes* de la Editorial Zenú, de Montería; *Estos poetas del milenio...* de la Fundación Memoria Cultural, en Miami; *Pasaporte. Cuba, poesía de los Años Cero* por Catafixia Editorial, en Guatemala; así como en la revista *El Mar y la Montaña*, de Guantánamo. Tiene publicado la plaquette *El guarda de la viña* por Ediciones Puentes, de la Universidad de Oriente, en 2011; y el cuaderno de poesía *La cantidad rosada* por Ediciones La Luz, de Holguín en 2016. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz.

Meditación

A mis abuelas.

Cuánto cuesta una palabra,
cuánto vale/arde
el rincón donde río, un momento gris que lo desborde;
despojar la edad:
música que bambolea el límite,
que está en todas partes y amarra
la sustancia del decir.
Cuánto los ojos de mi madre, sus nanas contra el apagón;
aquel niño que no supo
qué hacer con su sonrisa:
los arrullos no conforman su sangre,
apenas hacen hueco a la pregunta;
el quicio donde me acontezca:
abrírseme los poros
bajo un halo que seduzca
al recio verdeolivo;
un gritadero para la meditación,
cuando anuncien viernes trece, el próximo huracán,
chismes de deceso...
Cuando quede solo el himno
para excavar la arena.

Vida del nieto de Flora

No me viro un pie si lo asomo entre la paja
...voy montado en un burrito /
voy comiendo platanito /
y al que no le guste así... /

densa agria
dará los gritos donde todos escuche
verá rojo la vida en rosa
como un auténtico simio-
padre
cagará semillas tiernecitas
la entraña de algo hueco
Ni aunque sea yo La Juana
—a quien juran pero no le han visto
El gorro frigio la vida entera la punta ‘el pie
—lo tengo virado
La paja es densa si no lo asomo

P-o-ética

Venir, sin gota de malicia, no dando asomo al cóccix de la perversión.
Ni al mínimo gesto; guiño del que apenas se huye; atisbo, errancia...

Verjas. Un niño desnudo bajo el aguacero...
Verjas. Otro, recortado contra la vid...

Imágenes. Se busca quien las devuelva intactas. Un color. Ya
no ansías plenitud. Tal vez alcances ese non plus de la representa-
ción que es la autofagia.

Parque Dolores

People change, and
smile: but the agony
abides.
T. S. ELIOT

Que me invadas
que me saltes y me empujes contra el suelo
A veces trituro esos disparos
hago mutis
cuando hablan de mí

Porque en todo veo agua
y madres con tirapiedras
y rascabuchadores
el mismo hastío

Return to Innocence
al mito infame en que naces

pájaro pájaro pájaro!
En mi puerto cargan hacia Libia
cualquier ciudad no es bendecida por el fuego de los
presidentes
En Sodoma aún no es invierno
sobre el mar flotan billetes de niebla
verdes de moho
Atacar el medio oriente puede ser el safari que soñaste
no dejaré que huyas
...sana culito sana...
sin bombas
cóseme
el prepucio abierto de sangre y pus
En Ítaca me envuelvo en los cadáveres de mis pretendientes
como un niño que encierran detrás del mar
Para que otros me empañen el espejo
y me lleven y me traigan
embárcame
como decimos traición en cubano
No tengo qué romper u olvidar
...yo no quiero quince, /
yo no quiero fresa, /
lo que quiero es Ginsberg, Fowler, Luis Yuseff... /
que me lluevas
a la sombra de los chamacos en *Dior*
Solo entonces creeré tu descenso
Tatúame el iris con sangre
ponme en cruz
haré equilibrio con tus tres clavos

Sinfonía sin buzo

...Al que hurra, al que aúlla... al insomne que duerme y loba en caperuza, en el apuro, en el desvío... Para el resbaladizo, esta alergia engrifa; rocío que se lame, ronroneo.

Quemadura con saliva.

La propia tela que Dánae ha sumergido. Ah, Miano, ¿por qué la ca(r)gas? Costra, pellejo de hilos de oro sobre la joyesca

calva, el pie de un campeón de triple salto, afluyente de los que se desnudan, aglomerados en cucullas, ¡qué reinas! Todo el cuerpo duro entre manoplas, ¡bugas!

Quemadura con saliva.

Pasten como cebras y discutan de pelota o básquet... Nadan en saliva por no exécute! el jubileo de la piel... Ah, Miano...

Honda quemadura.

Rosamary Argüelles García

(Santa Clara, 1987)

Poeta, narradora y promotora cultural. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Ha obtenido reconocimientos como Mención en Poesía para Adultos en el Encuentro Debate de la Casa de Cultura Juan Marinero, en 2006 en Villa Clara. Segundo Premio en el Concurso Internacional Cartas de Amor Escribanía Dollz 2014, en Sancti Spíritus; premio en el Concurso de Poesía El Puente en Homenaje a la ciudad en su 500 Aniversario, en 2014 en Sancti Spíritus; Premio de Poesía para Adultos y de Poesía Ilustrada Fayad Jamís en Casa de Cultura Osvaldo Mursulí Recarey, en 2014, en Sancti Spíritus, entre otros. Textos suyos pueden leerse en Revista Literaria VersoDiverso, de formato digital. Trabaja como promotora y gestora de eventos y proyectos culturales en el Centro Provincial del Libro de Sancti Spíritus, de conjunto con la Asociación Hermanos Saíz de esta provincia.

Mi sombrilla-techo inquieta el andar apresurado,
conquista un sitio, mío,
para asirme en la acera inflexible,
los callos sofocan la sombrilla,
se extienden hasta la ropa-pared,
que interrumpida en el zurcido demacra.
Los vecinos creen conocer el miedo,
palpitan ecuanímenes desde sus casas,
sólidas, sí, también deformes;
¿quién de ellos, atenta a su quiebre, me hiciera salva?
Dispersa en mis hijos, los peso,
regodeados en una manta angular
y son apenas dos varas que sostener
tres para cambiar de sitio,
sujetar la sombrilla-techo,
ampararme si la ropa-pared se agita,
y los desvela el zumbido de la manta,
nos sujeto: sombrilla, ropa, manta, hijos,
que aún creen tener un techo.

*

Mi hija creció en una noche,
con el humo del cigarro en las pupilas,
se empinó para apoyar mi carga,
pálido destino con escaso verde sobre la mesa.
Mi niña creció para edificar sus miedos en los míos,
crear un mundo bipolar,
desmedido en los aciertos de su orden;
se hizo grande cuando llegó a mis brazos
como las gotas de leche sumando lunares al único vestido,
amarga para quedar sola,
imitando la fuga del padre,
de su mano alta sobre mí.

Mi hija, acumulación de efectos excluyentes
creció para verme entre cigarros
que avizoran como proyectiles cargados
desde la ventana al techo
ella ha crecido para imitar su fuga,
entre los parches blancos del único vestido.

*

Donde duermo,

-por el hábito de tenderme y pensar hasta que amanece-,
los muelles florecen mejor que las ideas,
el relleno es nieve ante el imaginario de los niños,
que hacen nevar en el cuarto cerrado
donde la abuela ostenta su mirada fiera
ahora de vuelta al colchón,
el relleno es bajo entre los soportes
que hacen de puñales nocturnos.
Un día perforarán mi vientre
quizás mi preñez difiera de la costumbre,
¡oh, pero si pudiera parir resortes!
De vuelta a la realidad me extendiendo en él
pensando en no cambiar la tela,
es lindo des tenderlo y ver la huella del primer orín
la tela perforada que pide un cambio
el que no quiero pensar;
el colchón roto, esparcido por los niños,
regañados por la abuela,
me da de comer con poemas,
con el dinero de muchos libros,
que ocultará el colchón hasta un inevitable reemplazo.

*

Los niños santos

chupan tabaco con miel en los altares
sus ojos palidecen ante los perros que lamen
les temen
juran por las llagas del hombre
para que no vacíen sus cuerpos si alguien les hiere
a Lázaro se le besa suave
para que la tía no oiga
para que no reclame la miel y el tabaco
a Lázaro le gustan los kilos y no los pesos
a los niños les gustan las monedas cuc
por eso los niños no lo entienden
quizá los perros han lamido demasiado
le han dejado sin sangre para pensar
los niños temen a los perros que lamen
los niños quieren
saber.

*

La justicia se venda los ojos,

nada le es urgente,
la oscuridad le sigue.
Orula sabe
y el padrino carece y el santo pide,
la balanza sostiene lo que quiera el santo,
lo que pida el padrino.
A la justicia, la creen loca,
no contesta,
sólo habla lenguas muertas.
Habrá que esperar que se le monte,
sea justa cuando arroje la venda y vea
y ordene en lucumí las santas ofrendas.

Yanaris Valdivia Melo
(Ciego de Ávila, 1987)

Licenciada en Estudios Socioculturales. Poeta y artista de la plástica. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz y de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Ha obtenido diversos premios fuera y dentro de Cuba, entre ellos destacan el premio en el Primer Concurso Internacional de Haiku La hoja de Cerezo de Ciego de Ávila, en 2007; el Premio de Poesía Raúl Doblado de Ciego de Ávila, en 2009; Primer Lugar del Concurso Internacional El mundo lleva alas, de Miami, en 2014; Premio Poesía de Primavera de Ciego de Ávila y Premio Poesía de amor de Cienfuegos, ambos en 2015; Accésit en el certamen internacional de poesía La calle que tú me das, de Las Palmas de Gran Canaria, en 2016. Tiene publicados los libros de poesía *365 palabras*, *Desprendimientos*, *Matrices*, *El lenguaje de los mapas*. Textos suyos aparecen publicados en revistas y antologías en Cuba, Estados Unidos y España.

Paraíso en la tierra

Escucha como se diluye entre acordes, risas, aplausos, en un triste programa que se repone.

El paraíso, escucha, alcanza pronto su mano, estírate, intenta atrapar los vestigios, la idea primordial.

Toca sus ropas, recuerda.

El paraíso es una sigla, un lumínico, un slogan para vender a los hombres, ávidos por descubrir nuevas e inmaculadas tierras, tierras bárbaras, primitivas. Ellas son la felicidad prometida.

Una búsqueda rápida en Internet y ya está el paraíso al alcance de tus manos. ¿Qué pudiera encontrar si lo intento, si pongo la rúbrica en Google: Paraíso, el de Adán y Eva?

¿Las playas de Tahití, Hawái, el paraíso cubano? Cuántas acepciones, coincidencias, posibles enlaces.

Toca a tus hijos, los de Adán y los de Eva, escucha como se olvidan, entre tanta información, gritos y acordes que ensordecen, risas y aplausos repetidos, sin verdad.

Es necesario retornar a la matriz de la palabra, al estado superior de las palabras, a la comprensión de su poder, a la conciencia, o al sueño.

Escucha cómo se transfigura el Paraíso.

Umbrales

Podría abrirme despacio, partiendo de la herida de mi dedo. Solo hay que segar la carne para acomodarse, para devorarnos.

Abandonar, un paso afuera, adentro. Cambio de posturas.

Nos quedamos sin saber qué sigue molestándonos, puertas me atraviesan, me salvan, imperfectas.

Las puertas son invitaciones supersticiosas.

*

Miro hacia atrás, como mi padre hace cientos de años.

Miro atrás las señas de la espuma, las líneas que surcan el agua, que en el viaje me transportan hasta la marina,

los catamaranes, los botes anclados, unos junto a otros, fondeados dulcemente al interior de la bahía, abrigados en el útero que los recibe.

El puerto, dando vida con sus viajeros y personajes de paso.

Miro atrás y el pensamiento también traspasa los bergantines, cruceros, gaviotas y pequeñísimas criaturas marinas.

Miro atrás y le veo erigirse monstruoso, con cada uno de sus perfiles, pisos y realidades.

Lejos de ese punto del que he partido se alza, visible a toda mirada superflua y desconocedora.

Visible, mientras me despido en silencio, sin mímica, sin expresión de dolor o gozo.

Solo yo sé que digo adiós y retorno al hogar interior, al abismo primordial.

A diferencia de mi padre no huyo, voy tras la pista, el milagro, tras la canción dormida, la palabra, me sumerjo.

Sopla un viento frío del sur

Lucho a diario contra los sentidos, la naturaleza corpórea y la ilusión. Cada día es un espejo de agua.

Sopla un frío viento que apacigua el espíritu y lo complejiza.

Apenas he comenzado a andar, y la muerte del cuerpo se aproxima.

¿Cómo no ser, cómo el vacío?

¿Cómo percibes los fenómenos sin cuerpo, sin sonidos, sin el roce, sin los olores disímiles que hemos aprendido a reconocer?

¿Será que puede tornarse en un todo omnisciente, sin forma y que a su vez abarca toda forma y vacuidad; el amor puede ser experimentado en su forma más pura?

¿Podré encontrarlos nuevamente, los que he amado y de alguna forma son parte aún de ese amor que abarca todo límite?

¿Podré evitar la ira, el rencor, estar en paz?

Lo que antes hiere no puede dañar, si todo se transforma en verdadera compasión, en verdadera sabiduría.

Mas hoy sopla un frío viento del sur, desde esta latitud, aún soy este cuerpo que agoniza, que te extraña, y que se duele, que ama; a pesar de la impermanencia. Ahora soy este cuerpo que abraza la certeza o la incertidumbre de lo verdadero que se halla más allá de toda compresión.

Cada día es una posibilidad.

Cada día es una oportunidad.

Cada día es un aprendizaje, un regalo, a pesar del dolor, la confusión.

El camino ha de recorrerse nuevamente.

El viento frío del sur, transcurre, se transforma.

Un pañuelo atado hacia la izquierda

Una cinta en la muñeca se despliega,

Una cuerda vibra de manera sostenida y multicolorde.

Un eslabón se rompe, un cable es tensado, alguien hace equilibrios, flota.

Un ciclo comienza.

Una canción es entonada nuevamente a la mañana,

al ocaso, retorna de la nada, aún más sonora, sublime, prístina.

Un pañuelo plegado, un nudo deshecho, una cuerda estática de forma interrumpida, silente.

Un círculo es fundido,

Un cable es tensado para volver a caminar sobre el vacío.

Sobre el silencio de la noche, una canción es vuelta a entonar, es concebida en el sueño, en la quietud de los árboles y es parecida a la brisa, discurre, abraza y abandona.

Elizabeth Reinosa Aliaga

(Bayamo, Granma, 1988)

Poeta y narradora. Ingeniera en Ciencias Informáticas. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Entre sus premios destacan el internacional de poesía Voces nuevas 2016, en España; el Primer Premio en el IV Concurso de Poesía La palabra de mi voz, en Estados Unidos, en 2017; el internacional Décima al filo 2015 y los premios nacionales de décima escrita Ala Décima 2017 y Francisco Riverón 2015. Ha publicado los cuadernos de poesía *En la punta del iceberg* (2011), *Striptease de la memoria* (2016), *Formas de contener el vacío* (2016), *Brújulas* (2018) y la novela para niños *Las Seis en punto* (2017). Trabaja como promotora cultural en la filial de Literatura de la Unión Nacional de Escritores y Artistas en la difusión y coordinación de importantes eventos literarios como el Festival Internacional de Poesía de La Habana, la Bienal de Poesía, acciones de la UNEAC en la Feria Internacional del Libro, entre otros.

Todo era claro y firme

Han sembrado posturas para el silencio.
No quieren saber de mi arritmia,
signo de sangre desbocada,
de hipocondría,
visión minimalista del mundo.
Detrás del cristal aprieto los dedos que intentan ocultar el sol
o ponerse en cruz sobre los labios.
Todo era claro y firme en los inicios,
pero ese tiempo puede durar toda una vida.
Todo era callar y festejar el estiércol,
sujetar a la bestia,
mientras otros clavaban en su pecho la derrota.

Después

será un pecado el lenguaje de los peces
que juegan a vivir
sin dejar más anuncios que el agua turbia y las migajas.
Será un absurdo el beso,
los pormenores de la noche,
un acto suicida para el mundo, la soledad y las normas
[de obediencia.
Después, será el miedo un sectarismo.
Se harán las tribus disgregadas,
sus coleccionistas.
Volverán a pedir huellas, cortarán el pelo, la esperanza...
Cambiarán los verdugos
para hacer de la muerte anonimato.
Abrirán la caja para que adentro
estalle el mundo.
Después, estará prohibido
reconocerse en los espejos.
Dolerá en cada rostro el desamparo
y el desamparo será tan dulce
como la sangre.

Desfile

Alguien cortó las banderas
y las puso al fuego.
Necesito ver cómo se llenan
de chispas
cómo iluminan la noche
mientras yo estudio
los períodos de sequía
y el arte de los bomberos
que se interponen
entre el ruido y las cenizas.
Quiero ver cómo caen los colores simbólicos
entre las lenguas de fuego.
Necesito entender por qué
las banderas son mudas
como yo.

Fiesta

La familia con sus tortas de merengue
festeja nuestro júbilo
o simula que festeja
el gozo de tener la cabeza cortada
y la lengua
y las piernas
nada de palabras
o zapatos que descubran las puertas para huir.
Una celebración con globos:
explosiones de sangre
que se activan con el filo del cuchillo.
Fiestas de la infancia
con bufones
y fotografías que ensayamos
hasta quedar
perfectos.

Boca ciega

La mujer flota en el agua
parece tan creíble
pensar que hace unos minutos
atrapaba un pez de espuma.
Que su mano soportó un cordel
que la hizo sangrar desde su origen.
Sobre la mujer no hay nubes
ni pájaros, ni moscas
solo signos que interrogan
el silencio.

Rolando Ávalos Díaz
(La Habana, 1988)

Poeta, narrador, repentista, editor, codirector del grupo poético-teatral-musical RolleX. Licenciado en Comunicación Social. Egresado de la Cátedra Honorífica de Poesía Improvisada en la Universidad de las Artes y del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Miembro de la AHS y del Grupo Ala Décima. Ha recibido los premios: en la categoría Lengua Castellana del Concurso St. Paul's School, en Barcelona en 2003; Premio (ex aequo) en el Certamen de Décima Espinela Tuineje, en Santa Cruz de Tenerife en 2011; Premio en la modalidad de menores de 30 años en el Certamen Poético de la Orden Literaria Francisco de Quevedo de Villanueva de los Infantes en España, en 2014; Premio Ala Décima 2018 por su cuaderno *Voces en off*, entre otros. Ha publicado además el poemario *Mundo pañuelo* en 2018. Desde septiembre de 2012 escribe en su blog *Más poeta serás tú*. Ha impartido talleres de repentismo y poesía improvisada.

Pregúntales a tus mayores

Pregúntate otra vez qué muerte,
qué polvo te tocará,
qué dolientes,
qué duelo, qué ciprés.
Qué ovación o qué escarnio.
Qué mausoleo o qué fosa común.

Pregúntales a tus mayores cómo
se escriben los epitafios,
por qué el ocaso de las flores,
cuál fue el pasado de esa luz,
ese pedazo de luz filtrándose en la tierra.

Atemos esa luz a menudo imposible
y sin embargo sabia.
Atemos las manos de la luz.
Ahora mismo es el tiempo de la sombra.

Pregúntales por qué, a tus mayores.

Esto no es un poema

Oh, amor, le llamas música a cualquier ruido bocinado y poesía a cualquier oración desmigajada por el viento, mientras enfrente dos siluetas importan y exportan átomos de saliva y alcohol, caridosos perfumes, lenguas erectas, mordeduras, roces y relieves de claridad o penumbra. El polvo y la eternidad se gastan. Hace ruido. Una estrella frugal me lame una mirada de soslayo. Tengo 207 años y descubro mi tercera o cuarta cana. Como un pez de madera espero una

canoa de papel, un caballo de cartón, un anzuelo, una nube pasajera que me devuelva a la casa de mi casa, al sótano del mar, a los corales, a los primeros labios con carmín, a las infieles mariposas, a los gorriones que, funambulistas, bailan sobre el tendido eléctrico con los párpados vendados. Es injusta la justicia, la velocidad con que el siglo teme desaparecer. Oh, amor, ni siquiera me crees que siempre hace frío en agosto a esta hora en el esqueleto de La Habana, en los andamios de la noche. Esto no es un poema, esto no es un barrio del oeste de la capital, esto no es La Habana, esto no es un corazón, esto no es una pipa para que inhales mis patronos de humo. No veas cómo los adolescentes que no fui roen y destejan la madrugada que nos cerca. Oh, amor, lo único que poseo son dos ojos enfermos de lujuriatura. Ahora que debajo de mis sombras tutelares estoy vivo, puedo escribir en voz alta que ya he muerto, que ya soy un cadáver exquisito.

Los árboles y las estatuas

Bajo la luz ruidosa de la ciudad
no aprendo a perdonarme porque voy aprisa.

Los árboles y las estatuas, mientras tanto
se persignan cuando pasa un hombre
con ese olor a orine milenario
pocos dientes
y el aleteo de un grito a media asta.

Cada césped dibuja una escena homicida.

El tecleo de la lluvia tintinea sobre el plato del mar.

El miedo me prohíbe que camine
pero me deja correr.

En ciertas calles sin edad
el precio de vivir parece una imprudencia.

*

En esta ciudad de árboles y estatuas promiscuos y domésticas
los edificios se suicidan
los pájaros llegan tarde a las agencias de vuelo
todos los días confundo el cuerpo con el alma
todas las tardes nos divorciamos antes de casarnos
todas las noches somos felices antes de conocernos.

*

El viento fue arrancado de raíz
pero alguien lo estampó en primera plana.
El viento fue arrastrado hacia La Habana
y huyó despavorido del país.
El viento se perdió en algún desliz
en alguna tormenta migratoria
(el alzhéimer del viento es la memoria)
El viento tose ante las hojas secas.
Al viento desordénale las pecas
los cabellos y faldas a la Historia.

Rubiel G. Labarta
(Holguín, 1988)

Poeta y narrador. Ingeniero en Ciencias Informáticas. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha recibido, entre otros, los siguientes premios en concursos nacionales: Nuevas Voces de la Poesía en 2011, Manuel Navarro Luna en 2016, Oscar Hurtado en 2016, Portus Patris en 2017, Digdora Alonso en 2017, Casa Seoane en 2017, Ciudad de Ciego de Ávila en 2017, Francisco Mir Mulet en 2018 y América Bobia en 2018. Tiene publicados los libros *Los Dioses Secretos* (2013), por el que obtuvo el Premio Puertas de Papel 2015; *Los hijos de Caín*, por el que mereció el premio Pinos Nuevos 2016; *Los Túneles*, que vio la luz por Ediciones Orto en el 2018, mismo año en que apareció *Las regiones devastadas* por Ediciones Áncoras y que había sido premiado en el concurso Mangle Rojo 2017. Ha colaborado con diversas revistas dentro y fuera de Cuba.

No van a ser condescendientes

Los habitantes de esta casa se parecen a los calderos que mi madre pone en el fogón. Al principio, el brillo y el olor a nuevo hacen pensar en una época próspera, en los manteles de seda y la cubertería de plata, en ciertos manjares que jamás conocimos ni deseamos. Después, el tizne y las abolladuras serán marcas difíciles de borrar.

El tizne y las abolladuras no van a ser condescendientes.

En la cocina, los calderos recién lavados son otra vez puestos sobre el fuego y uno piensa en la crueldad de ciertas cosas que están condenadas a repetirse eternamente. La vida es entonces peligrosa como las llamas del fogón movidas por el viento.

Sakoku

Viajas de un lugar a otro y recibes pequeños golpes, abolladuras, desgarrones: el dedo en la llaga/ donde duele. La culpa es del marabú que crece tupido en las maniguas del país. La culpa a veces no se cura fácil y hay que estregarla duro en los arroyos, estregarla contra la piedra, meterse en el agua hasta las rodillas.

Tal vez, en lo adelante, decides llamarte Saigyō, que significa Viajero del Oeste. Y te desplazas de un lugar a otro como un visionario. O como un traidor. O como un hombre, simplemente. Recibes pequeños golpes. Piensas que siempre puede ser peor. El dedo en la llaga se hunde hasta tocar la culpa, escarba en las honduras, se embarra. Y la culpa es del marabú que crece tupido en la manigua del país.

Todo viaje es una trampa. Todo viaje es un dolor que se derrama sobre el tiempo de las floraciones. Pequeños golpes hay en ti, pequeños y rotundos, con un tácito sabor a piedra.

Aquí jugábamos a descomponernos

recuerdo que en casa teníamos un puzle,
uno verdaderamente difícil de armar.
algunas noches nos acomodábamos
entorno a la mesa del comedor.
cada quien con su propia estrategia
intentaba poner las piezas en el mejor lugar.
recuerdo las piezas resistiéndose a tomar sentido.
cuando nos aburríamos de martillar,
de hacer girar los engranajes,
dejábamos todo acomodado
para volver al día siguiente.
ese era un juego peligroso.
recuerdo que en casa no teníamos memoria.
no conocíamos el molde donde debían encajar
cada fragmento.
siempre lo mismo:
armarnos/ desarmarnos.
recuerdo que algunas noches
nos acomodábamos entorno a la mesa,
cada quien con su propia estrategia.

Platos rotos

De niño, jugaba a levantar castillos de naipes.
Colocaba las cartas, como si se tratara de ladrillos,
para formar una pequeña torre de Babel.
Es un monumento inútil, decían.
Había que cerrar las puertas para que el viento
no lo destruyera todo.
Yo levantaba el martillo de mi padre, en silencio,
lo apretaba con fuerza y pensaba en que no hay
una explicación para el dolor.
No todo lo que digo es verdadero.
Tal vez no había una casa/ un padre/ una pequeña
torre de la que despedirse en el punto más frío
de las lluvias.

Los derrumbes, por ejemplo, me hacían pensar en una bocanada de humo y en mi padre que prefirió autocompadecerse y caminar sobre las hojas caídas/ cuando supo que sus huesos acabarían triturados por la gran vorágine del tiempo.

Son hermosas las torres que van o vienen de la noche, cálidos sus recintos, sobre todo si aparece la lluvia/ y hace frío/ y nos sentimos solos.

Prefiero dar un golpe, ver los naipes cayendo como platos rotos, contar los naipes y contar las averías. Todas las verdades caben en una carta de la baraja. Pobres arquitecturas de lo inútil, gruñía mi padre y recogía del suelo los vidrios o los naipes sin herirse la mano.

Pobres arquitecturas, pienso, ahora que esos paisajes familiares entran, rotundos, al pasado.

Pabellón de caza

mis abuelos fueron esclavos
que arrastraron en sus grilletes
todos los hierros de la noche.
en la memoria, el humo de la quema,
el gesto vago de mis abuelos negros
al espantarse los mosquitos en la manigua,
el gesto firme de la mano
sacando filo a los machetes.
de mis abuelos tengo la violencia,
como si se tratara
de una enfermedad heredada.
recuerdo el tiempo de la zafra:
el trapiche
y ellos siendo triturados por las maquinas.
látigo, jauría, podredumbre, rabia,
digo frente al caldero de mi Zarabanda.

pienso en el silencio de Job
y en la felicidad de mi padre
que, cada año, al final de la molienda,
traía a la casa una medalla
como quien vuelve
con una presa entre los dientes

Elaine Vilar Madruga

(La Habana, 1989)

Narradora, poeta y dramaturga. Licenciada en Dramaturgia por el Instituto Superior de Arte. Miembro de la AHS y la UNEAC. Ganadora de diversos premios nacionales e internacionales. Autora de una treintena de libros, entre los que destacan los poemarios: *Framboyán*, *Escudo de todas las cabezas*, *Canto de cisne*, *Sakura*, *Las montañas de la extinción*; los libros de narrativa: *Al límite de los Olivos*, *La hembra alfa*, *Salomé*, *Bestia*, *Culto de acoplamiento*, *Fragmentos de la tierra rota*, *Happy ever after*, la primera novela de la trilogía “*El trono de Ecbactana*”, bajo el título *La ciudad de las máscaras*, *El hambre y la Bestia*, *La última aurora: Cacería* (novela gráfica); los libros de literatura para niños y jóvenes *Promesas de la Tierra Rota*; *Dime, bruja que destellas*; *De caballeros y dragones*; *Carmen, la gitana del amor*; *Soy la abuela que vuela*; *Las criaturas del silencio*; *Lin y la casa de la soledad*; *Las manchas*; *El sol azul*; *Rock en esdrújulas*; *Carusso*; y las obras de teatro *Alter Medea*, *El árbol de los gatos*, *Hentai*, entre otros.

la sierva de dios

las úlceras en mis genitales son muestras de mi amor a dios
un amor que no se ampolla
que no revienta que no regurgita como los océanos
en su furia por las aves de la costa
las aves han hecho su nido adentro
del martirio
que transcurre
entre las dosis de cremas y el reloj a la medianoche
entre escozores de tinta epiléptica
lanzados a la niebla en mi interior
las úlceras son nidos de pájaros
nidos de guardianes de recolectores del ambidiestro
dios
y de sus tiros
bala a bala semen a semen pus a pus
hacen su siembra
el sagrado pastizal
en mí.

a veces camino por un país blanco

a veces camino por un país blanco
que no conozco del todo
sin saber qué calles busco
cuál es la yerba el ducado de mis pertenencias

a veces camino por un país blanco
poblado de animales que ladran
animales que ululan y barritan
esenciales en su divinidad

a veces camino por un país blanco
sin saber que es también mi país
contemplo los rincones
donde puede encontrarse
el habitante de los fragmentos
de la soledad
piedra de sísifo que cae
país blanco
abajo

sin resurrección.

rey frijol

no fui animal en la pandemia
ni cicatriz del tejido quemado
tercer eslabón de exposición
nunca fui foto de la ciudad que cuelga
ahorcada en sí misma
padre ahorcado en sí mismo
contempla
su calle su avenida su casa
quizás nunca contempló a mi madre así
la promesa vivirás como el rey que eres
dentro de un adoquín
un frijol rey
dentro del adoquín
padre el diamante en bruto de su generación
que no pudo escapar
de su calle su avenida su casa
excepto para visitar otro adoquín
en este caso el de la muerte
padre está detrás de la reja en un calabozo de sí mismo
cabizbajo rey frijol
saborea al mundo su conquista
ahora lleva una nieta en el brazo como una pertenencia
un eslabón

hacia otro siglo
un eslabón hacia mí
la carga
esa niña es su maleta su nuevo adoquín que exhibe
porque piedra en el bolsillo no pesa
pero piedra en el bolsillo pesa
arrastra
hacia abajo
detrás de la reja prisionero ha matado a un hombre
recuerdan algunos
pegó a mi madre
recuerdan otros
nunca me llevó entre los brazos
yo fui el adoquín que jamás pudo pisar
el adoquín
que le falta
piedra en el bolsillo no pesa
piedra en el bolsillo pesa
arrastra
hacia abajo.

así cantaba la muchacha del cuadro

corazón de hielo corazón de plomo corazón de esquilas de metal
carne cruda
no puede servirse en una bandeja de plata
corazón de monstruo corazón de apocalipsis de libro sagrado
que nadie contemplará nunca
porque no hay motivo para hacerlo
corazón divido flecha a flecha corazón mitra corazón invierno
corazón polea espasmo corazón chapapote
en ti me miro
para descubrir que se sangra lentamente
cuando las canciones viejas estallan porque sí
corazón paria corazón vidrio carne desechable
variación y fuga corazón óxido corazón ácido
detrito libre.

Yadián Carbonell Hechavarría
(Nueva Gerona, Isla de la Juventud, 1989)

Poeta, narrador y promotor cultural. En el año 2012 obtuvo mención en el concurso de Poesía de Amor de Nueva Gerona, resultó finalista en los primeros Juegos Florales Mangle Rojo y obtuvo premio en las categorías de narrativa y décima, y mención en el género de poesía en el Encuentro Municipal de Talleres Literarios 2012. En 2013 obtuvo mención en el género de poesía y en el Concurso Poesía de Amor obtuvo premio. Ese mismo año recibió el premio Mangle rojo. Tiene publicado el libro *El viejo, la casa y ellas*, por la editorial Sed de belleza en 2017. Textos suyos han sido publicados en revistas nacionales e internacionales. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz, de la que actualmente funge como vicepresidente en la filial de La Isla de la Juventud, donde coordina eventos y proyectos de promoción literaria, y participa en la labor de la editorial Áncoras.

Cálculo

Mi madre y yo jugamos a las matemáticas.
Todos los días antes de mi juego personal
detrás de la puerta recibo el cuestionario.
Todos los días las preguntas
tres por cuatro, cinco por seis...
Yo respondo y no tengo certeza en mi madre
que sigue cuestionando
al rato llega la respuesta
mi primo el salvador
revisa los apuntes que madre plasmó
en el papel
Mis respuestas
tres por cuatro, cinco por seis...
una respuesta de mi primo
pudiera salvarme del castigo
de este espacio puerta-juego-y yo
una respuesta de él...
porque madre no la tiene
ella no tiene la respuesta
y se empeña en que yo la tenga
y no la olvide.

Maestro de juego

Cuando niño
Mis juguetes eran de madera
Con uno de ellos
Un día
Le di un golpe a mi amigo
Y mi madre hizo (que ellos

Los juguetes) pagaran
Por mi agresividad
Los resumió primero
A unas llamas hermosas y tristes
Luego a trozos de amarillo
Que parpadeaban frente a mis ojos
Como si estuviesen despidiéndose
Los juguetes de mi infancia
No existen más
Aunque cuando hablo con mi amigo
Le recuerdo que a sus hijos
Nunca le compre juguetes de madera
Que estos tiempos
Son sangrientos.

III

Mi madre es una negra que baila al compás de la rumba.
La rumba es un ritmo que baila al compás de mi madre.
La vida es una progresiva canción que mi madre interpreta
Con cierto temor de niña.
Mi madre es una progresiva canción que la vida aún desconoce
Y yo un niño que baila rumba al compás de su madre,
Que canta la vida
Con una canción que desconoce.

Siete días para caer

Llegó al altar y cayó hincado
Pidió matar
Pidió morir
Movié la campana
Y cantó su letra siete veces
Hizo la cruz con sus brazos siete veces
Y prendió una vela
Pidió matar

Pidió morir
A los siete días murió matando
Con los brazos en cruz
Siete ramos de flores para el muerto
Siete días para un toque
Siete días para misa
En el altar cayó hincado
En su tumba
Solo los santos saben
Como fue su caída.

Golpe de estado

La casa ha vuelto a derrumbarse
Todos sus integrantes hemos decidido apostar por el cambio
Madre sigue dirigiéndonos
Experimenta con nuestra sangre propiciando derrumbes
La solución es el cambio
Madre sabe que el cambio permitirá el fluir de nuestra sangre
Pero algo le impide dimitir
Sigue aferrada a sus dictámenes a su encuadrada moral
Habrá un derrumbe solo en su cama
Madre quedara desnuda
Le teme al cambio
Y nosotros a los desprendimientos del cuerpo
Pero debe hacerse
es inevitable.

Yenys Laura Prieto Velazco
(Sancti Spíritus, 1989)

Graduada de Periodismo en la Universidad de La Habana. Fue galardonada en 2014 con el Premio Internacional de Poesía Alejandra Pizarnik, de Argentina. Resultó ganadora en 2018 del Premio David de Poesía convocado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba con el cuaderno *Secuencia de baile popular*. Sus poemas aparecen en la antología *El lugar de la ausencia*, *La calle de Rimbaud. Nuevos poetas cubanos*, *Versos en el horizonte de la Isla*, y *Lenguas de marabú*; así como en revistas de Cuba, México, España y Estados Unidos. Es autora del blog sobre arte y literatura *La muerte del pájaro profeta*. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Trabaja como periodista y reportera cultural para el Sistema Informativo de la Televisión Cubana, desde donde ha laborado en programas estelares como Buenos días, Al mediodía, Noticiero Estelar, Noticiero Cultural, entre otros, en los que difunde la cultura cubana e internacional.

Muro de cerramiento

Antes de convertirnos en desierto
el tiempo quita el lustre.
Hoy he comenzado a abandonar una causa
como quien salta de la cama
lleno de harapos.
He besado demasiados barcos sin arboladura.
por eso mi boca sabe a la corteza de ciertos frutos
y solo puedo ofrecer sobras de ningún valor.
No podré volver al punto de partida.
Mis manos son una herramienta desechable
para perpetuar el movimiento del mundo.
Parezco a esta hora un paso estrecho entre montañas,
un fragmento de hombre
que se deshace
junto a la estructura.

Pórtico interior

Una casa se construye
en el mismo sentido que la muerte
de adentro hacia afuera-
Todo lo que el hombre sabe del declive
lo descubrió poniendo arquitrabes
levantando paredes a través de los años
decorando el hogar
habitándolo con hijos y padres y sombras,
ampliando sus pabellones
derribando maleza
sepultando la tierra con cemento.

Todo lo que siente quien la levanta
es un conjunto de nostalgias del desgaste,
un dejarse ir continuo
sobre sus pilares.
Un hombre se construye
en el mismo sentido que una casa.

Arquitrabe

Educar hombres como piezas de artillería,
llenarles la boca de un puñetazo,
prepararlos para el sacrificio,
embadurnarlos con honor, una sustancia densa e insoluble
para acompañar la descomposición de la bala,
es solo un modo de fijarlos a los capiteles.
Estarán siempre en la parte inferior del entablado.

El arte de apuntalar

La cabeza de esta mujer salió rodando calle abajo.
Quiso consagrarse a un dios para implorar su auxilio
pero llegó tarde a la fe.
Esta mujer es un vehículo de dos ruedas
un sombrero de dos picos
un asiento de ceremonia
con el cuello expuesto al sobrepeso
del tiempo que se coloca como adorno.
La cabeza de esta mujer por comodidad de otros
no se usaba en la casa.
De tanto apretar los dientes,
colocó en un campamento desconocido
su material de guerra.
Esta cabeza descuidó la ciencia de la conservación.
Libre de toda carga y derecho,
rueda como manifiesto invisible.
Las ideas mueren por asfixia
para alcanzar la línea de la meta.

Muro de carga

Busco el lenguaje para pagar las ruinas adquiridas.
Aspiro a detenerme en la hendidura de las palabras
mientras recuerdo los fragmentos
en que se divide un hombre al quebrarse.
Quiero amortiguar la intensidad de un sonido que punza
y no ser yo quien se esconde en la corteza
para espantar la violencia de la caza.
Vengo para producir asfixia
y negar el tratado histórico
de la depredación.
He invertido muy poco en los indicios,
en el ruido confuso de las voces
que me penetran
con silencio quirúrgico.
Soy de precio ordinario, un catálogo que come en exceso
las doce fracciones del año.
Traigo este objeto portátil que fluctúa
y anuncia el vértigo, la imposibilidad de la fijeza.
Las palabras no me liberan
de ese lazo que se estrecha y se cierra sobre nuestros días
pero puedo posarme en la superficie de las cosas
y confrontar el mismo eje que otro cuerpo.
El lenguaje no me salvará de ser parte de la roca.
No impedirá que me macere en porciones iguales.
A veces solo queda deleitarse con la disolución,
deshabitar la palabra hasta el despojo
y aún así
sentir gratitud.

Miguel Ángel Tamayo Alba
(Manacas, Santa Clara, 1990)

Poeta y promotor cultural. Licenciado en Estudios Socioculturales. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz, en la que funge como jefe de sección de Literatura de la filial provincial de Villa Clara. Poemas suyos aparecen en revistas culturales cubanas. Trabaja como especialista de Literatura de la Unión de Escritores y Artistas de la filial villaclareña, desde donde participa en la coordinación de iniciativas como el concurso de cuento El hilo y la cuerda, así como en actividades culturales gestadas por esta asociación. Ha participado en eventos literarios como Encuentros de Jóvenes Escritores de Iberoamérica, en Ferias Internacionales del Libro de La Habana, el encuentro “Palabras compartidas” dentro de las Romerías de Mayo, Encuentro Hispanoamericano de Escritores en Santa Clara, entre otros.

Es posible sacrificar un ángel

En el aliento finito de la espera
Ser una jauría piadosa que ataca

Es posible la imposible belleza de la carne
Que hable de lo necesario de incendiar el alma
Porque cuando ya no quede ni fuego
Ni hambre, ni dientes
Ni el miedo al deseo
Ni las piernas para esperarte
Puede que justifique la rabia necesaria
Como una versión de moderna ternura

Es posible asesinar y ser inocente
Lavarse las manos y dimensionar el dolor
Mis tazas de café
Mis amigos
Mis ciudades nocturnas
Mis triunfos y sobre todo mis fracasos

Es posible quitarme el cielo
Esa furia que me obliga a no verte
Y donde me faltan los brazos para la guerra
Esta tu cuerpo quieto de fuerza
Acostado a la espera de un latido
Lamiendo despacito la cicatriz de mi muerte
Entonces viene la derrota pactada
La reconciliación de vernos en lugares comunes
Donde no quede ni futuro
Ni pasado
Ni esperanza
Ni tus besos

Es posible bailar con tu sombra
Naufragar en el lenguaje de las palmeras
Ver cómo te deshaces
Te hundes
Tocas fondo mientras tiemblas
Porque hace frío y nos veremos
Porque sabes que es posible
que es posible

Nacimiento

Mejor nacido del polvo
con la carencia del ser en los andares
que cicatriza la lágrima nativa del fango
y del fuego que nos devora
velen la oscuridad que apenas ayer fue hoguera
calentando al cobarde sentido de la vida.

Mejor nacido del hambre
de ese instinto donde muerdes y tragas
tragas y muerdes
eso es lo importante
frutos que se atragantan en las bocas de los capaces
frutos no llegan a las mesas de los débiles.

Mejor nacido de la espera
de los inmóviles sueños
amontonados tras la puerta
la presa confiada con su sed en la mira
esperando por la hoguera
donde se muerde y traga
se traga y muerde.

Mejor no nacer del hombre
presa y cazador con las mismas armas
con las mismas sed y la misma hambre

hijos perdidos tras el espanto
que retornan al polvo negro de la muerte
con la misma sed y la misma hambre
que nos alimentará el olvido.

Regreso del poeta

a Eduar Encina

Regresé en el aire de las montañas
con la canción triste
y el lugar exacto donde comienza el hombre
Allí estaba el poeta, el amigo.

Regresé con los soles de los días pasados
y la sensación de no haberme ido
como un abrazo oscuro
como la cicatriz de un dolor ajeno
silencio que de vez en cuando
dibuja los contornos del horizonte.

Regresé solo para oír los pasos
que crecen en las noches
es que regresar trae sus despojos
sus pequeños ángeles que acarician
cada puñado de sombras
cada recodo del camino
cada tiempo que espanta

Regresé con una finísima herida
Por donde cada palabra se expande hacia
El calor del poeta, el amigo
Yo siento el llamado de la tierra
Como el sintió su llamado
Y sedujo las líneas de lo divisible
La imagen doblegada a su medida
A la frase exacta que devora todo.

Regresé por el camino que guarda otro camino
pero el poeta, el amigo
quiso quedarse un poco más
quería disfrutar su eternidad
ese momento donde todo o casi todo
se funde con el hombre
quizás el poeta no regrese
y si regresa será puro instinto
que hará florecer no el verso
sino la propia alma del hombre.

Las viejas de mi barrio tienen cuatro ojos

de sus nuca salen como adornos
hirientes pupilas milenarias
cíclopes que rastrean lo ajeno
lo imprescindible para su existir

las viejas de mi barrio
forman un sinfín de ojos
murallas de ojos
sistema -de ojos- diseñado para habitar
en armónico chisme

las viejas de mi barrio desconocen
que las he descubierto
cuando sus ojos se arrastraron
como serpientes requisando cada lugar
mordiéndolo las miserias
que guardamos bajo de la almohada

las viejas de mi barrio tienen cuatro ojos
mas soy invisible para ellas
un ente que se escapa
un alimento que no saciará su apetito

las viejas de mi barrio tienen cuatro ojos
y no ven sus trapos sucios
sus escamas mal pulidas
sus cuerpos atragantados de mugre
pavoneándose de sus presas del día
de sus futuros safaris

las viejas de mi barrio tienen cuatro ojos
yo apenas un alfiler
para hacerles ver la luz.

*

Vuelvo a perderme en el instinto
donde la suerte enviste cada violento descanso
como un dolor que aguarda por su destino
y anticipa a la nostalgia

en el misterioso respirar de cada horizonte
la bestia se apodera del verso
como una hiedra en el muro del tiempo
nace y muere
resucita y muere

la bestia es el instinto necesario
esa voz vacilante
a la que escucho
y temo.

Martha Acosta Álvarez
(Sibanicú, Camagüey, 1991)

Ingeniera en Ciencias Informáticas, narradora y poeta. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido galardones como el Premio César Galeano de cuento y Mención en el Premio David de Poesía en 2015; primera mención en el premio Emilio Ballagas de Narrativa 2016. Durante 2017 recibió en el género de narrativa la Beca Dador, los premios Paco Mir Mulet, Fundación de la Ciudad de Nueva Gerona, Mabuya de cuento, El árbol que silva y canta. En el 2018 mereció el Celestino de Cuento y el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar. Tiene publicados los libros de cuentos *Pájaros azules*, por el que recibió el Premio Pinos Nuevos en 2016; *Doce años es demasiado tiempo*; Paraísos perdidos, que le valió el premio Calendario de Narrativa en 2017 y la novela *La periferia*, con la que mereció el premio Novelas de Gavetas Franz Kafka, edición de 2018.

Bajo la epidermis

Marilyn Monroe se muda a mi pelvis
las agujas la tejen despacio
punto a punto
la belleza duele
a las agujas no les importa el dolor
a mí tampoco

mi madre no entiende las heridas de mi cuerpo
Marilyn quiere explicarle
pero solo habla inglés y alemán
mi madre español y ruso.

En Cuba no hay glaciares

en 1991, mientras yo nacía, dos alpinistas alemanes encontraron una
momia neolítica con 57 tatuajes en la espalda.
la llamaron Ötzi, porque estaba detenida en un glaciar de los Alpes
de Ötztal, en la frontera de Italia y Austria.
a mí me nombraron Martha, porque mi padre quiso llamarme como
a mi madre, que casi muere de parto en el hospital materno de
Camagüey.
Ötzi y yo tenemos cosas en común,
los ojos marrones,
la estatura baja,
el grupo sanguíneo O+,
ambos reposamos en un sitio que alguien más
eligió para nosotros,
un sitio del nunca vamos a escapar,
aunque quisiéramos.
los tatuajes de Ötzi le servían para aliviar su artritis.

mis dolores son otros.
Ötzi tiene más de 5200 años,
yo más de 25.
conmigo el tiempo no será condescendiente.
en mi país no hay glaciares.

Aquellos maravillosos 70

nadie nos invitó al sótano de Point Place
donde Eric y los otros
inhalaban los sueños y la buena música
no conocimos los acordes de Janis Joplin o Jimi Hendrix
solo los estribillos de Formel
para nosotros no hubo Jack Kerouac
Sartre ni Simone
preferíamos a Shólojov y El Don apacible
como ellos
también nos reuníamos en las plazas
aunque con fines distintos
nunca pintamos los autos con motivos psicodélicos
ni conocimos el amor libre
quedamos ajenos a la búsqueda espiritual
no podíamos perder el tiempo con religiones paganas
y talleres de yoga
teníamos los pies en la tierra y las manos en la tierra
obsesionados con la caña
levantábamos machetes
para hacer el azúcar y no la guerra
por aquel entonces
al igual que ellos
no conocíamos el dolor de la ciática
el dolor de la decepción
ni otros dolores que también llegan con el tiempo

El vendedor de agujas

A veces se necesita zurcir la ropa,
buscar soluciones temporales
a las señales inequívocas de la decadencia.
En la calle de mi niñez
se escucha la voz del vendedor de agujas.
Mi abuela, cada domingo,
invita a entrar al desconocido
y su colección de metales punzantes.
Para el desconocido,
el café claro de las evocaciones,
servido en la única taza de porcelana
que sobrevivió a los derrumbes.
El hombre bebe despacio,
a la espera del momento
en que la anciana se levante del sillón
y vuelva
con las manos llenas de monedas.
Mi abuela habla de un tiempo
donde la casa estaba llena
de hijos y de nietos
que soñaban
con cruzar
al otro lado de la aguja.

Los túneles

A veces me pregunto qué vine a hacer al borde de la ciudad
[de la luz.
La vida era más simple cuando no conocía la luz,
como esos insectos que viven debajo de las rocas.
Es cierto que una vez fui todos los animales del monte,
todos los desconocedores de la luz.
Me gustaba ser una chinche y despedir olor a yerba
[cuando me aplastaban.
Me gustaba ser una cigarra de alas iridiscentes y voz chillona.

Me gustaba ser una cochinilla de mil piernas bajo las rocas
[húmedas,
con un piso de tierra en el que hacer túneles que conducían
[a ninguna parte.
Una se creía que le gustaba ser un insecto de campo.
Un mamífero de campo.
Perro jíbaro\ Pelaje corto\ Boca desconocedora de bozales.
Una se pregunta cómo podía vivir así,
detenida en medio de la nada,
debajo de cada roca.
El mundo era una roca llena de túneles que conducían
[a ninguna parte.

Antonio Herrada Hialgo

(Holguín, 1992)

Poeta e investigador. Licenciado en Geografía por la Universidad de La Habana. Graduado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha obtenido diversos reconocimientos en poesía entre los que destacan el Premio Calendario 2016 por el cuaderno *Plantas invasoras*, la Beca Dador 2018 por *Exportaciones* y mención única en el premio Pinos Nuevos 2014 por *Asimetría*. Recibió la condición Hijo Destacado de la Ciudad de Holguín. Creador de la sección de literatura “Asimetría” de la revista universitaria Alma Mater. Ha publicado su obra en diversas revistas y antologías en Cuba y en el extranjero. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz, y de asociaciones académicas como Grupo de trabajo de CLACSO Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe, Cátedra de Estudios del Caribe Norman Girvan de la Universidad de La Habana, Caribbean Studies Asociation, Latin American Studies Asociation, entre otros.

Casuarina equisetifolia

Analizo la descripción de la especie:
pino australiano o pino de París
(o pino sin nacionalidad definida)
árbol de la tristeza o cola de caballo
semiperenne
pino que no es pino
sino un árbol disfrazado de otro
vuelvo a la fuente
dice: Diccionario de Botánica
recuerdo que todavía no he empezado a hablar de mí
y continúo:
endémico del Pacífico
distribuido en las costas tropicales del mundo
especie introducida
indeseada
invasora
recapacito
empiezo a mencionar
los árboles sin raíces no permanecen
me desato
doy unos pasos para asegurarme
que no estoy sembrado
(misma casa mismas calles mismas formas de lanzarme).
Alguien escarba sin saber del crecimiento rápido
del fruto inconveniente.
No soy lo que esperaban del futuro
si quieren salvarse
no miren a través de mí.

Dispersión

En julio de 1775
luego de tres años de viajes por el Pacífico
Johann Reinhold Forster volvió a Inglaterra.
Llevaba en su mochila semillas clandestinas.
Nadie sabe si decidió sembrarlas en su patio.
Lo que sí queda claro es el peligro de que un hombre
deje bajo un árbol su mochila abierta.
Johann no volvió a viajar.
Se estableció en la Universidad de Halle
publicó sus diarios
y fue llanamente honrado.
Nadie sabe si robaron su mochila.
Lo que sí queda claro es que las semillas
no tienen la vocación estacionaria de los hombres.

Pulsar el árbol

La música de un árbol es proporcional al ancho de su tronco.
Si la mano llegara al centro sin dificultad
no tuviera que tocar el árbol con violencia.
El ancho de los troncos supera las manos.
Mientras dure la tala dura la música.
Cuando el árbol cae comienza el silencio.

Fibras & Celulo.SA

La sogá con que me amarro
incumple las leyes del mercado.
Ha sido fabricada con fibras vegetales en alguna comunidad rural
donde las manos todavía crean.
Amarrarse a un pino puede ser un acto ecológico
pero atarse a una planta de algodón sería insostenible
impedir que el tronco de un pino sea cortado

para entregar una página inútil
puede ser naturalista
pero impedir que una planta de algodón sea cortada
limita la manía de apostar la cara de los héroes
y darles un valor a su valor
maldita circunstancia del dinero por todas partes.

Nuclear Disarment

Para demostrar los matices de la condición humana
Gerald Holtom diseñó el símbolo de la paz.
Dibujó en el círculo dos letras del alfabeto del semáforo
una N (brazos extendidos hacia abajo en ángulos de /
45 grados)
una D (brazo perpendicular sobre la cabeza).
El mensaje era claro.
Un hombre con tres brazos
el círculo del mundo dividido
una pata de gallina
el tronco de un pino sin ramas apuntalado.
Lo entendimos todo.

Erian Peña Pupo

(Holguín, 1992)

Poeta, narrador y ensayista. Licenciado en Periodismo por la Universidad de Holguín. Ha obtenido varios premios entre los que destacan el de Nuevas Voces de la Poesía en 2014, los Juegos Florales de Santiago de Cuba ese mismo año, Premio Memoria Nuestra en las Romerías de Mayo, en el concurso Cuentos Fríos 2018, Premio Rosa del Desierto 2017 de Literatura para niños, entre España–Cuba; en el Concurso Nacional de Periodismo Manolito Carbonell, en 2016; el II Premio del Concurso de Ensayo Viña Joven, de Santiago de Cuba, en 2017. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz y graduado del Centro de Formación Literario Onelio Jorge Cardoso. Tiene publicado el poemario *Puertas para huir de la casa*. Artículos suyos aparecen en la compilación *Leer seduce* de Ediciones La Luz, en 2015. Es colaborador asiduo de revistas y páginas culturales, nacionales y extranjeras.

Palabras de canje

¿Poeta?

Soy poeta.

¿Qué oficio es ser poeta? Dónde dice (...) se busca poeta, buena remuneración.

El lado oscuro del corazón (1992) – Eliseo Subiela

Recogerlo todo y volver a empezar. Cargar de un sitio a otro.

Buscar.

Un nuevo lugar más o menos diferente y al mismo tiempo similar al anterior.

Como una matrioska.

Como la caja china.

Mudas y mudas que sostienen las mudanzas.

Intercambios.

Todo se resume en la búsqueda.

Esa ha sido la filosofía con que hemos cargado últimamente.

I

Escribo, escribo sin parar como un poseso. Pienso que cada palabra aportará algún bocado al hogar y en eso creo: en el poder de la palabra para alimentarnos.

Aunque mi madre me diga que la palabra no da de comer. Ni nos vestirá.

Como en los tiempos de Juan el Bautista, mi generación cree que estamos poseídos por algún demonio: sus manos mueven las fichas y censuran nuestras jugadas. Mi generación ha descreído mucho, sin nazarenos, exorcistas ni utopías que apenas sostengan el equilibrio de la sobrevida.

Pienso en una película de Ingmar Bergman donde un caballero cruzado juega una definitiva partida de ajedrez con la Muerte que ha venido a buscarlo.

Cuando el Cordero rompió el séptimo sello del rollo hubo silencio en el cielo.

Silencio de Dios.

El silencio de Dios lo rodea todo últimamente.

¿De qué vale la palabra en la suma de los días? ¿Cómo sopesar su fuerza si no podemos sostenernos en la delgada línea del agua? ¿Por qué el silencio de Dios sobre nuestras cabezas? ¿Y su voluntad inquisidora?

Mido el tono, el estilo, el lenguaje... y me encuentro convertido en un mercader de la palabra. Un mercenario hubiera podido decir: escribiendo para el mejor postor, aquel que deje caer la moneda sonora en el plato.

La moneda que tintinea y refulge.

La moneda re-convertida.

En algún momento la palabra valdrá su justo peso.

No vale guardar cuartillas para mañana como si acumuláramos ilusiones bajo la almohada.

Borrones.

Cuentas nuevas.

Atrapasueños.

En algún momento la palabra expulsará al demonio que llevamos dentro. Como en los tiempos de Juan el Bautista. Donde Dios hablaba todavía a los hombres. Y ellos parecían escucharle.

II

Tres mudanzas en apenas dos años. Tres caparazones. Uno empieza a conocer a las personas: las *máscaras* que llevan cuando les abres la puerta y sonríen; suben el precio y sonríen; traen extraños a conocer la casa y sonríen; palpan entre tus cosas y sonríen; venderla siempre ha sido su fin, aseguran...

Te restringen que estás de paso. De paso siempre entre paredes desconchadas que no te ampararán por mucho tiempo, aunque te acostumbres a ellas.

De paso siempre.

Pagas la cuenta sonora cada mes: la depositas en billetes grandes y notas –algo consabido– que duplican tu salario. Que incluso tripliquen los salarios de muchas otras personas.

Pagas, además, la electricidad, el agua...

Por eso escribes sin parar. Cada adjetivo suena, cada verbo relumbra, cada palabra es mal pesada por los administradores de la información y la inmediatez.

Escribes entre cuatro paredes: notas que apenas son cuatro paredes y un techo:

Un baño y una cocina, apenas dos persianas de madera por donde entra poca luz.

Nada dentro.

Lo has ido llenando tú.

Apenas duermes: comes y escribes; lees y escribes; ves una película y escribes; haces el amor y escribes... Son maneras de inocularte la escritura, piensas.

Escribes sabiendo que cada minuto perdido es una palabra menos que puede surgir y una moneda menos que –después del mercadeo– caerá en la bolsa a fin de mes.

III

Uno escribe un poema y no sucede nada. Un poema no da dinero, piensas. Puede darte otras cosas a cambio, incluso puede formar parte de un libro después que armes un cuerpo moldeable, pero un poema solo no da dinero. No compone verano. *El poema, como otro cuerpo más, se descompone.* No es materia cambiabile en un mercado: por un poema no te darán un pan, un pedazo de carne, especias, algunas verduras de tercera... Un artículo en cambio, si cumple con las condiciones de un medio solvente y foráneo, puede darte de comer varias semanas. Uno escribe un poema y no sucede nada, piensas y sigues tecleando.

IV

Vendemos pacotilla en el mercado subterráneo. Aceptamos el trato y los dividendos aderezan el bolsillo. Negociamos los precios. Ropa barata para contribuir al kits insular.

Como no hemos aprendido a ser originales, acabamos repitiéndonos a falta de otra cosa.

La misma ropa, los mismos gustos nacionales.

Pacotilla.

Repito esa palabra que nos da de comer de vez en cuando: Pa-co-ti-lla...

Nunca pensé que fuera sí y guardo en la mochila la ropa que hemos de ofrecer.

Pacotilla.

El mismo estado deprimente en las cosas.

Re-producción.

Un amigo viaja a Miami y compra pacotilla en mercados de bajos precios.

Otros ensanchan los horizontes: Moscú, Quito, Port-au-Prince, Ciudad de Panamá, Georgetown...

Pa-co-ti-lla china que vendemos a plazos cuando él regresa.

Para comer.

Para contribuir al kits insular.

Para comprarnos nuestra propia pacotilla.

Para intentar vivir.

V

Compramos ropa reciclada en una tienda que han habilitado para ello.

Como la tienda es nueva

—y suponemos que la ropa no ha sido manoseada, olisqueada, tasada suficientemente—

las colas son largas

y hay que ir preparado para todo:

no dejarse arrebatar el lugar

ni aunque el hambre apriete/ la urgencia de ir al baño/ los deseos de respirar.

Los otros también lucharán su lugar.

Los estadios de la supervivencia.

El más fuerte obtendrá su fragmento de tela.

Unos trapos que un canadiense desechó.

Aquella prenda que una sueca, que no conoce quién es Ingmar Bergman, pues todos los suecos no tienen por qué gustarles el cine, mucho menos el de Bergman, decidió donar a otras latitudes después de la limpieza de fin de año a su armario. África, el Caribe, el sudeste asiático...

Allá donde están los niños que filma National Geographic Channel, dice y suspira.

Latitudes donde nos encontramos.
Aunque no queramos.
Donde plantamos sitio.
Y en ocasiones, hasta raíces.
La mujer que supervisa la cola te mira con recelo:
Entre menos personas más quedará para ella.
Aun así ha guardado lo mejor y te lo pueden ofrecer a un precio mayor.
En otro sitio, claro.
Buscar, ya dentro.
Intentar concentrarse.
Rebuscar entre los montones algo que sirva: pulóveres, camisas, suéters...
Que aun sí costaran su precio:
sonante
y constante.

Clasificar.
Desclasificar.
Probar.
Ponerse.
Quitarse.

Pagar.
Después de esto uno termina reciclándose a uno mismo.
Desechándose.
Doblándose.
Envalijándose.
Viajando a cualquier otro país –a la repisa, al cajón, en la cámara fotográfica de un turista obeso y sonriente– como souvenirs tercermundista.

VI

A mi novia le piden un ensayo sobre el hombre nuevo.
Un texto creativo, que utilice citas, subraye su vigencia cincuenta
años después...
Dentro-fuera
(del juego).
Lee, toma notas.
Escribe.

Fuera–dentro

(del círculo).

Mi novia

reducto de utopías

a sus 22 años quiere conocer Praga

o las calles de Holanda

donde una vez puso su ojo luminoso Rembrandt.

Mi novia

debe escribir sobre el hombre nuevo para una asignatura universitaria que poco después, digamos que en la práctica, frente a la página en blanco, frente a los marasmos de la cotidianidad y del bisturí, olvidará pronto.

Quiere saber qué opino del asunto.

Miro hacia la calle.

Donde caminan arrastrando la incertidumbre.

Reconstruyéndose.

Como figuras armables.

Piezas de un puzzle.

Bajo el óxido del día.

Mirémonos al espejo, le dijo.

Noto entonces que aquí no tenemos espejos.

Solo paredes y silencio.

Y ausencia.

Y da miedo.

Imaginar su cuerpo junto al mío.

VIII

Asocio el cumpleaños de mi madre al atentado al vuelo de Cubana de Aviación.

Costas de Barbados.

El mismo día, pero de diferentes años:

6 de octubre de 1976 (el vuelo).

6 de octubre de 1972 (mi madre).

Vuelo CU-455.

73 fallecidos.

El temblor de la injusticia que recorrió ese día.

Mi madre con apenas cuatro años. ¿Habrá conocido aquello? ¿Se hará conmovido por la tragedia? Sus ojos, campesinos y negros, habrán llorado.

Pero termino olvidando la fecha del atentado y el cumpleaños de mi madre.

Termino olvidando las fechas importantes relacionadas con mi familia.

En cambio recuerdo otras insignificantes: nacimientos, muertes, hechos históricos.

Después que partí:

a dormir bajo un techo mutable

—un techo Damocles, digamos

con otro calor al lado

—el de V.

otro sazón a la mesa

—un poco similar y un poco diferente al suyo

la casa comenzó a llenarse de animales:

animales con nombres

animales que se alimentan de la misma comida que los demás

islas

maderos a los que agarrarse

animales que un día ya no estarán, pero vendrán otros

mascotas—marcapasos

abrecaminos

sostenes

mascotas contra huracanes y desidias.

Varadas como yo entre las piedras oscuras de la noche: una piedra blanca sobre otra piedra negra: para que se distinga bien, la negra es fluorescente.

IX

Parto en dos una guanábana madura. Fruta que no saboreo hace mucho y que ningún mercado ciudadano oferta, porque crece silvestre en el monte. Entre la maleza y en zonas donde hay relativa humedad. Frescor. Recuerdo que los más viejos advertían no comerla si antes habías probado alguna otra fruta. Yo terminaba mezclándolas a propósito. Oh, Zequeira: la pulpa blanca chorrea, esparce su frío aroma, como cuando su sencillez colgante escondía mi concepto de la felicidad.

X

Hoy llegan los bárbaros, como en aquel poema de Kavafis. Pondrán todo en su sitio, ese que creen ellos les corresponde a las cosas que tú quieres. Los oiremos reírse, jactándose de regresar victoriosos de aquellos lugares a los que has soñado partir un día, pero al que solo los bárbaros tienen acceso. Vendrán exigiéndote cuentas, billetes, objetos... Vendrán haciéndote notar que ellos fueron la solución después de todo.

Frank Alejandro Cuesta

(Gibara, Holguín, 1992)

Poeta y diseñador editorial. Trabaja como diseñador principal en Ediciones La Luz, sello para el cual ha diseñado más de 100 títulos y las campañas de Promoción de la lectura Todos buscan la luz y Leer seduce, esta última ganadora del Premio de la Ciudad de Holguín en 2017, en la modalidad de Diseño Gráfico. Sus diseños han obtenido varios reconocimientos por parte del Instituto Cubano del Libro y en el año 2017 obtuvo el segundo Premio del Arte del Libro Cubano Raúl Martínez en la categoría Diseño de Cubierta. Como poeta ha publicado en varias revistas y aparece en la antología *Poderosos pianos amarillos. Poemas cubanos a Gastón Baquero*, de Ediciones La Luz, en 2013. Miembro de la Asociación Cubana de Comunicadores Sociales y de la Asociación Hermanos Saíz, en la cual es jefe de la sección de Literatura en la filial de Holguín, donde coordina eventos, concursos literarios y otras iniciativas de promoción cultural.

Las margaritas no son azules

Sobre la hierba temblaban margaritas blancas.

OSCAR WILDE

I

la languidez de tu cuerpo agrietado sobre el papel me hace pensar
en las noches de Allen y los cristales de New York algún que
otro muchacho en un café de Manhattan bebiéndose la vida
a sorbos mientras el humo enloquece los ojos frente al Puente
de Brooklyn o en el Central Park

estoy en 23 El Vedado es un túnel rojo lleno de jóvenes que ofrecen
su cuerpo en tazas blancas con sabor amargo

estoy en 23 cubierto de amapolas y sangre chorreando por la boca
mientras absorbo el contenido de la cerámica ese trago que
tantas veces me ha salvado de la madrugada y las pesadillas
que claman a gritos el miedo

estoy en New York y Allen grita y su grito estremece la sala donde juzgan
la palabra inmoral obscena vagabunda y la loca palabra salta en-
cima del juez que declara inocente tira el martillo contra la mesa
y silencio se hace silencio en la mente contraria y el grito más
fuerte sube por la Estatua de la Libertad se tira en picada hacia
el ferry se sienta respira observa al negro que balbucea mirando
al mar

estoy en 23 camino por La Rampa y estalla ante mí el malecón en
humana belleza las luces de los carros vuelan como bengalas
crean un muro entre quienes esperan lujuriosos del otro lado
de la calle

vuelvo sobre el rostro los ojos la piel la barba el jean ajustado la boca
la nariz el cuello el sudor las manos una sonrisa ¡huye! ellos
provocan se exponen y huyen al baño donde masturban la
soledad contra el mármol y la puerta se abre hacia la noche
en una casa de alquiler

poso desnudo frente a un espejo me masturban penetran mis nalgas
grito ahora de placer me dan la vuelta y meten la lengua por
el agujero de la rendición me tiran contra el suelo y llevo con-
migo a un hombre sentado

estoy en La Habana y parece que New York vuelve sobre mí como si
fuera 1955 sonando teclas de bronce contra el papel 23 es un
desfile hedonista soy carne para saciar el apetito masculino
hay demasiados comensales para mi cuerpo delgado

estoy en La Habana Allen es un nombre que apenas conozco
las margaritas no son azules y no florecen de noche

II

James Franco prende un cigarro frente a la cámara vuelve su ro-
stro hacia el vacío habla como si fuera Allen Ginsberg escribe
como si Aullido saliera de sus entrañas salen imágenes aterra-
doras un saxo encendido un hombre desnudo arrastrándose
por las alcantarillas luces verdes sobre la ciudad gris

James Franco actúa y pienso que Allen Ginsberg me mira a través
de la pantalla y que esa es su voz y son sus labios los que se
mueven y es su mirada debajo de los espejuelos

pienso que fuma frente a mí que me enciende un cigarro y tomamos
café en la madrugada conversando sobre la primera vez que
se masturbó pensando en un hombre el tiempo que estuvo en
el hospital para locos como logró salir prometiendo que nun-
ca se acostaría con un hombre cuando tuvo sexo en un cuarto
de alquiler y lo abandonaron porque amar es un pecado

nadie se sorprende por nada me dice y su imagen se esfuma del cuarto
donde aspiro el humo en soledad mientras la música suena
en la calle

tomo un libro recién impreso respiro el olor a tinta leo en la primera
línea *vi las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura*
es él volvió para continuar hablándome

en la pantalla James Franco sigue imitando al poeta contando sus
percepciones su locura yo pienso en sus labios en la cara de
ángel en la mirada perversa como si Allen Ginsberg viniera a
decirme *todo el mundo es santo*

III

no soy tan santo Allen también yo también he claudicado tantas
veces que me aterra pensar en la canonización humana

todas mis perversiones en las noches de alcohol droga sexo con
desconocidos terminan en lágrimas porque realmente estoy
solo en un cuarto con diez personas desnudas en un parque
tumultuoso en la calle de carnaval

estoy solo en el templo donde se invocan oraciones en semana santa
en navidad en la vigilia vaticana cuando el humo blanco
anuncia que hay un nuevo Papa

estoy solo en la playa cubierta de luces donde los jóvenes celebran
con gritos y saltan enloquecidos por la música moderna el fin
del verano

estoy solo cuando hacemos el amor y suena el teléfono

estoy solo cuando leo un poema en público y los que escuchan se
distraen con el ruido de un auto o el escándalo de un vagabundo
que no entiende por qué digo semen

estoy solo cuando viajo a un sitio desconocido y todos me miran
esperando una limosna que en realidad necesito para comer

estoy solo Allen aunque sé que me aman y despierto pasiones
realmente la soledad es lo único que me pertenece en este
mundo que cambia compañía por sexo sudor y semen

V

Alejandro Alejandro Alejandro Alejandro Alejandro Alejandro

Alejandro Alejandro Alejandro Alejandro

repito diez veces mi nombre y me encuentro 25 años después de
1992 preguntándome por qué me nombraron así

ese nombre común que llevan 30 docenas de jóvenes de una generación
condenada por el hombre por la miseria por la ignorancia por el miedo

360 Alejandros desfilan ante mi mente unos descalzos sudados otros
vestidos de negro con pullovers ajustados ofreciendo una son-
risa y unos ojos que esquivan mi mirada

360 Alejandros no se preguntan por qué tienen picazón en el muslo

360 Alejandros no tienen novia no tienen mujer no tienen hijos

360 Alejandros en los matorrales en las ruinas de un edificio detrás
de un vertedero en un templo apagado se revuelcan con un
hombre llamado Alejandro

360 Alejandros incestuosamente amando a un cuerpo semejante
piden perdón y van donde los brazos de una mujer no pueden
sostener a ese macho necesitado de semen

360/80/20/ 10 Alejandros se acuestan en mi cama y cuando des-
pierto soy yo que he caminado toda la noche buscándome a
través de las sombras en cada ángulo de mi habitación

soy yo Alejandro que estoy librando otra batalla contra mi soledad

Katherine Bisquet Rodríguez
(Cienfuegos, 1992)

Graduada de Licenciatura en Letras en la Facultad de Artes y Letras de La Universidad de La Habana con el Trabajo de Diploma: *Análisis de la poética de Omar Pérez: visión provenzalizante de la religión y el lenguaje*. Recibió mención en el concurso Wolsan-Cuba Poesía en 2013, auspiciado por la Fundación Wolsan de Corea del Sur y la Fundación Cultural Asia-Iberoamérica, de Bogotá, Colombia, que le posibilitó la publicación de su libro de poesía *Algo aquí se descompone*. Ha obtenido además otros reconocimientos como las menciones en los concursos Pinos Nuevos en 2015 y 2018; Hermanos Loynaz, 2015 y Calendario, 2018 y 2019 con el cuaderno Uranio empobrecido. Se encargó de las publicaciones de poesía de la revista digital El oficio. Trabaja como editora en la sección de poesía de la Editorial Unión. Ha participado en festivales de poesía, ferias del libro y otros eventos literarios.

Highway To Hell

Hey Momma, just look at me
I'm on my way to the promised land
I'm on the highway to hell.
AC/DC, *Highway To Hell*.

La carretera del infierno
conduce únicamente
al infierno
como el *Tártaro*
termina allá por los dientesperros
allá por el mar
donde las almas fracasan en el intento
allá,
se acaba.

En la carretera del infierno
garganta de espinas y asfalto
no se debe decir nada
nada que comprometa a Caronte
porque fácilmente puedes lidiar con el *Monstruo de Hierro*
destartalado por los años
pero en amenaza de funcionamiento
quién sabe
si algún día eche a andar
quién sabe
y algún día enriquezca
y eche a andar.

En la carretera al infierno
se camina con las manos en el suelo
si es que hay suelo -
residuos de Nuclear-
chuchazos del desastre
por el peso de la muerte
por el peso del proyectil con cabeza de Uranio.

En el inextricable vial del infierno
los hoplitas revenden el pan
revenden su historia
se pasean
excitados
bajo el sopor
de los edificios
a medias/grises/sin ventanas
van en busca de explicaciones
van refunfuñando
por su infortunado
destino
de hoplitas malolientes
radiactivos/creativos
de hoplitas emigrantes
bajo presuntuosa fascinación
la promesa
la obra
la gran cúpula
la casa.

Al final del día
cuando has cruzado la bahía
en el barco que pasa según sus horarios
te recibimos
gustosamente:
“¡BIENVENIDOS A CUBA SOCIALISTA!”
Mural dixit.

Exhumación

A Maricela Arcelú, por supuesto.

Maricela, la negra
Tecnóloga de las Producciones Químicas (TPQ)
Universidad de Las Villas
Solo seis para Hungría
Radioquímica
La querida por todos,
Un nuevo proyecto
Año 87
La promesa
Especialidad de corrosión
No la aplica
Protesta
Desactivación y desechos radiactivos
Se vincula
La de la risa estruendosa
Año 92
Parálisis
Se queda
Tecnóloga química
Proceso de conservación
Aún permanece
Medidas del Gobierno
Reubicación de técnicos
Una hija
MINBAS
Fortalecimiento de la Industria
Soltera
Personal de la CEN
Alta preparación
Edificio 27, apartamento 12
Politécnico
Profesora
Un perro
Una máquina de coser
Títulos en la pared.

(D)evolución

Las botellas vacías hay que devolverlas
La cerveza Polar cuesta 10 pesos Moneda Nacional
Hay que estar amarrados a la barra hasta que se acabe
Hasta que se seque el malecón!!! -canta la mujer negra con tope
[de licra]

Ella también toma Polar
Y disfruta el momento
Canta y se menea encima de la silla de cabillas pegadas a la barra

Debemos sentarnos sobre las sillas de cabillas
Y tomar cerveza de 10 pesos
Tomar luego un trago de ron de 10 pesos para el remate
En un vaso que cuesta 5 pesos en las tiendas industriales

Memorizo los pedazos de letras que me deja caer la mujer negra
[de tope de licra]

Y los canto para mis adentros
Él me habla de entender nuestra realidad
Me habla de responder a este momento
Canto para mis adentros
A mí no me parece

Despego
Suavemente
La etiqueta
Del oso polar
Esta es la realidad
El oso?-me dice

Canto
A mí no me parece!!!
La mujer negra de tope de licra escucha
Y se encoje de hombros
Dice que la dejen tomar su cerveza tranquila.

1 de enero de 2019

He perdido muchas veces mi fosforera
Y yo me pregunto,
Como he de perder así mi fosforera
El candil diario de mis estómagos.
Un cactus de centro de mesa
Sostiene unas campanas en sus puntas
Y yo me pregunto,
Es acaso esto un árbol de navidad?

Un árbol de navidad es aquello
Que se muere y echa andar
La vida de guirnaldas
Después de la muerte
De los muebles restaurados.

Un guajiro es una persona de campo
Y Maikel McDonel es un delincuente
Que acaba de salir de la cárcel
La serie empieza con un asesinato de culto.
Yo acabo de recordar quien tiene mi fosforera
Deja que lo vea.

Índice

<i>Luz sin estribos (A manera de prólogo)</i>	9
---	---

35 poetas colombianos nacidos a partir de 1980

<i>La nueva poesía colombiana</i>	15
Lucía Estrada	17
Diana Carolina Daza Astudillo	25
Leidy Yaneth Vásquez Ramírez	31
Henry Alexander Gómez	35
Fadir Delgado Acosta	43
Carolina Dávila	51
Juan Camilo Lee Penagos	59
Angélica Hoyos Guzmán	69
Luis Arturo Restrepo	75
Margarita Losada Vargas	81
Julio Alberto Balcázar	87
Juan Felipe Posada Cardona	95
Santiago Espinosa	101
Jorge Valbuena	111
Norman Paba Zarante	119
Fabio Andrés Delgado Micán	125
Carlos Andrés Jaramillo	133
Daniel Acevedo Arango	137
Albeiro Montoya Guiral	145
Tania Ganitsky	151
Camilo Restrepo Monsalve	157
Yenny León	163
María Gómez Lara	169
Damián Salguero	177

Danny León	187
Laura Castillo	195
David Marín Hincapié	201
Ana María Bustamante	207
Alejandra Lerma	213
Diego Despreciado	219
Wilson Pérez Uribe	225
Estefanía Angueyra	231
Daniela Cañaveral	239
Kelly Jiménez Pérez	245
Jennifer García Acevedo	249

35 poetas cubanos nacidos a partir de 1980

“Cartografía insular” 257

Idiel Alberto García Romero	259
Yuslenis Molina Rodríguez	267
Anisley Miraz Lladosa	273
Jamila Medina Ríos	279
Yansy Sánchez Fernández	287
Milho Montenegro	293
Yunier Riquenes García	301
Daniel Duarte de la Vega	305
Javier L. Mora	311
Moisés Mayán Fernández	319
Orietta Domínguez González	325
Junior Fernández Guerra	331
Ketty Blanco Zaldívar	337
Evelin Queipo Balbuena	341
Laura Domingo Agüero	347
Valerio – Yunier Serrano Rojas	351
Yess Ramírez	357
Sergio García Zamora	365
Heriberto Machado Galiana	371
Ismaray Pozo Quiñones	377
Roberto Fournier	385
Rosamary Argüelles García	391

Yanaris Valdivia Melo	397
Elizabeth Reinoso Aliaga	403
Rolando Ávalos Díaz	409
Rubiel G. Labarta	415
Elaine Vilar Madruga	421
Yadián Carbonell Hechavarría	427
Yenys Laura Prieto Velazco	433
Miguel Ángel Tamayo Alba	439
Martha Acosta Álvarez	447
Antonio Herrada Hialgo	453
Erian Peña Pupo	459
Frank Alejandro Cuesta	469
Katherine Bisquet Rodríguez	475

Luz sin estribos
35 poetas colombianos/35 poetas cubanos
nacidos a partir de 1980

Se terminó de imprimir en enero de 2019 en los talleres de Todográficas LTDA. Para su composición se usó tipos Calisto MT de 14 puntos para los títulos, de 12 puntos para los textos y de 10 puntos para los epígrafes.

Edición a cargo de Nuevas Voces Editores
www.nuevasvoces.org/editorial

Tiraje de 400 ejemplares